

AZZAZEL

A. G. DONES

Alma azul 

AN
ALMA NEERS

Azael



Azael

A. G. Dones

Título original: *Azael*
© de la obra: A. G. Dones, 2019

©de la presente edición: Alma negra Ediciones, S.L.
almanegraediciones@gmail.com
www.almanegraediciones.com

Primera edición en Alma Negra: agosto de 2019

Corrección y maquetación: Eba Martín Muñoz
Diseño de portada: Juanma Martín Rivas
Preimpresión: Eba Martín Muñoz

Impreso en España
Estilo Estugraf Impresores, S.L.

ISBN: 978-84-120464-6-5
Depósito Legal: M-24444-2019

Todos los derechos reservados. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Dedicatoria

A todos aquellos inocentes que han sido
víctimas del egoísmo humano .

«Uno a uno, todos somos mortales.
Juntos, somos eternos».
Apuleyo.

Índice

Preludio

1

2

3

4

5

Interludio 2

6

7

Interludio 3

8

9

10

Interludio 4

11

12

13

14

15

Interludio 5

16

17

18

19

20

21

22

Preludio

La luz artificial de las farolas resalta desde el exterior los tonos violáceos y azulados de la falsa vidriera pintada en los ventanales. En el interior de la iglesia, los bancos se reparten regularmente a lo largo del espacio dejando un pasillo central despejado. Es una parroquia pequeña, moderna, de paredes blancas y formas geométricas que llaman a la sencillez y a la paz del espíritu.

Sentado en un banco de las últimas filas, Azael reza en silencio con la mandíbula tensa y los ojos apretados por la rabia. La áspera barba incipiente no puede frenar las lágrimas, que se precipitan abandonadas desde su nariz y barbilla y reflejan la escasa luz de la estancia. Un rosario envuelve sus nudillos ensangrentados, cerrados en un puño, mano sobre mano.

Levanta su cuerpo y la mirada, contempla la gran cruz en penumbra. Los faros de un coche solitario se cuelan por los cristales e iluminan durante un breve instante sus feroces ojos negros, anegados en una ira que trasciende este mundo. Sus pasos resuenan por el solitario pasillo. Se detiene frente al altar, que se encuentra manchado con sanguinolentas huellas, cuyas velas han rodado hasta caer al suelo. Una de ellas reposa inmóvil sobre un charco oscuro de sangre que brota del cráneo abierto del sacerdote de la parroquia. Su rostro se encuentra tan desfigurado que solo el alzacuello delata su identidad.

Azael contempla el cadáver con desprecio y alza el dorado cáliz antes de beber de un trago el vino consagrado que contiene. Vuelve a recorrer el pasillo con calma, cojeando sutilmente, y termina de arrancarse una de las mangas desgarradas de su americana. El puño de su camisa blanca está empapado en sangre. Resulta imposible saber cuánta es suya y cuánta ajena.

Saca del bolsillo interior una pitillera de plata y un mechero a juego, con el que se enciende un cigarrillo. Durante un par de minutos, Azael se queda allí plantado, de pie frente a la puerta, dando una calada tras otra, sintiendo el humo mentolado anegando sus pulmones. Y, en apenas un segundo, la colilla alcanza el suelo impulsada por los largos dedos de Azael. Una gran llamarada se propaga por toda la estancia, devorando rápidamente los bancos, las

paredes blancas, el altar y la cruz.

Azael sale de la parroquia en llamas como si surgiese del mismísimo infierno y se adentra en la solitaria noche estrellada, ahora iluminada por el fuego del pecado, el dolor y la rabia.

El ascensor se abre iluminando una figura elegante. Las cálidas luces doradas de su interior se reflejan en el suelo negro de mármol pulido un instante antes de que las puertas vuelvan a cerrarse. Dentro, Azael se abrocha los puños de la camisa, se pasa la mano por el pelo corto y oscuro para peinarlo, y después se ajusta el cuello desabotonado frente al espejo. Fija la mirada en sus propios ojos. El reflejo le devuelve una sonrisa que le cruza el rostro. Sin dejar de sonreír, limpia la mancha de carmín sobre su cuello para volver a guardar el pañuelo rojo en su bolsillo. Quién iba a decir que aquella camarera de piso resultaría tan sagaz... y flexible.

Cuando el ascensor vuelve a abrirse, la luz se arroja tenue sobre las paredes de cemento, que anuncian la inconfundible llegada al garaje del hotel, y un coche negro parpadea en cuanto aprieta el mando a distancia. Las ruedas se desgastan en el suelo cuando Azael arranca a toda velocidad por el entramado de columnas hasta alcanzar el exterior. Aquella sí que había sido una buena forma de cerrar un negocio, y no había nada en este mundo (o el siguiente) que quisiera más que celebrarlo. La música suena a todo volumen en su deportivo mientras rebasa el límite de velocidad como si tratara de alcanzar el sol antes de su puesta. Tras la ventanilla, el cielo se resquebraja y derrama sus encantadores tonos en naranja y rojo sobre la ciudad de Los Ángeles.

—Cuídamelo bien —dice Azael treinta y dos minutos después, lanzando las llaves de su deportivo a las manos de un joven aparcacoches.

—Sí, señor —responde el chico con los ojos muy abiertos y se apresura a guardar la más que generosa propina que Azael le aprieta contra el pecho.

Las cuerdas de terciopelo de la entrada a uno de los clubs más exclusivos de la ciudad también parecen abrirse fácilmente con la presencia de unos cuantos billetes más, ante la mirada incrédula de los primeros jóvenes apostados en la fila para entrar. Casi todos son hijos de padres ricos, jóvenes

malcriados con la vida resuelta gracias al dinero de papá y mamá.

Lo reciben unas luces parpadeantes y unas paredes horteras llenas de espejos que hacen parecer a la sala más grande, pero no menos abarrotada. Las bolas de cristal giran lentamente sobre las cabezas de cientos de personas, arrancando destellos aquí y allá.

—¡La de cosas que podría hacer con este lugar! —dice Azael mientras se acomoda en uno de los cojines blancos que amortiguan el asiento de cemento pintado.

A su lado, un hombre de unos cuarenta y cinco años y un traje marrón con la corbata a juego bebe una cerveza con una sonrisa bobalicona en el rostro.

—No sabía que existían sitios así aquí —dice el hombre—. Con todas estas mujeres...

—Dan, Dan... Solo son personas. Puedes conseguirlo. Están aquí buscando algo, a alguien... Y ese alguien puedes ser tú.

—Yo no...

—¡Vamos! Esa arpía se largó, supéralo y sigue adelante con tu vida. Eres libre —dice Azael abarcando con los brazos el espacio—. ¿Por qué perder el tiempo lamentándote por alguien que no sabe apreciarte cuando tienes tanto por delante que disfrutar?

Dan le da un trago a su cerveza intentando disimular una media sonrisa temblorosa y mira a su alrededor. El corazón comienza a latirle con más velocidad cuando se encuentra con los ojos de una joven morena con un cortísimo vestido de lentejuelas rosas.

—Ah, ¿ves? —Azael se acerca más al oído de Dan y le pasa un brazo por encima del hombro—. Hay un montón de chicas guapas esperando que un gran abogado como tú las invite a una copa.

—¿Tú crees? No sé si... —Dan empieza a sudar e intenta en vano secarse las manos sobre sus rodillas.

—Por supuesto —sonríe Azael ampliamente—. Pero tenemos que hacer algo con este desastre. A partir de ahora, esto a lo que llamas «bebida» está prohibido —sentencia al tiempo que le quita la cerveza de las manos—. Si yo llevase este lugar, te aseguro que ni siquiera permitiría servirla. ¿Es que quieres parecer un camionero desesperado? Anda, vamos.

Azael se levanta del asiento y conduce a Dan hasta la barra, próxima a donde se encuentra la chica del vestido rosa. Con un solo gesto, le pide al *barman* dos whiskys con hielo y le entrega uno de los vasos a Dan, que no ha dejado de sudar y temblar.

—Así está mejor. Ahora al menos pareces un hombre de verdad. Quiero decir, aún tienes que hacer algunos cambios drásticos en tu armario, pero ya trabajaremos en eso.

Dan bebe un trago de su nueva copa y coge aire sonoramente mientras Azael le desabrocha la corbata y un botón del apretado cuello de su camisa a rayas.

—Ahora ve ahí y despliega tus encantos con la chica de rosa. No ha dejado de mirarte desde que nos hemos levantado.

—Pero no sé cómo... Seguro que te mira a ti, no a mí...

—Tonterías. Vamos, no hay que hacer esperar a las damas.

Azael arrastra a Dan, que siente cómo el corazón está a punto de salirsele del pecho y agarra su copa con manos sudorosas y blancas.

—Sentimos haberte hecho esperar; mi amigo es un poco tímido —dice Azael al oído de la joven—. Nadie imaginaría que es uno de los abogados más exitosos de la ciudad, ¿verdad?

—Nunca lo habría imaginado —responde ella sonriéndoles—. Me llamo Alissa y esta es mi amiga Vicky.

La aludida parece reparar por primera vez en los dos hombres y los mira con curiosidad, especialmente a Azael.

—*Enchanté* —responde Azael besando las manos de ambas—. Yo soy Azael Grigori y este es mi amigo Dan Mathews, el fundador de Mathews & Asociados.

Las jóvenes le dedican dos besos al tembloroso hombre, que parece haberse quedado mudo.

—¿Así que sois abogados o algo así? —pregunta la segunda chica sin quitarle ojo a Azael—. ¿Qué trae por este sitio a dos hombres como vosotros?

—Negocios, en realidad. Acabo de cerrar un trato fantástico y quería compartirlo con mi amigo y pasar un buen rato. Tenéis ante vosotros al nuevo dueño del Hotel Hades.

Dan parece despertar por primera vez de su trance y mira desconcertado a su compañero, recuperando de nuevo la voz y olvidándose por un momento de las chicas.

—¿El Hades? ¿Estás de broma? —pregunta con incredulidad—. ¿Cómo cojones has conseguido que te lo vendan? ¿Y cómo cojones has conseguido pagarlo?

—Digamos que puedo ser muy... persuasivo —sonríe con picardía, guiñándole un ojo a las chicas, que parecen más interesadas que antes en los

dos abogados—. Y me debían un favor.

—¿No es ese hotel donde van los actores y cantantes famosos? —pregunta la chica de rosa con esperanza.

—El mismo —confirma Azael—. Y sois bienvenidas cuando queráis. ¿Qué os parece si lo celebramos con una ronda? Invito yo; esta noche me siento generoso.

Los cuatro se dirigen a una mesa reservada en una zona más elevada que la pista de baile. Allí ríen y charlan mientras los camareros traen una bandeja tras otra de copas y chupitos adornados con azúcar y pequeñas sombrillas de papel. El alcohol por fin ha conseguido desinhibir a Dan, y empieza a disfrutar de la insulsa conversación con aquellas jóvenes... y de sus piernas largas, que acaricia bajo la mesa, dirigido por las decididas manos de las chicas, hasta subir más allá de donde cubre el corto vestido.

—Podrías enseñarnos tu nuevo hotel —dice Vicky mirando a Azael con el brillo del alcohol y la excitación en sus iris.

—De hecho, lo lamento mucho, señoritas, pero tengo un asunto del que encargarme esta noche.

La decepción se refleja en el rostro de sus acompañantes, que hacen pucheros para intentar que se quede.

—Sin embargo —se saca teatralmente una tarjeta magnética del bolsillo interior de su chaqueta al levantarse—, estoy seguro de que mi amigo estará encantado de enseñároslo por mí —añade con una amplia sonrisa y un guiño pícaro—. Disfrutad del *late check-out*.

Azael abandona a su suerte al abogado, que no parece tener ninguna queja a juzgar por la intensa actividad a la que sus manos y su boca se ven sometidas. Por su parte, Azael se mezcla entre la gente y desaparece momentáneamente en el mar de cuerpos que se rozan los unos con los otros al ritmo de la música. Un instante después reaparece junto a una escalera y otro pequeño montón de billetes consigue que los dos hombres que guardan el acceso al piso superior le permitan el paso.

Transcurre algo más de una hora y, para entonces, sin duda Dan ya se encuentra disfrutando de las maravillosas vistas de una de las *suites* del Hades. Azael contempla la discoteca con satisfacción desde lo alto de aquella escalera. Baja los escalones con brío y dedica una palmada amistosa en la espalda a los dos guardas antes de dirigirse a otra plataforma elevada situada en un frontal del local.

—¿Te importaría cambiar esta basura? —pregunta Azael al DJ con una

sonrisa de autosuficiencia.

—¿Perdona?

—Que cambies esta basura.

—¿Tienes algún problema con la música que pincho, *amigo*? —responde el DJ bajándose los cascos y encarándole.

Azael, vestido con su traje italiano, negro y ajustado, contrasta vivamente con la vestimenta del DJ: camiseta de béisbol blanca, gruesa cadena de oro al cuello y pantalones caídos.

—Sí, la verdad es que sí. Perdona si no he sido suficientemente claro —ladea la cabeza para acentuar la petulancia de su sonrisa—. Te estaba exigiendo de forma educada que cesases este tormento para la humanidad y pusieras algo de música de verdad para variar.

—¿Y tú quién coño te crees que eres para decidir si mi música es buena o no, pijo de mierda?

—Ah, respecto a eso... —sonríe ampliamente antes de introducir sus manos en los bolsillos del pantalón y balancearse sobre sus talones—, desde hace menos de cinco minutos, tu jefe. Y el dueño de todo esto. Ahora, ¿vas a hacer el favor de cambiar esta atrocidad?

El DJ se pone pálido y mira hacia la escalera, por la que ve bajar al antiguo dueño del local cargando con una caja de cartón con sus efectos personales. Vuelve a mirar a Azael y este le devuelve una sonrisa de suficiencia. Con un bufido, el pinchadiscos lanza sus cascos sobre la mesa de mezclas, pasa como un huracán a su lado y desaparece entre la gente hacia la salida. Azael se encoge de hombros, y se adueña de los cascos y los platos con el objetivo de cambiar radicalmente el sonido de la sesión. El desconcierto de la gente dura unos instantes. En cuanto lo ven en la cabina con su traje ajustado, todas las dudas y recelos desaparecen al instante y la pista de baile vuelve a vibrar bajo el nuevo sonido.

La diversión acaba de empezar.

Interludio 1

La imagen desenfocada de una mujer pelirroja acude a los recuerdos de Azael. La espuma tranquila del mar borra las huellas que dejan sus pies descalzos sobre la arena y su sencillo vestido blanco se le pega a los tobillos con la humedad. La mujer no habla, pero su sonrisa y su mirada son transparentes como el agua que los rodea; pura, limpia, cristalina.

Azael sonríe con ella y se arrodilla sobre la arena blanca y caliente, tan fina que al tacto parece seda. Ella se arrodilla frente a  el, Azael toma su mano con delicadeza y se la lleva al pecho.

—Amor.

La mujer lee la palabra en sus labios y vuelve a sonr eir asintiendo con la cabeza. Los ojos de Azael se llenan de l agrimas y ella las seca con su otra mano, mirándole a los ojos con la inocencia propia de un niño. Ambos se funden en un abrazo que les llena el pecho y les arranca un suspiro. Dejan que la marea les impregne, poco a poco, la piel de sal.

Azael se separa de ella y besa sus labios con los ojos cerrados, con pasión contenida, con necesidad de volver a abrazarla y no soltarla jams. Sus manos peinan su pelo flamígero y se deslizan por su cintura con un ligero temblor hasta posarse sobre el vientre de la mujer. Azael nota al instante el movimiento de una nueva vida a través de la piel de su amante y vuelve a derramar l agrimas de emoción. Llevándose una mano al pecho, deja la otra posada sobre el vientre y repite:

—Amor.

2

—Parece que alguien se lo pasó bastante bien anoche.

—¡Oh, Dios mío! No te haces una idea.

—Preferiría que no metieras a Dios en esto.

—En serio, no sabes cómo fue. Esas chicas... eran tan preciosas, tan divertidas, tan...

—Me hago una idea de lo que quieres decir —sonríe Azael arrellanándose en su silla y cruzando una pierna sobre la otra.

El sol del mediodía se refleja en la blanquísima camisa de Azael, que disfruta de los cálidos rayos con unas estrechas gafas de sol puestas. La terraza del restaurante del Hotel Hades se encuentra en la vigésima planta y regala unas vistas espléndidas de la ciudad. Los coches parecen pequeñas manchas que recorren las carreteras como en una maqueta diseñada al detalle. En el cielo se puede observar la estela de algunos aviones y cómo algunos valientes -o insensatos- se lanzan desde la azotea de algún rascacielos en parapente.

—Espero que ahora consigas pasar página y te olvides de la vieja arpía de tu exmujer. Aún no entiendo por qué la gente tiene la terrible manía de atarse para siempre a otra persona pudiendo estar con quien quieras cuando quieras.

—Hubo un tiempo en que estábamos bien —responde Dan transformando su rostro alegre en tristeza repentina—, pero, desde que abrí el bufete, lo único que hago es trabajar y... ¿crees que, si no lo hubiera hecho, aún seguiría conmigo?

—Vale, suficiente —responde Azael y abre de golpe una carpeta amarillenta, que desliza sobre la mesa hasta situarla delante de Dan—. Firma aquí, aquí y aquí antes de que te arrepientas y tires toda tu vida a la basura.

—Un momento —frunce el ceño tras leer el documento—, aquí no dice nada de Matt y Dana.

—Ah, sí. Me he tomado la libertad de quitarte a esos mocosos de encima.

¿Qué? No puedes llevarte a preciosas chicas a tu cama si tienes que cuidar de dos críos, ¿verdad? —ríe Azael volviendo a recostarse en su silla.

—Pero son mis hijos, los quiero —replica con incredulidad empujando la carpeta por encima de la mesa—. No puedo firmar esto.

Azael se quita las gafas de sol y lo mira a los ojos tan incrédulo como Dan, sin comprender las razones de su reticencia. Finalmente, niega con la cabeza y vuelve a ponerse las gafas resignado.

—Está bien, lo cambiaré. Tú sabrás si quieres vivir con esa carga. Por lo menos tendremos el placer de arrancarle algo que le duela, ya que no solo se quedó con el profesor de pádel, también se quedó con tus pelotas. Literal y figuradamente, además.

Dan se revuelve en su silla incómodo y algo avergonzado. Va a decir algo, pero, cuando por fin consigue reunir fuerzas, se ve interrumpido por la llegada de un camarero, que les sirve una jarra helada de cerveza con limón y un *gin tonic* a Azael.

—Bueno, y ¿cuáles eran esos asuntos tan importantes que tenías que atender anoche para no irte con aquella preciosidad? No es que me queje, claro...

—Nada del otro mundo. Compré el Inferno —dice encogiéndose de hombros.

—¿El Inferno?

—Sí, he decidido renombrarlo. ¿Te gusta? Me resulta muy... inspirador.

—Espera, espera. No estarás hablando de que compraste el club, ¿verdad?

—Exactamente. Y, de hecho, debería pasarme por allí y comprobar si ya han tomado medidas. Voy a reformarlo hasta que quede irreconocible. Te dejo quedarte con alguna de esas horribles bolas de discoteca como recuerdo si quieres.

—Oye, en serio, ¿me tomas el pelo? Primero este hotel y ahora... ¿cómo demonios lo haces?

—Hay cosas, querido Dan, que es mejor que los mortales no sepáis —dice Azael jugando despreocupadamente con el limón de su copa.

—Si estás metido en algo... —responde Dan bajando la voz e inclinándose sobre la mesa—, más te vale que no hagas ninguna tontería que pueda afectar al bufete. Te acepté sin referencias fiándome de tu palabra y porque te debía una, pero, por lo que más quieras, no me jodas.

—Tranquilo —dice con un ademán de mano—; es todo legal, te lo aseguro. No tienes nada de qué preocuparte. Bueno, solo de un pequeño

detalle: en el nuevo Infierno va a haber código de vestimenta, así que ya puedes ir actualizando ese...

—Armario. Sí, lo sé —admite avergonzado, mirándose la corbata marrón arrugada del día anterior—. ¿Podrías...?

—Pensé que no me lo ibas a pedir nunca —le corta volviendo a quitarse las gafas de sol—. Serás mi *pretty woman*.

Una copa y un viaje en coche más tarde, Azael se encuentra coqueteando con una de las dependientas de unos grandes almacenes mientras Dan posa rígido como un maniquí frente a un espejo, intentando no llevarse ningún pinchazo de alfiler.

—Asegúrate de medir bien el tiro de la entrepierna —le dice Azael a la chica que le está tomando medidas.

La mujer, escondiendo el rostro sonrojado, termina con rapidez su tarea y va a esconderse tras una puerta con el pantalón colgando de un brazo. La primera mujer, que sigue sonriendo embelesada a Azael, se muestra mucho más servicial y complacida de poder ayudar a los dos hombres con la elección de las camisas, las corbatas y los pañuelos.

Azael se siente especialmente cómodo deambulando por la tienda, seleccionando y sacando varias corbatas coloridas de un corbatero eléctrico. Se acerca a Dan y se las planta frente al rostro con gesto reflexivo. Arruga la nariz, después lanza la primera de las corbatas, de color amarillo mostaza. El reflejo de un espejo cercano atrae su atención y le devuelve la imagen de un hombre seductor y seguro; sin dejar de sonreírse a sí mismo, vuelve a centrar su atención en Dan.

—Si quieres parecer un pez gordo, necesitas ir vestido como si lo fueras —le dice colocándole una de las corbatas alrededor del cuello—. El verde esmeralda resalta tus ojos. Y hablando de peces gordos, ¿cuándo vas a asignarme mi primer caso, *jefe*?

Azael sabe lo que le corresponde y lo reclama sutil pero firmemente a la vez que le anuda la corbata a Dan, quien se ve incapaz de rehuir aquella confrontación frontal.

—Está bien —se rinde tras un silencio tenso—. El viernes nos llegó un caso de una agresión en un bar. No íbamos a aceptarlo porque el tipo no puede pagar nuestros honorarios, pero supongo que puedes hacerte cargo por una cantidad un poco más... modesta.

—El dinero no me preocupa lo más mínimo —sonríe emocionado—. Así que tenemos un chico malo. Me gusta.

—Te asignaré el caso a primera hora. Te estará esperando sobre tu mesa —dice Dan sin dejar de admirar su nuevo conjunto—. Es un caso sencillo. Les ofreces un trato justo, el matón paga una multa y listo. No debería darte problemas.



—Déjalo en mis manos. Estoy perfectamente capacitado para este caso. Ahora, si me disculpas, alguien debería encargarse de medir mis pantalones también. Tengo que estar presentable para mi primer caso —dice guiñándole un ojo a la dependienta antes de arrastrarla al interior de uno de los probadores—. Te veo mañana.

Lunes, primera hora de la mañana. Dan llega al bufete y se detiene frente a la puerta de su despacho, coge aire profundamente, hasta llenarse los pulmones, y se repite a sí mismo que puede con un día más.

—Buenos días, jefe.

—¡Joder, Azael! —salta Dan con el corazón a mil por hora—. Me has asustado.

—He llegado un poco antes. Estaba impaciente por mi primer caso — responde, sentado en la esquina de la mesa con su sempiterna sonrisa y unos cuantos papeles en las manos. Parece un adolescente a punto de cometer una fechoría.

—¿Estás fisgando en mis archivos?

—No, solo buscaba algo de entretenimiento —dice con gesto aburrido—. Veo que has decidido estrenar el nuevo traje. Ese cretino de Fisher no tiene nada que hacer contra ti, créeme. ¿Sientes ese poder renovado?

—Siento el micro infarto que me has provocado. No puedes entrar en mi despacho así sin más, ¡joder! —dice dejando su maletín sobre la mesa—. Toma, aquí tienes el caso. Ahora largo. Sabes que mi despacho es sagrado.

—Yo no diría tanto —comenta Azael enarcando una ceja.

Azael guarda la carpeta bajo su brazo y realiza una parada técnica en la pequeña cocina *office*, donde las conversaciones suelen ser tan amargas como el café que se sirve, antes de encerrarse en su despacho a leer la información disponible sobre el caso. Más tarde realiza una llamada telefónica al cliente, su cliente. Azael le cita dos horas después en una luminosa cafetería de una de

las avenidas principales. Allí por lo menos puede beber un té decente. Con apenas un puñado de personas sentadas en mesas individuales que comparten su café con la soledad de su portátil, resulta un lugar ideal para charlar un rato sin que nadie les preste demasiada atención.

—Malcom, ¿verdad? Soy Azael Grigori, tu abogado —se presenta con un apretón de manos y le señala un asiento junto a la ventana.

—Pensé que no iban a llamarme; no me sorprendería. No sé si le habrán dicho que no tengo mucho dinero para pagarle.

—He sido debidamente informado, sí. Pero, por favor, tutéame. —Sonríe con sus blanquísimos dientes—. ¿No es emocionante todo esto?

Malcom le dedica una mirada de extrañeza y desconfianza. Resulta difícil saber quién llama más la atención en aquel lugar, si el abogado elegantemente vestido con traje italiano o el motero cubierto de tatuajes y pañuelo rojo atado a la cabeza. El bigote rubio se le mueve cada vez que mira a Azael con desaprobación.

—¿Qué te parece si empezamos, Malcom? Cuéntame qué pasó exactamente.

Malcom se encoge de hombros pensando que, si aquel tipo estirado puede darle la oportunidad de no ir a la cárcel, quiere intentarlo al menos.

—No hay mucho que contar. Lo que puedes ver todos los días si te pasas por cualquier bar de mala muerte. Un capullo que va buscando pelea y la encuentra. Esa clase de gente se cree que tiene un poder divino o algo así.

—Un término muy elocuente, pero dime, ¿qué hizo exactamente para que le dieras una paliza? Necesito todos los detalles si quieres librarte de esta, ¿comprendes?

—Chocó contra mí al pasar —dice encogiéndose otra vez de hombros.

Azael alza las cejas esperando algo más del brevísimo relato de su cliente.

—Me tiró la cerveza, tío. Nadie me tira la cerveza y se va de rositas —salta a la defensiva.

—Y por eso le... rompiste la nariz de un puñetazo —comienza a leer en los papeles de su carpeta—, partiste un palo de billar en sus costillas y, ¡oh!, un taburete en la espalda. Un clásico —termina sonriendo con fascinación—. Eres un verdadero capullo, ¿eh?

—No me siento orgulloso, ¿vale? Había bebido. Estaba a punto de batir el récord del local: dos litros y medio de cerveza sin parar.

—Eso explica por qué le measte después encima —comenta Azael con sarcasmo.

—Pero ese imbécil tiró mi cerveza y Jimmy ganó el puto premio —
continúa, golpeando su puño contra la mesa.

—¿De verdad merecía tanto la pena ganar ese... lo que fuera, como para
mandar a un tipo al hospital?

—Todo un año gratis de cerveza, tío. Ahora Jimmy deja cada noche las
llaves de su furgoneta allí colgadas en el bar para que otro lo lleve a casa
después de todas las cervezas gratis que aguante su cuerpo. Y ese cabrón está
bien entrenado. Joder, ese podría haber sido yo si...

—Entiendo. Y todo por culpa de este pobre desgraciado que chocó
contigo. Está bien —dice Azael antes de cerrar la carpeta y levantarse—.
Trabajaré en tu defensa. El juicio es dentro de diez días. Te veré allí.

—¿Así, sin más? ¿No vamos a trabajar en mi defensa, hablar con el otro
abogado, ofrecerles un trato o algo así?



—Déjame a mí. Solo intenta que no te vuelvan a arrestar.

Un par de días más tarde, durante una intensa lectura de casos parecidos
que sentaron jurisprudencia, Azael recibe la llamada del contratista
informándole de que ya está todo preparado para comenzar las obras del
Inferno y que solo queda aclarar algunos detalles. Sin pensárselo un momento,
sale disparado hacia el local para ultimar los pormenores. Al llegar, el club
está transformado por completo: las columnas han sido desnudadas de espejos,
se han derrumbado los asientos de obra y toda esa decoración hortera ha
desaparecido. Ahora es casi como un lienzo en blanco en el que Azael puede
diseñar a su antojo.

—Excelente —dice con excitación contenida, como un niño con un juguete
nuevo.

—He hecho una lista de algunas cosas que nos faltan por saber —dice el
contratista mientras un par de operarios terminan de quitar los plásticos y
barrer escombros—. Para el techo de doble altura podemos poner un falso
techo con molduras y dos calles de luces a los lados que iluminen la sala.

—¿Por qué demonios iba a querer poner un falso techo? —pregunta con
los ojos muy abiertos—. No, no, nada de eso. Necesito un techo sólido de

hormigón, quizá unas vigas entre columnas. ¿Dónde voy a poner las barras americanas entonces? ¿De dónde se colgarán las bailarinas aéreas si no?

Azael sacude la cabeza como si fuese lo más evidente del mundo.

—Aunque lo de las luces podría resultar. ¿Podríais hacer un pasillo de balcones a los lados en la segunda altura? Eso sería maravilloso. Unas vistas magníficas.

—Sí, supongo que podría hacerse, pero subiría mucho el presupuesto.

—No te preocupes por eso, cuento con un presupuesto bastante generoso —responde en actitud despreocupada con las manos en los bolsillos—. ¿Qué más había en la lista?

—En cuanto a la barra, para moverla de donde está ahora habría que cambiar toda la fontanería, pero, si la dejamos donde está...

—No, tiene que moverse. Ahí, a un lateral. Nadie quiere cruzarse toda la sala desde el escenario para buscar una bebida. En serio, ¿dónde aprendiste el oficio?

—Lo que tú digas... —murmura el contratista para sí mientras apunta en su libreta—. Y respecto a los revestimientos...

—Ah, sí, mi parte favorita. Quiero todo en negro liso. Mate, por supuesto; el brillo no le hace ningún favor a este antro, créeme. También quiero unas falsas vidrieras ojivales por toda la sala.

—¿Como una catedral? Con unas luces led por detrás se verían los colores y parecerían ventanas de verdad.

—Excelente, excelente. Veo que empezamos a entendernos. —La sonrisa de Azael al imaginar el resultado es casi lasciva—. Ah, y asegúrate de que todo sea ignífugo. En un lugar llamado Inferno, comprenderás que, probablemente, vaya a haber fuego.

3

L manece y la luz se cuela a través del muro de cristal que recorre de lado a lado la habitación de la última planta del Hotel Hades. Los tímidos rayos del sol se arrastran lentamente sobre la tarima gris y alcanzan la mullida alfombra para reptar hasta la cama en la que descansan dos cuerpos desnudos.

Azael recorre con suavidad los delicados rasgos del rostro de la mujer, Laura, y sigue descendiendo con sus dedos por el cuello, un hombro, la cintura... La sedosa piel reacciona al contacto de sus expertas manos y Laura se despierta con una sonrisa en los labios y los ojos aún cerrados. No parece reticente a entregarse de nuevo al mismo ardor que les consumió la noche anterior.

—Quédate aquí —le dice Azael antes de dirigirse a la ducha—, y duerme todo cuanto quieras.

El agua caliente se lleva el sudor de la pasión y relaja los músculos de Azael, que disfruta del momento casi tanto como del despertar con Laura. Al salir, comienza a vestirse como en un ritual: escoge uno de sus mejores trajes, luego la camisa blanca de cuello ancho, la corbata roja y negra de suave seda, el pañuelo a juego en el bolsillo del pecho, lustra sus impecables zapatos y, finalmente, se abotona los gemelos.

Azael se acerca al enorme jarrón que preside la imponente mesa de trabajo, en una de las esquinas de la habitación, y escoge con cuidado una de las rosas más hermosas. Se aproxima a la cama, donde Laura sigue descansando, y roza con cuidado sus labios con la aterciopelada flor. Ella abre los ojos y observa a Azael sentado sobre el borde de la cama, con una sonrisa y el brillo en los ojos mientras aspira el aroma de la rosa antes de ofrecérsela.

—Es preciosa. Nunca había visto una así.

Es una rosa tan oscura que en sus bordes resulta prácticamente negra, con

el interior de sus pétalos de un rojo intenso como el vino. Las espinas han sido cortadas limpiamente y desprende un aroma intenso.

—Solo crecen en el sur de Turquía, son extremadamente raras y hermosas —dice Azael en un susurro—. Son únicas. Como tú.

Laura acepta la preciosa flor y cierra los ojos para paladear su aroma.

—Tengo que irme, pero prométeme que te quedarás aquí cuanto desees y que disfrutarás del jacuzzi y del buffet del desayuno en mi ausencia —añade antes de posar un beso sobre los labios de la mujer y marcharse con un maletín de cuero negro bajo el brazo.

Azael llega a los juzgados con paso ligero a las diez menos diez de la mañana y Malcom se levanta de uno de los solitarios bancos que flanquean el pasillo.

—¿Dónde estabas?

—Tranquilo, lo tengo todo bajo control.

Azael parece tan seguro que Malcom se relaja un tanto, aunque no puede evitar mover su pierna con inquietud. Un pequeño grupo de moteros espera junto a la puerta del juzgado en el que se va a celebrar el juicio. La mayoría son conocidos suyos, pero el abogado del agredido no les permite hablar con él antes de entrar, ya que serán los testigos de la acusación.

Cuando la juez llega con puntualidad impecable, todos entran tras ella como en una procesión. El lado de la acusación se llena con los testigos, pero ninguno se sienta en el de la defensa. La imagen de las dos secciones resulta desoladora para Malcom.

—¿Esperamos unos minutos a que lleguen los testigos de la defensa? —pregunta la juez de pelo entrecano mirando por encima de sus gafas estrechas.

—No será necesario, Señoría —sonríe Azael—. Dado que todos los testigos del desafortunado encuentro ya están presentes en la sala y que se comprometen a testificar bajo juramento, no habrá necesidad de presentar más testigos, ¿no cree?

La juez levanta las cejas luchando por no poner los ojos en blanco, luego hace impactar el malleto contra la madera.

—Se da comienzo al juicio por agresión entre el demandante, Anton Parker, y el acusado, Malcom Sanders. Proceda a llamar a los testigos de la acusación.

—Llamo a testificar al primer testigo de la acusación, Timothy Blake —dice el abogado con tono solemne.

—Acérquese al estrado, por favor.

—¿Jura decir la verdad, toda la verdad y nada más que la verdad con la ayuda de Dios?

—Lo juro.

El testigo se sienta en el estrado y mira durante unos segundos a Malcom antes de que el abogado se dirija a él:

—Señor Blake, ¿conoce usted al acusado?

—Sí, lo conozco.

—¿Podría decirnos de qué lo conoce?

—Nos cruzamos de vez en cuando en el bar. Alguna vez hemos echado una partida a los dardos o al billar. Ya sabe, esa clase de cosas —dice encogiéndose de hombros.

—¿Diría entonces que es un cliente habitual?

—Sí, es raro si no se le ve por allí en varios días.

El abogado continúa con una retahíla de preguntas de la misma índole y Azael, recostado en su silla con las piernas estiradas cuan largo es, no hace el mínimo esfuerzo por reprimir un formidable y sonoro bostezo.

—¿Le aburro, señor Grigori? —pregunta el abogado parando en seco y girándose para encararse a este.

—Oh, no, no se preocupe por mí. Una noche movida, ya sabe —contesta con una sonrisa y apoya sus manos entrelazadas sobre el torso—. Estuve despierto hasta tarde esforzándome al máximo. Sabía que aún podía conseguir algo más... Lo de esa chica es de otro mundo —dice sacudiendo la cabeza—. Al octavo orgasmo, casi pierde el conocimiento.

—Señoría, le ruego...

—¿Ha estado alguna vez en una fiesta de universitarias de intercambio? Debería probarlo, se ve que le hace falta echar un buen...

—Señor Grigori —llama la juez golpeando su mallete—, estamos en un juicio. Compórtese.

Azael levanta ligeramente las palmas de las manos con fingida inocencia y vuelve a guardar silencio. El abogado de la acusación vuelve a dirigirse al testigo, pero no encuentra las palabras adecuadas.

—No haré más preguntas, Señoría —dice al fin con gesto de fastidio en el rostro.

—¿Quiere la defensa interrogar al testigo?

—No, gracias. Estamos bien —dice Azael levantando la vista durante un segundo. Después saca su teléfono móvil.

—¿Qué haces? —pregunta Malcom en un susurro bajo la escrutadora

mirada de la juez.

—Confía en mí.

Después de unos segundos de confusión entre los asistentes, el juicio vuelve a reanudarse y Timothy Blake baja del estrado de vuelta a su asiento.

—Llamo a testificar a Walter Thomas.

El aludido se levanta y pasa entre la acusación y la defensa hasta subir al estrado. El tintineo de las cadenas de sus vaqueros resuena en la sala a cada uno de sus pasos.

—¿Jura decir la verdad, toda la verdad y nada más que la verdad con la ayuda de Dios?

—Lo juro.

—Señor Thomas —comienza de nuevo el abogado con la misma fórmula rutinaria—, ¿conoce usted al acusado, el señor Malcom Sanders?

—Sí, desde luego que sí.

—¿Podría decirnos de qué lo conoce?

—Ese bastardo me debe dinero —dice enseñando los dientes amarillentos en una mueca—. Le arreglé la moto y nunca me pagó por la chapuza.

—Así que también tiene problemas de deudas. ¿Ha tenido algún otro tipo de problema con él? ¿Había protagonizado el acusado algún acto violento con anterioridad?

—Sí, ya lo creo.

—¿Podría relatarnos esos acontecimientos?

—Desde luego —responde con seguridad—. Una vez se llevó a Honey. Fue a mi taller y se largó por ahí con ella como si tal cosa —dice dando un manotazo al aire.

—¿Honey? ¿Es esa su esposa, señor Thomas?

—¿Qué? ¡No! —frunce el ceño, ofendido—. Honey es mi moto, mi vida. La armé con mis propias manos, es como una hija. Y ese bastardo me la robó y cuando la recuperé tenía ese... ese... —continúa buscando la palabra, que se le atasca en la garganta—, puto arañazo. Da gracias de seguir con vida, maldito capullo.

La juez vuelve a golpear su mallete repetidas veces pidiendo orden en la sala.

—Cíñase a la pregunta, señor Thomas.

—También se ha metido en unas cuantas peleas. Este de aquí —dice señalando su boca, donde se puede ver a la perfección el hueco vacío donde debería haber un premolar—, me lo saltó de un puñetazo el muy cabrón.

Aunque reconozco que ese me lo gané.

Walter se recuesta en la silla del estrado riendo, evidenciando aún más ese hueco que, ahora que lo ha señalado, resulta imposible no mirar.

—¿Algún otro tipo de altercado? —pregunta el abogado.

—Sí... —dice poniéndose serio de pronto, reflexivo—. Creo que algo oí sobre que lo arrestaron por un accidente. No nos gusta hablar sobre estas cosas, ¿sabe? Pero los rumores se extienden.

—¿Qué clase de accidente, señor Thomas?

Walter se muestra reticente por primera vez y se rebulle en la silla. Mira a Malcom, que agacha la cabeza meneándola a los lados lentamente.

—Algunos dicen que mató a una mujer con su camión. Que se quedó dormida y entró en su carril. Estuvimos un buen tiempo sin verlo.

—La mujer estaba embarazada, ¿no es cierto? —inquire el abogado echando un vistazo a sus notas.

El jurado popular abandona su estoica actitud y algunos susurran para sus adentros mientras otros se miran entre sí.

—¡Protesto, Señoría! —grita de pronto Azael.

—¿Por qué protesta, señor Grigori?

—¡Porque todo esto es un aburrimiento inútil! —dice después de levantarse.

—¿Pero qué demonios estás haciendo? ¡Vas a conseguir que me metan en la cárcel! —lo acusa Malcom, levantándose también de un salto y perdiendo la paciencia.

Azael, sin mirarlo siquiera, le devuelve de vuelta a su silla con un pequeño empujón en el pecho.

—Con su permiso, Señoría, tengo algo de prisa. Mi chica de intercambio me prometió presentarme a unas amigas suyas esta noche y, como comprenderá, no me gustaría perdérmelo. Estoy seguro de que todos queremos terminar con todo esto e irnos a casa. ¿Por qué no aceleramos un poco las cosas llamando al dedo acusador de todo esto, el señor Anton Parker?

Toda la sala mira a Azael con estupefacción, escandalizados por su actuación ante el tribunal, pero, por otro lado, fascinados con la seguridad que muestra aun teniendo todo el juicio en su contra. El abogado de la acusación rompe el silencio con una carcajada que le agita su traje de mala calidad.

—Realmente lo lamento por el acusado, Señoría, por no haber podido conseguir un abogado más competente.

La juez agita la mano en el aire para que el abogado prosiga.

—Llamo a testificar al demandante y víctima, Anton Parker.

Walker baja del estrado y las cadenas vuelven a resonar por la sala. Una mujer se levanta y se aproxima a la mesa de la acusación para ayudar a levantarse a Anton, que camina con dificultad con una muleta y un collarín hasta sentarse en el estrado. La nariz amoratada y los puntos de sutura de sus mejillas contrastan con la impecable camisa planchada.

—¿Jura decir la verdad, toda la verdad y nada más que la verdad con la ayuda de Dios?

—Juro —dice con cierta dificultad.

—Gracias por el esfuerzo de testificar, señor Parker, a pesar de sus múltiples lesiones —comienza el abogado—. ¿Podría contarnos qué pasó justo antes de la agresión?

—Había salido con mi mujer a dar una vuelta. Ella quería bailar, hacía mucho que no bailábamos —comienza el ensayado relato con voz pausada—. Así que la saqué aquella noche. A mitad de camino, cuando estábamos en el coche, ella se dio cuenta de que no tenía tabaco, así que aparqué cerca del primer bar que encontré.

—No puede simplemente ir al grano, ¿verdad? —murmura Azael para sí mismo.

—Entré y fui a la máquina de tabaco, que estaba al fondo de la sala, y entonces me di cuenta de que no tenía suelto, así que me acerqué a la barra a pedir cambio y entonces ese energúmeno me partió la nariz.

—Entonces, ¿el señor Sanders lo atacó sin ninguna clase de provocación?

—Sí, correcto.

—No haré más preguntas, Señoría.

El jurado popular mira con desaprobación a Malcom, que aprieta el puño alrededor del pañuelo de su cabeza y lo arrastra hacia abajo. El pañuelo cae sobre la mesa.

—¿Quiere la defensa interrogar al señor Parker?

—Sí, sí —dice Azael, poniéndose de nuevo de pie con una sonrisa maliciosa en el rostro—. ¿Podría, señor Parker, detallar las agresiones que sufrió?

—Me rompió la nariz de un puñetazo y me tuvieron que dar puntos de sutura en el pómulo, me corté con el cristal de una botella que me lanzó y que se estrelló contra la pared, a mi lado.

—¿Qué clase de botella exactamente, señor Parker?

—¿Qué?

—Le pregunto que qué clase de botella era. Tendría una etiqueta, ¿no?

—Pues... —vacila mirando de reojo a su abogado—, creo que era... Passport Scotch. No estoy seguro.

—Tienes un gusto verdaderamente horrible —le dice Azael a Malcom girando sobre sus talones.

—Después cogió uno de los palos de billar de la mesa y me lo partió en las costillas —continúa Anton ante el gesto insistente de su abogado—. Y aprovechó que estaba indefenso para arrojarme sobre la espalda uno de los taburetes de la barra.

—¿Qué más? —pregunta Azael ensanchando aún más su sonrisa perversa con la vista fija en Anton.

—Y... —se rebulle con dificultad en el asiento y su rostro comienza a igualarse en color con sus pómulos hinchados.

—Le escuchamos, señor Parker.

—Y después me orinó encima.

Azael suelta una sonora carcajada, se dobla hacia delante y da una palmada en el aire.

—Y dígame, señor Parker... Mientras le orinaba encima, ¿estaba usted boca arriba o boca abajo?

—Protesto, Señoría. No hay necesidad de humillar a mi cliente.

—Se acepta la protesta. Señor Grigori, es mi último aviso.

—Entiendo. Y dígame, señor Parker, ¿trató usted de defenderse en algún momento?

—No tuve ninguna oportunidad —contesta rápidamente—. Ese... desgraciado me pilló desprevenido, no pude hacer nada.

—De acuerdo, no haré más preguntas por ahora.

Cuando Azael vuelve a sentarse, se encuentra con la mirada de Malcom, que le traspasa hasta los huesos.

—¿Qué? Te estoy haciendo un favor —susurra Azael.

—¿Un favor? ¿Es que te han pagado ellos para que me hundas en la mierda? ¿Es eso?

—Nada de eso, idiota —le dice mirándolo de arriba abajo—. Deberías mostrarte más agradecido.

—Te voy a...

—Llamo a testificar al señor Raymond Goldback —dice el abogado, ajeno a la pequeña disputa privada entre Azael y Malcom.

—De verdad que los tuviste bien puestos al mearle encima —susurra Azael durante el juramento del testigo—, eso tengo que reconocerlo. Pero lo de la botella... ¿Por qué todo el mundo se empeña en beber esas porquerías? Si quieres un whisky de calidad, prueba un Macallan, entenderás a lo que me refiero.

El abogado consigue captar la atención de Azael, que deja de susurrar y escucha con las manos entrelazadas.

—Tengo entendido que es usted el dueño del establecimiento Coyote Road Bar, ¿es así?

—Sí, llevo regentándolo algo más de ocho años.

Ray parece el más digno de todos los moteros que han desfilado por el estrado, con una camisa de cuadros roja y blanca por dentro de unos tejanos claros. La barba blanca y gris de medio palmo está bien cuidada y lleva el pelo engominado recogido en una coleta corta. De su cinturón cuelga un pequeño manojito de llaves.

Azael se dedica simplemente a observarlo e ignora todas las preguntas de la acusación, que resultan igual de repetitivas y ensayadas que las anteriores. Sin embargo, la última pregunta consigue captar su atención.

—¿Ha tenido más problemas en su establecimiento por culpa del señor Sanders con anterioridad?

Ray mira durante unos segundos a Malcom y después le devuelve la mirada al abogado.

—He tenido que reparar alguna que otra silla y un tocadiscos. Se ha metido en unas cuantas peleas, pero solo desde que volvió. Antes del accidente no había tenido ningún problema.

—Por lo que diría que últimamente su agresividad ha ido en aumento.

—Sí, podría decirse.

—Gracias, señor Goldback. No haré más preguntas.

Azael se levanta una vez más, esta vez mirando a Ray con la cabeza ladeada y los ojos entrecerrados. Es una de las pocas personas que se ha atrevido a mantener contacto visual con él de forma tan segura y le despierta curiosidad.

—Con su permiso, Señoría, me gustaría interrogar a este testigo.

—Proceda.

Azael se queda a una distancia prudencial del estrado, sin perder el contacto visual con el dueño del bar en ningún momento, y, por primera vez, formula su pregunta con total seriedad.

—¿Diría usted que, desde que mi cliente sufrió ese desafortunado accidente, frecuenta más su bar?

—Sí, sin duda.

—¿Podría señalar con qué asiduidad lo frecuenta mi cliente, el señor Sanders?

—Casi a diario. La mayoría de mis parroquianos son habituales. Notamos que algo no va bien cuando alguien falta unos cuantos días.

—¿Y podría indicar, aproximadamente, las cantidades de alcohol que el señor Sanders suele ingerir en una noche normal en su bar?

—Protesto.

—Solo intento aclarar un punto —salta Azael a la defensiva levantando un dedo.

—Denegada.

Ray frunce el ceño con la mirada clavada en Azael y, tras unos segundos de reflexión, responde por fin:

—Mucho. Cuatro, cinco whiskys tal vez. Cinco o seis cervezas y algún aguardiente.

—¿De forma habitual?

—Sí —responde sin rodeos.

—No haré más preguntas.

El abogado de la acusación se levanta entonces sin moverse de su mesa, dispuesto a dar un pequeño discurso.

—Con su permiso, Señoría, es evidente que el acusado es un hombre violento y peligroso que no tiene escrúpulos a la hora de agredir y humillar a cualquiera que se cruce en su camino —dice el abogado mirando al jurado popular—, tal y como han ido relatado la totalidad de los testigos. A la vista de los acontecimientos y de lo aquí expuesto, propongo que se establezca una pena de prisión de dos años y una indemnización a mi cliente por la suma de...

—Si me disculpa, Señoría, me gustaría llamar a un testigo más —interrumpe Azael, poniéndose también en pie.

—¿A quién desea llamar la defensa, señor Grigori?

—A Jimmy Collins.

—¿Es usted consciente de que es un testigo de la acusación?

—Sí, absolutamente.

—¿Tiene la acusación alguna objeción al respecto?

El abogado mira con incertidumbre a Azael, pero, habiendo visto el espectáculo que ha ofrecido el abogado contrario hasta el momento, decide

dejarlo pasar.

—Ninguna, Señoría.

La juez asiente una única vez antes de anotar algo más en la libreta que ha estado usando a lo largo del juicio, y Jimmy se levanta de su asiento para sentarse en el estrado. Su pelo corto y pelirrojo contrasta con su chupa de cuero.

—¿Jura decir la verdad, toda la verdad y nada más que la verdad con la ayuda de Dios?

—Sí, lo juro.

Azael pasea de forma lenta por delante del estrado y el jurado.

—Veamos, señor Collins. Si no me equivoco, aquella noche se estaba llevando a cabo una especie de... concurso en el que quien terminase el primero la friolera de dos litros y medio de cerveza sería el ganador. ¿Es correcto?

—Sí, es correcto.

—Y mi cliente participaba en dicha competición —afirma más que pregunta.

—Sí.

—¿Podría decirle al jurado qué premio se estaban disputando?

—Todo un año de cerveza gratis —dice Jimmy sonriendo con malicia y orgullo—. Y es mío.

Las miradas de Jimmy y Malcom se cruzan y un odio genuino se enciende en los ojos del acusado, que se tensa y enseña los dientes, dándole el aspecto de un lobo furioso.

—Todo un cargamento casi ilimitado de cerveza —continúa Azael—. Sin duda, el sueño de muchos, ¿no creen?

—Protesto, Señoría. Es irrelevante para el caso.

—¿Adónde quiere ir a parar, señor Grigori? —intercede la juez.

—Intento poner en evidencia que ese premio, ese año de cerveza gratis resultaba de incalculable valor para mi cliente, Señoría.

—Esa no es razón para agredir brutalmente a un hombre —interrumpe el abogado.

—Oh, no, desde luego que no —responde Azael juntando las yemas de sus dedos.

El abogado comienza a reírse y a amontonar sus papeles en su maletín marrón, dando a entender que da el juicio por terminado.

—Sin embargo —continúa Azael—, si fuese una necesidad fisiológica, un

impulso biológico lo que disparase ese tipo de comportamientos, esa conducta de lucha y protección de algo que es necesario para el organismo, podría ser una justificación más que suficiente.

—¿De qué diablos está hablando? —pregunta el abogado con el rostro contraído.

—Estoy hablando, señoras y señores, de que mi cliente no es un delincuente ni un infractor insensible y peligroso, sino una víctima —dice Azael levantando el tono de voz, hablando con energía para toda la sala—. Mi cliente, el señor Sanders, es un mártir, un hombre torturado por un pasado que no deja de atormentarle día y noche. ¿Se imaginan ustedes lo que es cometer un error, un único error (del que ni siquiera son responsables), y que toda su vida se esfume al ser sometidos al acoso terrible de la culpa sin que nada consiga aliviar el dolor y el cargo de conciencia? ¿Se imaginan que, después de algo tan terrible, por fin consiguen encontrar un remedio para las pesadillas que los persiguen todas y cada una de sus noches? ¿No se aferrarían a ello?

»Malcom Sanders encontró ese alivio en la bebida. Se aferró al alcohol para poder soportar su propia existencia y, desde entonces, su panacea se ha convertido en una droga. A Malcom Sanders no hace falta encerrarlo entre rejas porque ya es un hombre encerrado en vida entre la culpa y el alcohol.

»¿Y si Malcom Sanders fuese un familiar suyo? ¿Y si fuese su padre, su hermano o su hijo quien estuviera pasando por este verdadero infierno y alguien decidiese añadir aún más carga sobre sus espaldas? Y todo porque otra persona se durmió al volante y se estrelló contra él. ¿No querrían ayudarlo? ¿No harían todo lo que estuviera en sus manos para poder aliviarle esa carga? ¿Qué clase de ciudadanos estaríamos siendo si le negásemos a este pobre hombre la ayuda que tan desesperadamente necesita? ¿En qué clase de desalmados nos convertiríamos si permitiésemos que este hombre, padre de dos hijas, no tuviera la oportunidad de rehabilitarse y reinsertarse en la sociedad como un hombre libre y limpio, listo para contribuir a mejorar este mundo?

»Señoría, Jurado: propongo la libertad sin cargos para Malcom Sanders y la asignación de un consejero tutor y el ingreso en un centro de rehabilitación para que, de ahora en adelante, no sea un peligro para otros ni para sí mismo, para que pueda rehacer su vida, para que pueda volver a ser un hombre libre. Todos merecemos una segunda oportunidad.

4

—No tengo ni idea de cómo lo has hecho —dice Dan dejándose caer sobre el respaldo de su silla de cuero—, pero lo has hecho.

—La suerte del principiante —contesta Azael encogiéndose de hombros.

Sus pies descansan sobre el escritorio de Dan, cruzados sobre los tobillos, y juega distraídamente lanzando una pelota de béisbol al aire. Dan sacude la cabeza y arrastra su silla para acercarla al escritorio.

—Sea como fuere, no te confíes. Las jugadas arriesgadas no suelen funcionar dos veces.

—¿Eso quiere decir que vas a darme otro caso? —pregunta Azael con su sempiterna sonrisa en los labios y la pelota atrapada en su puño derecho.

—Supongo que sí —contesta Dan suspirando—. Recuérdame por qué te contraté.

—Porque soy encantador y porque necesitabas a alguien que aportara algo de estilo a la imagen del bufete. Lo de salvarte el culo en aquel casino de Tokio puede que influyera un poco también.

—Ya... Gracias por eso otra vez —dice Dan rehuyéndole la mirada.

—No tienes por qué darlas. Tú ganaste el caso, yo me mudé a Los Ángeles... Todos ganamos. Menos los japoneses, claro.

—Nunca me has contado por qué quisiste venir a Los Ángeles y trabajar en mi bufete de la noche a la mañana.

—Bueno, lo de ser corredor de bolsa está bien, pero no tienes demasiado contacto con la gente —contesta Azael—. Socialmente hablando, quiero decir, porque allí puedes morir literalmente aplastado cada mañana —añade fingiendo un escalofrío—. Me apetecía cambiar de aires; lo de ser abogado solo era una excusa.

—Espera, ¿me estás diciendo que no estudiaste Derecho antes de lo de Tokio? ¿Me engañaste? ¿Compraste la licencia o algo así? —pregunta Dan palideciendo— Si se enteran de que he contratado a alguien sin...

—Claro que no, ¿qué clase de timador barato crees que soy? Me ofendes, Dan, pensaba que éramos amigos. Yo nunca te haría algo así —interrumpe Azael tirando con firmeza de las solapas de su americana—. Hablar japonés no es el único as que tengo en la manga, ¿sabes? Es solo que nunca me gradué. Además, solo tuve que hacer un examen de homologación cuando llegué aquí. Un repasito al código penal la noche anterior y *voilà*. Todo legal, no te preocupes. Lo sé porque soy abogado —añade con burla.

—La madre que te...

—Venga, no lo he hecho tan mal para ser mi primer caso, tienes que reconocerlo —dice volviendo a su deslumbrante sonrisa.

Dan se lleva las manos a la frente para restregarse la cara, pensativo. Toma aire para decir algo, pero se retracta. Contempla a Azael y se rasca el pelo cortado a cepillo.

—Vale, está bien. Te daré algo —dice y se pone a rebuscar entre el montón de carpetas marrones que hay sobre su escritorio, aún sin clasificar.

Azael estira el cuello intentando cotillear desde el otro lado de la mesa mientras Dan abre y cierra las carpetas rápidamente en busca de un caso que se ajuste a su criterio.

—Este es perfecto —sonríe Dan con satisfacción infantil lanzando la carpeta sobre la superficie de madera.

Azael lo atrapa con ansiedad, casi antes de que toque la mesa, y lo abre para leer su contenido.

—¿Estás de broma? —pierde su sonrisa de golpe—. ¿Es alguna clase de castigo o es que no me crees capaz de llevar un caso?

—Un poco de cada —responde Dan centrando su atención en el portátil que tiene a mano derecha.

—¡Venga ya! Tiene que haber algo mejor. ¿Cómo voy a demostrarte lo que valgo con esta estupidez de caso?

—El caso será una estupidez, pero quienes solicitan nuestros servicios, no. Si no la cagas, ganaremos una buena suma. Y ahora lárgate, tú ya tienes tu caso y yo tengo trabajo.

—¿Podré cambiar la máquina de café después de esto al menos?



Un par de días después, Azael baja la ventanilla del conductor de su coche y llama al telefonillo de la verja que cierra el paso a una enorme mansión de Beverly Hills.

—Soy Azael Grigori, su abogado —se identifica quitándose las gafas de sol.

Un pitido le indica que tiene acceso y las puertas se abren con lentitud frente a su deportivo negro. Conduce despacio sobre la gravilla de la entrada, pasando junto a una enorme piscina y haciendo un pequeño *tour* por los exóticos jardines plagados de palmeras. Cuando aparca junto a la entrada de la casa, una mujer en bikini y una gran pamea se acerca a saludarle.

—No me habían dicho que era usted tan apuesto —dice tendiéndole la mano—. Si lo llego a saber, me divorcio antes.

Un hombre con camisa azul aparece en la puerta de la casa con las manos en los bolsillos de su pantalón negro.

—Muchas gracias por haberse tomado la molestia de venir a mi casa. Comprenderá, por la situación que le trae aquí, que no podíamos desplazarnos con Tiberio Máximo en un momento tan delicado y estresante para él —continúa la mujer—. El divorcio le está afectando muchísimo, ni siquiera juega con esos muñequitos que pitan tan desagradablemente. Pero pase, por favor, pase.

Azael sigue a la mujer, que se cubre con un chal de seda al entrar en la gigantesca casa. Los espacios son abiertos y los techos altos, lo suficiente como para poder colgar cuadros de más de dos metros de longitud, que salpican las paredes de arte contemporáneo. Al fondo, en uno de los múltiples salones, un sofá de unas dieciocho plazas rodea una elegante mesa de café por tres de sus lados. En el lateral libre, una moderna chimenea eléctrica controlada por mando a distancia arde con un tenue crepitar tras un cristal.

El hombre de camisa azul ya se encuentra sentado en uno de los lados del kilométrico sofá y la mujer se sienta en el lado opuesto, a más de tres metros de distancia. Azael se acomoda en medio, obligándose a romper el silencio tenso que los ha atrapado durante unos instantes eternos.

—Bueno —carraspea con incomodidad—, veo que la parte del divorcio la tienen bastante clara. Si no recuerdo mal, firmaron un acuerdo prematrimonial declarando la separación de bienes.

—Sí, sí, todo eso ya lo tenemos firmado —dice impaciente la mujer—. Para mí, la casa de Beverly Hills y el Ferrari; y para él, la de San Francisco y el helicóptero privado. El dinero no es la razón por la que le hemos llamado.

El problema es Tibi.

—¿Toby? —pregunta Azael frunciendo el ceño.

—Tibi.

—¿TV? Como... ¿la tele?

—Se llama Max —contradice el exmarido hablando por primera vez—, y es tan mío como tuyo. No tienes derecho a quedarte con él.

—Tú lo has dicho: es tan mío como tuyo. Tengo el mismo derecho a quedármelo que tú. Esta es su casa, estará mucho más cómodo; aquí tiene su piscina de ejercicios, su entrenador personal y su peluquero.

—Claro, y también estará mucho más cerca de Hollywood y de sus focos. ¿Quieres saber por qué ya apenas juega ni sale a correr al jardín? Porque ese plató lo está agotando.

—¡Pero si le encanta! No hay más que ver lo feliz que está cada vez que las cámaras se encienden. Ha nacido para esto, es una estrella.

—¿Han pensado en la custodia compartida? —interrumpe Azael, cansado de mirar de lado a lado como si estuviera en un partido de tenis.

—Max no soportaría tantos viajes; estaríamos a más de cinco horas en coche.

—Pues ven a verlo en tu helicóptero. ¿No te gusta tanto volar?

La mujer se cruza de brazos y piernas sobre el mullido sofá, dejando clara su sólida postura.

—¿Por qué no le preguntamos a él? —sugiere el exmarido.

—¿Y hacerle elegir si quiere más a mamá o a papá? —pregunta Azael—. Bueno, es un poco desalmado ponerle en una disyuntiva así, pero supongo que «Tiberio Máximo» —dice con cautela mirando por encima sus papeles—, tiene tanto que decir como cualquiera en todo esto. Al fin y al cabo, es la parte afectada.

La expareja se mira durante unos instantes con los ojos entrecerrados de odio.

—¡Tibi!

—¡Max! —gritan al mismo tiempo.

Azael gira el cuello en dirección a la blanca escalera de mármol a la espera de que el interesado acuda a la llamada. A través de los finos barrotes de hierro forjado del pasamanos, Azael ve aparecer a un ejemplar espléndido de border collie con el largo pelo blanco y negro recién cepillado y una pelota de tenis entre sus fauces. El pelaje de la mitad de su rostro y una oreja son de color negro, mientras que la otra mitad es de un impoluto blanco, como si

estuviera dividido en dos.

Azael se queda boquiabierto durante un momento, después se lleva la mano a la cara con incredulidad. El perro se acerca alegre hasta la mesa de café y mira a los presentes moviendo enérgicamente el rabo, que desprende pelo fino y blanco.

—Tibi, cariño, ven con mamá —lo anima la mujer.

—Max, ¡ven aquí, campeón! Vamos a jugar.

—Vamos Tibi, vámonos a dar un paseo.

—Toma campeón, te daré una salchicha extra si vienes conmigo.

—¡Tibi, ven!

—¡Vamos, Max!

El perro mira de un lado a otro, como hace un momento Azael, deja caer el rabo lentamente y suelta la pelota sobre la alfombra.

—¿Quieres jugar? ¿Es eso lo que quieres? —pregunta el hombre rescatando la pelota baboseada.

—De eso nada. No se pueden utilizar juguetes ni comida —recrimina ella.

Tiberio Máximo se sienta sobre sus patas traseras con las orejas caídas y mira a Azael con ojos tristes antes de tumbarse en el suelo a mitad de camino entre los dos propietarios.

—Pues parece que tenemos un problema —sentencia Azael.

Dos horas más tarde, el sol broncea la piel de la dueña junto a la piscina mientras una mujer filipina con uniforme sanitario de color rosa se dedica a dar un masaje a Tiberio Máximo, que se encuentra tumbado bocarriba sobre una franja de césped. Sus ojos cerrados y la larga lengua que le cuelga por fuera del hocico no dejan lugar a dudas del estado de relajación en el que se encuentra.

—Dígame —dice Azael sentado al borde de la tumbona contigua a la de la mujer en bikini—, ¿hace cuánto tiempo que tienen a... Tibi?

—Cinco años. El caprichoso de mi exmarido se empeñó en que tuviéramos hijos, pero no pensaba echar a perder mi cuerpo por un crío mocososo que fuese por ahí pintado las paredes de la casa. Así que fuimos a ver a un criador que tiene los mejores ejemplares y lo compramos. Al perro, me refiero.

—Entiendo... —asiente Azael tomando notas en una pequeña libreta—. ¿Cómo surgió todo eso de Hollywood y los focos?

—Cuando era un cachorro, era un desastre —comenta jugando distraídamente con las frías gotas condensadas en su piña colada—. Destrozaba todo lo que tocaba, ladraba cada vez que algún turista curioso se

acercaba a la valla. ¿Se imagina tener que escucharlo literalmente a todas horas del día? Me estaba volviendo loca, así que contratamos a un entrenador canino y, en menos de un mes, era obediente como un perro policía —hace una pausa para remover su cóctel antes de darle un larguísimo trago con la pajita y el olor dulzón se expande por el aire, mezclándose con el cloro de la piscina y el aceite de bronceado que reluce sobre su piel tostada.

—Todos nuestros amigos se quedaban maravillados con la cantidad de trucos ridículos que sabía hacer y alguien nos dijo que podría presentarle a un casting para un anuncio de piensos. Al parecer —pone los ojos en blanco removiendo la pajita—, tiene algo que a la gente le resulta simpático. Así que empezaron a llamarnos para otros anuncios, desde tiendas para mascotas, peluqueros caninos, competiciones... Lo adoran.

—Imagino que todo eso tendrá una remuneración —apunta Azael.

—Sí, por supuesto —admite quitándole importancia con un gesto antes de dar otro largo trago—, como cualquier trabajador medio, supongo.

Azael abre su carpeta y echa un vistazo por encima a los papeles previos que tiene del caso.

—Un trabajador medio, claro —murmura él—. ¿Puede decirme en qué invierten el salario que recibe Tibi?

La mujer se revuelve en su tumbona, deja el cóctel sobre la mesita que hay entre los dos y se yergue.

—Lo normal, ya sabe. Su entrenador personal, masajista, peluquero... Solo le damos la mejor comida ecológica a base de verduras, nada de esas bolitas de estiércol prensado que les dan a los otros perros —defiende arrugando la nariz—. No queremos que nuestro Tibi termine con uno de esos cánceres ni con halitosis. Eso sería la ruina.

—¿La ruina? —interpela Azael ladeando la cabeza.

—¿Cómo iba a poder vivir sin ese angelito de cuatro patas? —sonríe con labios tirantes, aunque es difícil discernir si por la tensión o por el bótox.

—¿Ha notado últimamente algún cambio en la actitud de Tibi? Falta de ánimo, menos ejercicio, comer menos...

—No, no —frunce el ceño—, nada de eso. Mi exmarido es un histérico paranoico. Tibi sigue siendo el mismo de siempre. Corre, juega, come y mea, como todos los perros normales. ¿Lo ve usted frustrado acaso? —señala al can, que continúa disfrutando de su masaje personal sobre el mullido césped—. No creo que pueda haber un chucho más feliz en todo el mundo —añade con desdén, estirando el brazo para volver a apoderarse de la piña colada a

medio beber.

—Parece que Tibi tiene mucha suerte —comenta Azael, distraído con las curvas bajo el uniforme rosa de la masajista canina.

—Si viviera con el idiota e insulso de mi exmarido, se moriría de aburrimiento y de tristeza. ¿Cree que he trabajado tanto en este perro para que ahora se dedique a olisquear el trasero de chuchos malolientes por un parque lleno de pulgas y a estar tirado todo el día mordisqueando esa atrocidad de huesos que venden?

El fresquísimo triángulo de piña tropical recién cortado que adorna el borde del vaso de cóctel se desprende con el repentino gesto de la mujer y va a parar al suelo con un sonido viscoso. Apenas unas décimas de segundo después, Tiberio Máximo se levanta, riega de babas el corto camino que los separa, y se cuelga sin reparos bajo la tumbona de su dueña, a la que vuelca y arroja a la piscina. Después mira a Azael moviendo el rabo, relamiéndose triunfante los restos de la piña del hocico.

—¡Maldito chucho! —grita la mujer, empapada y encolerizada—. ¡Lo ha hecho a propósito!

El autobronceador comienza a desprenderse de su piel y una balsa de viscoso aceite anaranjado se extiende a su alrededor como una onda expansiva. La masajista filipina duda durante un instante, pero finalmente se tira también a la piscina para ayudar a su jefa, que parece tener dificultades para salir por las resbaladizas escaleras.

Tiberio Máximo reclama la atención de Azael con un golpecito de hocico en el brazo. Este no se resiste a acariciarlo tras la oreja mientras trata de reprimir la sonrisa.



El sol empieza a ponerse y alumbra los árboles de un pequeño bosque no muy lejano a la mansión. Aprovechando el incidente de la piscina, Azael ha decidido que es hora de hablar con la otra parte de todo este asunto rocambolesco.

—¡Bien hecho, campeón, ese es mi chico! —ríe el exmarido a la vez que revuelve con energía el pelo del can y le palmea el lomo—. ¿Has visto su cara? Toma, te lo has ganado.

El hombre saca de su bolsillo un puñado de galletitas comerciales para perro y le lanza una. El peludo la atrapa al aire.

—Esa arpía no le deja comerlas, solo puede disfrutarlas cuando sale a pasear por aquí conmigo. Le encanta este pequeño bosque, ¿sabes? —comenta con ojos brillantes.

—¿Dirías que disfruta al estar fuera de casa? —pregunta Azael, mirando muy atentamente el suelo y limpiándose en la chaqueta del traje la mano que acaba de tocar la corteza de un árbol que tenía pequeñas telas de araña.

—Sí, sin duda. No es que esté incómodo en casa; tiene un gran jardín y zona de ejercicio, pero —jadea al lanzar un grueso palo entre los árboles—, esto es otra cosa. El aire libre, alejarse de los entrenamientos, de los gritos... Aquí puede ser un perro de verdad.

Max aparece portando el palo con la cabeza levantada, orgulloso de su trofeo, y lo suelta a los pies de Azael.

—Parece que le has caído bien.

—Suelo tener ese efecto con casi cualquier ser vivo —sonríe Azael con pedantería—. Salvo en las serpientes. Y en las cabras, no sé por qué.

Max se sienta jadeando y moviendo el rabo, a la espera de que le vuelva a tirar el palo para ir a buscarlo. Azael mira alternativamente a Max, al palo y a su dueño sin saber bien cómo reaccionar.

—Vamos, tíraselo; quiere que se lo tires tú —sonríe el hombre; se le resaltan sus incipientes patas de gallo.

Azael recoge el palo del suelo con dos dedos escrupulosos y Max se levanta, retrocediendo unos pasos de espaldas y mirando con fascinación el trozo de madera. Cuando sale volando, atraviesa el aire con un zumbido y se escucha aterrizar contra un tronco a lo lejos.

—Buen lanzamiento —concede el hombre—, ¿jugaste en la universidad?

—No, no —ríe Azael, que alza las cejas sorprendido y divertido por el comentario—. Solo me gusta estar en forma.

Max vuelve en apenas unos segundos igual de contento que la primera vez, moviendo el rabo enérgicamente, y ahora deja el palo a los pies de su dueño, que no duda un segundo en rascarle las orejas y volver a lanzárselo.

—Es un gran chico —comenta de pronto el hombre, mirando con ojos ausentes el sendero entre los árboles por el que aún se puede ver el rabo de Max—. No se merece malgastar su vida con esa bruja egoísta.

—¿Hablas del perro o de ti? —bromea Azael.

—Por suerte yo aprendí la lección rápido, pero Max no puede defenderse

por sí solo.

Max vuelve por tercera vez con el hocico manchado de finísima arena rojiza y jadea con más violencia; probablemente haya estado escarbando junto a las raíces de algún árbol.

—¿Crees que Max recibe todos los cuidados necesarios? —interpela Azael después de esquivar la tierra húmeda de las patas del can, que arruinaría sus zapatos italianos.

—Sí, sí. No le falta de nada, desde luego. Eso no puedo negarlo. —Se arrodilla el hombre y se llena el pantalón de fragmentos de corteza y agujas de pino. Saca una botella de agua de la pequeña bolsa que lleva colgada y se le da a beber a Max haciendo un cuenco con sus propias manos, limpiándole de paso el hocico—. Pero creo que hay cosas que un perro no necesita. ¿Para qué demonios iba a querer un perro un blanqueamiento dental? ¡Por el amor de Dios! Solo necesita un poco de campo y robar algún filete de la mesa de vez en cuando. Eso es lo que hacen los perros normales, ¿no?

El suspiro del hombre es tan profundo que Max se distrae con la corriente de aire que le llega una de sus orejas y se defiende del soplido lamiendo la nariz de su dueño en un acto reflejo, empapándole con el agua que estaba bebiendo.

—¿Puedo hacerte una pregunta financiera?

—Creía que esas cosas ya estaban solucionadas con el otro abogado — responde antes de limpiarse con la manga de su camisa.

—Si sí, lo están. Es solo curiosidad. Las dos mansiones que tenéis como propiedades, ¿se adquirieron antes o después de que Max llegara a vuestras vidas?

—Antes. Compré ambas cuando vendí mi empresa, *Waves: todo para el surfista*; desde trajes de neopreno hasta las mejores tablas. La fundé con dos amigos cuando era casi un adolescente y, con el tiempo, acabó siendo una gran empresa que organizaba los torneos más competitivos de toda California. Pero solo me dedicaba a hacer números, ¿sabes? Un día me desperté y decidí que no había abierto aquella empresa para acabar siendo poco más que un contable. Así que la vendí por unos cuantos millones.

—De modo que ambas mansiones son tuyas —reflexiona Azael.

El hombre asiente con calma con las manos a la espalda y reanuda la marcha por el bosque.

—¿A qué se dedicaba tu ya exmujer antes de conocerla?

—Mira, te voy a ser sincero. —Frena el hombre para poder mirar a Azael

a los ojos—. No tengo ni la más remota idea. Me quiere sonar algo de que vino a Los Ángeles porque quería ser actriz y terminó vendiendo cremas por catálogo o algo así. No lo sé, la verdad. Un día apareció en mi puerta con un pañuelo amarillo al cuello y no la dejé escapar. No pude dejar de mirarla a los ojos ni un instante mientras trataba de venderme no sé qué tontería. Le habría comprado el cielo si ella me lo hubiera pedido. Me enamoré perdida y totalmente. Si la hubieras visto entonces... —suspira asestando una pequeña patada a una piedra del suelo—. Ya no queda ni rastro de lo que fue. No sé si son esas cosas que se inyecta para parecer una muñeca de plástico o la influencia de Hollywood, pero aquella chica ha desaparecido sin dejar ni rastro.

5

Azael llega a última hora de la mañana de un viernes al juzgado donde se debe celebrar el juicio. El juez Perkins, un hombre calvo a quien le queda la amplia toga negra más justa de lo que debería, se encuentra de espaldas con un maletín marrón en su mano izquierda y cerrando con la derecha la puerta adornada con su nombre en letras doradas.

—Juez Perkins, buenas tardes. Soy Azael Grigori, ¿se acuerda de mí?

El rechoncho hombre lo mira con el ceño fruncido y lo recorre de arriba abajo con gesto huraño.

—No le he visto en mi vida. Si me disculpa, tengo un vuelo que coger.

—¿Cómo dice? No, no, espere. Soy Azael Grigori, hablamos hace solo una semana por teléfono. El abogado del caso por Tiberio Máximo.

—Oh, Dios bendito. ¿El tipo del perro? —suspira mirando al techo—. Mire, tengo prisa. Tendrá que ser dentro de dos semanas.

—¡Pero si lo dejamos todo zanjado! Agendamos que sería hoy.

—No tengo nada más agendado para hoy, señor Grigori. Son las dos del mediodía y no he comido. Mi turno ha terminado, lo lamento.

—Escuche: estoy seguro de que, si entra un segundo a su despacho y comprueba su agenda, podrá ver que efectivamente acordamos el juicio para hoy.

El hombre continúa mirando ceñudo a Azael, que no se rinde y sonrío angelicalmente con las manos en los bolsillos del pantalón de traje como si nunca hubiera roto ni un plato.

—No me gusta que me hagan perder el tiempo —sentencia el juez tras unos segundos de mirada retadora—. Si no hay nada agendado, puede estar seguro de que su juicio no tendrá lugar en meses.

Vuelve a sacar sus llaves y abre la puerta. Deja el maletín sobre la mesa y saca una enorme agenda de cuero negra del primer cajón.

—¿Cómo dice que se llama?

—Azael Grigori.

—Usted no, idiota. El caso.

Azael se revuelve un poco dentro de su traje borrando su sonrisa.

—Tiberio Máximo.

El juez pasa el rechoncho dedo a lo largo de varias páginas encorvado sobre la agenda, muy pegada a los ojos.

—Tiberio Máximo... Aquí está.

—¿Lo ve? Le dije que lo habíamos agendado —vuelve a sonreír triunfante.

—Sí, lo habíamos agendado para las diez de la mañana, señor Grigori.

Azael vuelve a palidecer un poco y sonríe con tensión.

—Sí, bueno. Verá... —comienza a excusarse—. No va a creerse lo que me ha pasado. Es bastante gracioso, en realidad.

El juez Perkins juzga silenciosamente a Azael sin soltar la agenda abierta de par en par frente a su cara, que ha empezado a tornarse roja, y el abogado carraspea antes de proseguir:

—Verá, he pasado una semana entera investigando todo este asunto a fondo. Anoche estaba preparando lo necesario para el juicio. Todo estaba listo, ¿sabe? Y de pronto apareció ella.

El juez Perkins levanta una ceja sin mover ni un ápice el resto de sus músculos.

—Oh, si la hubiera visto... Ella era... perfecta. Apareció de la nada, como un fantasma. Tan silenciosa, tan diligente... Vino a traerme la cena, tan preocupada con ese uniforme negro elegante del servicio de habitaciones. En cuanto sus ojos se cruzaron con los míos, supe que aquel no era su lugar, que ocultaba miles de historias bajo aquella mirada triste y tímida. ¿Sabe a lo que me refiero?

—No tengo ni idea de lo que me está hablando, señor Grigori, y mi paciencia tiene un límite, que está peligrosamente cerca de cruzar.

—Hablo de que aquella mujer me estaba pidiendo ayuda a gritos. Bueno, quizá no literalmente, pero lo estaba gritando por dentro; lo sentí. Así que la invité a quedarse a cenar conmigo. Hablamos durante toda la noche sobre ella, sobre cómo su familia abusó de ella y, finalmente, la echó de casa cuando se enteraron de que se sentía mujer. Su familia no sabía nada sobre la transexualidad y solo pensaban que su hijo era un degenerado. Se lo puede imaginar. Tuvo que dejar sus estudios a los dieciséis años y emanciparse para trabajar y así poder pagar sus tratamientos hormonales y alejarse de aquella

casa. Tenía tanto dolor en esos ojos castaños y tanta fuerza en ese espíritu luchador suyo... No podía dejarla ir. Me enamoré perdidamente de ella en apenas unas horas.

—¿Adónde quiere ir a parar, señor Grigori? —inquire el juez, que ha dejado caer sus brazos con la agenda poco a poco y ahora mira a Azael con una expresión más sombría pero también más relajada.

—No podía dejar que desperdiciara su vida obligada a trabajar allí solo por supervivencia, porque nadie más le daba trabajo sin estudios y con todos esos prejuicios y ese odio hacia lo que se sale de la dichosa norma. Tenía que hacer algo, ¿lo entiende? Le extendí un cheque para que no tuviera que preocuparse por las facturas los primeros meses, pero aquello no basta; no es más que un parche temporal que no soluciona nada —dice Azael apoyando ambas manos sobre el respaldo de una de las sillas del despacho—. Tenía que hacer algo que realmente cambiara el rumbo de su vida, que pudiera tener una oportunidad de vivir como ella quisiera, que fuera la dueña de su propia vida, así que pasé toda la noche haciendo papeles y llamadas, cobrándome antiguos favores para tenerlo todo listo a primera hora de la mañana. Y tan pronto como se ha asomado el sol por los cristales de mi habitación, he llevado a aquella mujer, a la joven promesa, y la he metido en el primer avión de vuelta a su antigua ciudad para que sus padres conocieran a la hija que se llevan perdiendo más de cinco años.

»Mientras ella volaba, me he encargado que asegure una plaza en una escuela de arte donde pueda hacer realidad su sueño: estudiar fotografía. Si hubiera visto lo que vi yo... lo que era capaz de hacer con la cámara de un móvil de baja calidad... ¿Se imagina lo que será capaz de llegar a hacer con un estudio? ¿Con una educación artística sólida? Era una persona nueva cuando ha subido a ase avión. Sus ojos contaban otra historia, hablaban de libertad, de volver a empezar, de elegir su propio camino, de nuevas oportunidades.

Azael se queda mirando al vacío con aire de ensoñación, suspirando, y el silencio se hace casi reverencial entre los dos hombres. El juez Perkins, con aire reflexivo, deja la agenda cerrada sobre la mesa y se sienta con lentitud en su silla de cuero.

—Aunque pudiera llegar a entender sus motivos, señor Grigori, me temo que no es admisible que un abogado llegue varias horas tarde a un juicio que él mismo ha solicitado.

—Lo sé, lo sé. Créame que nada me habría gustado más que poder estar

aquí para defender a mi cliente, pero considero que las circunstancias han sido de causa mayor. Estoy seguro de que podemos llegar a un acuerdo.

—¿Qué me propone exactamente? —parece ceder al fin, formando un triángulo con sus dedos sobre la mesa.

—¿Qué tal si le prometo que será un juicio rápido y que no le haré perder más tiempo después de eso? —sonríe con un aire de inocencia—. Y le invito a comer, por supuesto.

El hombre lo mira con intensidad durante unos segundos y, finalmente, estira el brazo para descolgar el teléfono y hacer una llamada a su secretaria.

—No va a parar hasta conseguir lo que quiere, ¿verdad? Más le vale no hacerme perder el avión —amenaza a Azael—. Y quiero un rosbif.

Media hora después, una pequeña sala se encuentra habilitada para dar comienzo al juicio informal con los dos excónyuges esperando en la sala. Cuando el juez Perkins y Azael entran en la sala, Tiberio Máximo ladra una única vez moviendo el rabo como saludo al abogado, que se lo devuelve lanzándole una de las galletitas del exmarido.

—¿Han traído al perro? —se escandaliza el juez—. ¡Virgen santísima...! Terminemos con esto cuanto antes.

El juez se acomoda en su lugar y contempla una bolsa de papel que Azael ha dejado para él. Al abrirlo, encuentra un sándwich de ternera en salsa que gotea al sacarlo de la caja de plástico transparente.

—No tenían rosbif —responde Azael ante la mirada acusadora del juez—. He tenido que improvisar.

Resignado, el juez da un golpe con la maza de madera y da comienzo el juicio.

—Si no les importa, agradecería que el juicio se celebrara con la mayor brevedad posible; tengo asuntos importantes que atender. Den gracias a que, a pesar de la incompetencia de su abogado, esté dispuesto a celebrar esta pantomima.

Algo ofendido, pero entendiendo que no es el mejor momento para replicarle el insulto, Azael se levanta y se pasea por delante de las sillas, incómodo por la estrechez de la sala, esquivando el mobiliario de forma que le resta elegancia.

—Estamos aquí para decidir la custodia de Tiberio Máximo, aquí presente —el aludido vuelve a lanzar un ladrido a la sala—, disputada entre la señora Maxwell y el señor...

—Sí, sí, lo entendemos. La custodia del perro. ¿Y bien? ¿Han llegado a

algún acuerdo?

—No, Señoría. Me temo que ha resultado completamente imposible llegar a ningún entendimiento, y también me ha resultado imposible encontrar una clara inclinación en la balanza con respecto a con quién de los dos disfrutaría de mejores condiciones. Por tanto, creo que, ya que ambas partes han demostrado múltiples fuentes de bienestar y felicidad para mi cliente...

—¿Su cliente? —ríe el juez con aspereza.

—Por supuesto. ¿A quién cree que represento? Intento dar voz a aquellos que no la tienen, no ayudar a dos ricachones a pelearse por una criatura.

Tiberio Máximo ladra de nuevo y repara de pronto en el sándwich del juez cuando este lo saca de su caja y le da el primer mordisco, que le ensucia de salsa los labios y la barbilla.

—Como iba diciendo —aprovecha para continuar mientras el juez mastica —, ambas partes tienen fuentes de sobra para que mi cliente disfrute de una vida satisfactoria con todas las comodidades. Por un lado, el señor Harper pasea a diario con mi cliente en plena naturaleza, permitiéndole un espacio en el que ejercitarse y respirar aire puro, así como a la estrecha relación que mantienen a base de juegos y compañía; por otro lado, la señora Maxwell lo ha llevado al estrellato al convertirlo en una celebridad canina donde las haya, que disfruta de los lujos derivados de este estilo de vida: esteticistas, una dieta natural de dudosa efectividad nutricional, entrenador personal, clases de yoga para perros... ¿quién no querría vivir así?

—¿Y qué propone, señor Grigori? —apremia el juez con voz cansada e impaciente.

Tiberio Máximo se relame sin dejar de mirar y olfatear el pringoso bocadillo de carne en salsa y pimienta que llega hasta su nariz.

—Propongo que, ya que considero que ambas partes se encuentran en igualdad de condiciones, la custodia no sea para ninguno de los susodichos, sino que pase a ser custodia de la protectora de animales estatal y que esta lo destine a alguna de sus múltiples perreras, donde se harán cargo de él.

—¿Qué? —gritan los dos excónyuges al unísono.

—No puede hacer eso —se defiende la mujer—. Es mi perro, tengo un contrato firmado con la televisión para este mes. No puedo cancelarlo así sin más. Esto es una locura.

—No lo haga, por favor. Una perrera no es lugar para él. Mírelo: es un perro muy sociable, necesita estar con gente. Es poco más que un cachorro. Necesita correr y jugar, no pasarse la vida mirando a través de una verja si

alguien va a venir a por él.

El juez mira unos instantes al can a la vez que devora su bocadillo. Parte un trozo de pan mojado, se lo lanza por encima de la mesa y sonrío cuando Tiberio Máximo lo atrapa en el aire sin levantarse de su sitio. Lo mira atentamente, con una oreja erguida y la otra doblada sobre sí misma.

—Me recuerda al perro que tuve cuando era un niño. Es una lástima que, por culpa de dos personas poco conciliadoras, tenga que terminar así. Si no tienen nada más que añadir, doy por concluida...

—¡No, espere! —grita el marido—. Si esa es la única opción, le cedo la custodia a ella. Prefiero verlo cosificado como un producto más de Hollywood a que se pudra en una perrera o lo sacrifiquen cuando no tengan más sitio. Con ella al menos tendrá un jardín y una piscina donde nadar, aunque el estrés de las cámaras acabe con él más tarde o más temprano...

—Si me permite añadir algo, Señoría —interrumpe Azael justo antes de que el juez vuelva a golpear con su maza—. Esto es precisamente lo que intentaba demostrar. Ambos tienen solvencia más que de sobra para proporcionar a mi cliente los cuidados básicos, pero solo uno está dispuesto a renunciar a él por su bien. Solo el señor Harper es capaz de ceder su custodia con tal de no verlo sufrir. Eso, Señoría, es amor. Y, por tanto, considero que es el señor Harper el más adecuado y quien mejores cuidados podrá proporcionarle. ¿Qué perro necesita un blanqueamiento dental de todas formas?

Azael se gira hacia el exmarido y guiña un ojo con una sonrisa, saca otra galletita de su bolsillo y se la lanza a su cliente, que mueve el rabo, feliz y ajeno a lo que pasa en la sala.



—Señor Grigori, no estoy en absoluto de acuerdo con sus métodos ni con sus graves faltas de respeto hacia sus superiores ni sus clientes —dice cerrando la bolsa de papel con el envase de plástico vacío—, pero admiro el extraño y rocambolesco sentido de justicia que tiene. Quede, por la presente, otorgada la total custodia del animal al señor Harper. Ahora, si me lo permiten de una santa vez, tengo un avión que coger.

Apenas son necesarias unas semanas de preparativos, cancelaciones de

contratos y una cuantiosa suma por parte del exmarido de la señora Maxwell por las molestias que pudiera causarle perder a su fuente de orgullo y, sobre todo, de ingresos, para que todo esté listo y Max pueda marcharse con su nuevo y único dueño.

Azael aparca frente a la mansión de la expareja y ayuda a guardar las últimas pertenencias en la parte trasera del helicóptero privado.

—Gracias —dice el exmarido con la mano tendida—, por todo.

—No hay por qué darlas. Mi deber es luchar contra las injusticias, y Max merece ser feliz siendo un perro normal y corriente.

El aludido, ataviado con un chaleco de emergencias, aparece desde la puerta de la mansión moviendo el rabo al trote y se acerca a los dos hombres.

—Bueno, ya estamos listos. ¿Estás preparado, Max?

Un ladrido alegre basta para confirmar sus sospechas y los dos se dirigen al interior del helicóptero. Max mira hacia atrás y, al darse cuenta de que Azael no se ha movido de su sitio, coge una pelota de tenis del asiento trasero y vuelve corriendo para dejársela a sus pies. Azael, con una sonrisa de medio lado, le acaricia la cabeza y las orejas.

—Buen viaje, chico.

Max se pone a dos patas, apoyando las delanteras sobre el traje de Azael y le lame la cara con efusividad antes de volver a ladrar y darse la vuelta para, por fin, meterse en el helicóptero, que ya ha empezado a mover sus hélices.

Azael se queda allí de pie, mirando cómo despega el aparato mientras se limpia las babas de Max con su pañuelo de seda rojo.



—Sé feliz, campeón —susurra al vacío.

Esa misma noche Azael disfruta de la conducción superando el límite de velocidad en la autopista mientras escucha su última adquisición de rock a todo volumen. Cuando miles de diminutas luces iluminan ya la noche de la ciudad de Los Ángeles, Azael entra en el Infierno para descubrir que todas las lonas de plástico, las vigas de madera y los bidones de pintura han desaparecido para dar lugar a un elegante espacio, oscuro e íntimo a pesar de su imponente tamaño.

Comprueba que las luces del techo se encuentran hábilmente escondidas

para que no se perciba de dónde proviene el halo dorado que brilla sobre los mullidos asientos tapizados en polipiel negra. La barra está tenuemente iluminada por una línea de luz anaranjada que crea un ambiente cálido. Sobre su cabeza, en el piso superior, encuentra los palcos, pequeños cubículos con mobiliario y cortinas de terciopelo negro para salvaguardar la intimidad y, a la vez, proporcionar espectaculares vistas del escenario principal, que está coronado por el logotipo del local con luces de neón. Todo está listo.

Azael accede a la planta superior por las escaleras adornadas con luces led a ambos lados, recorre un corto pasillo y descorre otra pesada cortina de terciopelo, tras la que encuentra una puerta cerrada con llave. La sala que esconde es algo pequeña, pero con el espacio suficiente para acoger un escritorio decimonónico de madera negra con un par de sillas, una gran estantería repleta de antigüedades y objetos de otras culturas, una pecera iluminada y un diván de cuero a juego con el mobiliario de la planta inferior. Azael sonríe ampliamente a su nuevo despacho con las manos sobre las caderas. Recorre la sala con la mirada y acaricia los muebles con la sensualidad de sus largos dedos antes de sentarse en su escritorio tallado. Disfruta durante unos instantes del poder que rebosan aquellas piezas de arte y después saca el móvil del bolsillo interior de su chaqueta para hacer una llamada.

—Está listo. Mándamelos mañana, quiero verlos a todos para elegirlos personalmente.

Interludio 2

El llanto ensordecedor de un bebé irrumpe la tranquilidad de la noche, y el ambiente se impregna de olor a sangre y azufre. Azael alza una antorcha y enciende todas las lámparas de aceite para iluminar la tosca y sencilla estancia. Sobre un montón de pieles, junto a un pequeño hogar encendido, la mujer pelirroja yace pálida y agotada en un charco de sangre oscura. Azael se acerca a ella y coge entre sus brazos a la criatura sanguinolenta que acaba de nacer. De pronto la estancia se ilumina con un atronador relámpago. Durante apenas un segundo, Azael vislumbra a su hijo y se queda paralizado.

Algo va mal. Su piel es tan gruesa que forma escamas amarillentas y está plagado de profundas grietas infectadas que se le hunden hasta la carne. Los ojos de la criatura son completamente rojos, sin iris, tan solo una línea negra a modo de pupila. Otro relámpago cae cerca de la cabaña y un árbol cercano comienza a arder. El llanto de la criatura se torna tan agudo que los tímpanos de la mujer comienzan a sangrar a pesar de no oír nada de lo que está sucediendo.

Fuera, la tormenta se desata con la furia de mil huracanes. El viento arranca los árboles y los techos de paja de las chozas, lanzando piedras contra los muros de barro, derruyéndolos como cañonazos. La lluvia cae en un manto tan denso que no se ve nada en rededor y los campos no pueden filtrarla con suficiente rapidez. Uno de los muros de la cabaña se viene abajo, sepultado en el barro, y el resto de la construcción comienza a tambalearse bajo el peso poderoso del agua y el viento. Azael coge en brazos a la mujer, que está inconsciente y aterida de frío, y se ve forzado a dejar allí a aquella criatura que es su hijo.

Cientos de troncos partidos vuelan arrastrados por el viento y Azael contempla, con su amada entre los brazos, cómo otro relámpago ilumina la silueta de un gigantesco tornado a lo lejos. Trata de avanzar y huir lo más rápido posible, pero el agua le llega por encima de las rodillas y siente sus piernas pesadas como el plomo. El frío le congela el cuerpo empapado y respirar le duele como si el aire estuviera conformado por miles de cuchillas.

Agotado y con el tornado cerniéndose sobre ellos, Azael se detiene y se rinde ante la certeza de que no hay escapatoria.

La mujer yace con los ojos cerrados y Azael coloca una mano en su pecho, pero allí no siente nada. La estrecha entre sus brazos con todas sus fuerzas, desgarrándose la garganta en un lamento tan profundo, tan oscuro y doloroso que la tierra comienza a temblar y a resquebrajarse bajo sus pies.

Suelta a su amada con un último beso en los fríos y pálidos labios, y permite que la corriente se lleve su cuerpo. Mira al cielo rojo y púrpura sembrado de rayos, y abre los brazos con los ojos cerrados. Siente entonces el abrasador impacto de un rayo en mitad del pecho extendiéndose por cada célula de su cuerpo. Por un momento, Azael percibe las llamas de la ira incinerándole desde dentro, pero nada le duele más que el último roce de sus dedos al dejarla marchar.

El rayo se extiende por el agua, abrasando a todo aquel que pudiera encontrarse en ella, y el campo se transforma en una insondable piscina de cuerpos que flotan a la deriva. Azael es uno de esos cuerpos, aunque su corazón aún late con violencia.

En sus muñecas, una frase cincelada en carne viva, como si se la hubieran tallado con unos grilletes al rojo: *En el mundo serás un fugitivo errante.*

6

Arael sale de su habitación del Hades cansado de colgarle el teléfono a Dan, que no ha dejado de llamarlo durante los últimos días. Camina sin rumbo por la ciudad de Los Ángeles, dejándose llevar por donde lo guían sus pasos, perdiéndose entre la marea de gente que inunda las calles para ahogar sus propios pensamientos. Camina durante horas hasta que se detiene a contemplar el atardecer rosado sobre la costa y a saborear el aire salado que se le pega a la piel. Los pies descalzos sobre la arena, los zapatos en una mano y la camisa remangada hasta los codos configuran una imagen de hombre perdido que necesita reencontrarse a sí mismo sintiendo la tierra más cerca. Si le incomoda de algún modo que la suave espuma del mar empape los bajos de su pantalón en el vaivén de las olas, no da ninguna muestra de ello. Sus ojos contemplan tan fijamente el último suicidio del sol que parece que vayan a quemarse bajo su influjo.

Llega la noche y Arael continúa caminando con la chaqueta sobre el hombro hasta adentrarse en el bullicioso corazón de la ciudad. Ha perdido la cuenta de las horas que lleva errando como un fantasma, y también del número de llamadas y mensajes que su teléfono ha acumulado desde que decidió apagarlo.

Cuando está a punto de cruzar el umbral de la puerta de un bar deportivo, se detiene de golpe y vuelve sobre sus últimos pasos. En la esquina del edificio, sentado sobre una manta del mismo color que el hormigón de la dura acera, un hombre mendiga junto a un bote de cristal y una mochila raída. Su piel está intensamente bronceada por el implacable pasar de los días a pleno sol sin un lugar en el que refugiarse. Lleva una camisa de cuadros manchada que, tal vez hace tiempo, fuera de su talla, pero que esta noche se agita con libertad sobre sus huesos marcados bajo la brisa californiana. Se encuentra contando una a una las monedas que conforman la pequeña fortuna que ha conseguido durante el día. A su lado, en el suelo, reposa un gran cartón en el

que puede leerse: «Soy bendecido por Dios. Que Dios os bendiga cada día».

Azael se acerca con el pelo revuelto, humedecido e impregnado en sal, y observa en silencio al mendigo. Los ojos hundidos y su mandíbula tensa le confieren un aspecto demacrado con tintes de locura y, por un momento, cuesta distinguir cuál de los dos hombres resulta más inquietante.

—Dios le bendiga —dice el mendigo inclinando la cabeza.

Azael suelta un bufido con una sonrisa de desprecio que pronto que torna en una mueca de absoluta repulsa.

—Dios me maldijo hace mucho tiempo. Igual que a ti —añade evaluándolo con la mirada.

—Dios nos bendice a todos, nos da un motivo por el que levantarnos cada mañana. Yo le doy gracias por estar sano y poder ver amanecer un día más.

—¿Crees que tienes algún motivo por el que estarle agradecido? ¿Qué clase de bendición es tener que despertar cada día viviendo así? ¿Qué clase de padre deja a sus hijos morir de hambre alargando su agonía mientras les abrasa la piel bajo el sol? ¿De verdad crees que le debes algo?

El mendigo mira a Azael sin alterarse y vuelve a su tarea de contar monedas sin replicar. Azael se queda casi un minuto allí, de pie, observándolo, antes de dirigirse de nuevo a la puerta del bar.

—¿Entras conmigo o no? —le pregunta al mendigo, a lo que este responde levantándose con dificultad y recogiendo sus escasas pertenencias dentro de su mochila.

El interior del bar es cálido, forrado en madera y con asientos de cuero rojo desgastado. Un par de pantallas planas mantiene absortos al pequeño puñado de hombres que se encuentran viendo un partido acompañados por su cerveza. El camarero de la barra mira con cara de pocos amigos al vagabundo, al que ya debe de conocer de hace tiempo, pero no se atreve a decir nada en presencia de Azael. El abogado deja su chaqueta sobre uno de los asientos y los dos se acomodan uno frente al otro con la mesa como separación. Cuando el dueño del bar se acerca a ellos, sin dejar de vigilar al mendigo, Azael saca una abultada billetera y deja sobre la mesa varias decenas de dólares más de los necesarios para asegurarse de que no le pongan ninguna pega.

—Una jarra doble de cerveza negra, un plato de alitas de pollo y una hamburguesa de la casa —pide Azael después de mirar brevemente la carta—. Y, para mí, un whisky doble con cayena. Sin hielo.

—Cuando crees en Dios, Él te recompensa por tu fe —comenta el mendigo una vez vuelven a quedarse solos.

—¿Crees que Dios te ha recompensado por tu fe? —pregunta en tono despectivo—. Entiende algo: si hoy puedes cenar caliente, no es por él; es por mí. ¿Lo entiendes?

—Y te lo agradezco sinceramente —asiente con calma—. Pero ¿has pensado que quizá Dios lo quiso así? Él te puso en mi camino para que hoy pudiera alimentarme como es debido.

—Muy típico de Dios, ¿verdad? Jugar con sus títeres para entretenerse, manipularlos para que todo sea como él quiere —responde alzando la voz tanto que llama la atención de varios clientes del bar—. A mí no me manipula nadie, no soy la marioneta de nadie, no obedezco órdenes de Dios. Yo soy libre, ¿entiendes? Yo tomo mis propias decisiones. Esas putas alitas de pollo que te vas a comer se están friendo porque yo he decidido que vayan a hacerlo.

El mendigo se encoge de hombros restándole importancia al monólogo desquiciado de Azael, y finge interés en el partido que están televisando. Cuando su cerveza negra llega a la mesa, bebe de un solo trago casi la mitad de la jarra con los ojos cerrados de placer.

—Hacía mucho que no me bebía una de estas.

Los minutos pasan en un tenso silencio hasta que llega la comida recién hecha, que humea sobre los platos empapados en aceite. Azael no ha dejado de mirarlo fijamente mientras sus dedos acarician el borde curvilíneo de su vaso de whisky especiado.

—¿Por qué crees en él? —pregunta de golpe.

—Porque sigo vivo.

—¿Y es esa una razón para creer?

—¿Lo es para no hacerlo?

—La miseria es una razón para no creer. La guerra, la pobreza, la enfermedad, la corrupción, el egoísmo, la avaricia. Todo aquello que contemplamos cada día solo con encender la televisión. Esos son motivos para no creer.

—El mundo está jodido, sí —reconoce el mendigo—. Y, aun así, aquí estamos: un hombre atormentado dándole de comer desinteresadamente a un mendigo hambriento. Aún quedan cosas por las que creer.

—Esas cosas no tienen que ver con Dios.

—Cada uno es libre de pensar lo que quiera. Al fin y al cabo, de eso trata la fe; no podemos saber con seguridad si Dios está realmente de nuestra parte, si está ahí arriba observándonos, cuidando de nosotros, y también

poniéndonos a prueba. Y, sin embargo, creemos en Él. Sabemos que está ahí, aquí, en todas partes; que cuida de nuestros seres queridos, que todo forma parte de su plan.

—¿Su plan? —bufa Azael—. No hay ningún plan. Nunca lo ha habido.

—¿Eso crees? —pregunta el mendigo—. Quizá tus circunstancias hayan sido fáciles, hayas tenido una vida cómoda y nunca te hayas preguntado por qué. Ya conoces el dicho: «no sabemos lo que tenemos hasta que lo perdemos» —dice el mendigo bajando la mirada con rostro sombrío—. Y a menudo solo nos preguntamos por qué pasan las cosas cuando las perdemos.

—¿Cuánto has perdido tú? —pregunta Azael mirándolo a los ojos antes de dar un trago a su whisky picante, que le abrasa la garganta.

El mendigo se queda en silencio unos segundos mirando a un vacío que le humedece los ojos. Cuando alza la vista y la fija en Azael, no hace nada para impedir que dos gruesas lágrimas se derramen por su rostro sucio.

—Trabajaba de monitor de tiempo libre, organizaba cursos y talleres de todo tipo con niños, sobre todo en vacaciones. Unos cuantos días por semana iba de voluntario como animador infantil a varios hospitales. Una tarde fui a ver a uno de los niños con leucemia para que pensara en cualquier otra cosa que no fuera el dolor y el miedo. Pero ya no le quedaban motivos para sonreír. Me dijo que se había cansado, que ya no le quedaban fuerzas para luchar, que era su hora. Me quedé con él hasta bien entrada la noche, junto a su cama, sosteniendo su mano frágil hasta que su cuerpo se cansó de luchar. Se fue delante de mí y sentí el frío de su ausencia en aquella habitación blanca.

Azael no pestañea ni una sola vez mientras le escucha, mirándolo con los ojos hundidos en unas incipientes ojeras que se acentúan con el ángulo de las luces del techo.

—Aquella noche volví andando a casa para despejarme. Pensaba en los padres de aquel niño y en la profunda huella que había dejado en su corta vida cuando escuché sirenas a lo lejos. A cada paso sonaban más altas, más claras, más cerca —recita el mendigo con la mirada perdida en las imágenes que revive en su cabeza—. Cuando llegué al final de mi calle, vi la casa en llamas y respiré aquel humo negro. El olor a carne quemada es algo que no se borra del cerebro.

»Me quedé paralizado mirando el fuego que los bomberos aún no habían conseguido extinguir. Avancé despacio hasta asegurarme de que aquel jardín, aquella valla blanca, aquel columpio de madera y aquel porche de la entrada eran inconfundiblemente míos. Entré en *shock*. Un par de minutos después, la

casa se vino abajo y yo caí de rodillas al suelo con ella. Mi esposa y mi hija de once meses estaban dentro.

Azael parece esculpido en piedra, paralizado. Sus ojos reflejan dolor y la garganta se le aprieta en un nudo que apenas es capaz de contener. Después de un momento de reflexión interna, el mendigo termina su cerveza de un solo trago y prosigue su historia:

—Lo peor fue descubrir que el incendio había sido provocado. Alguien había decidido descargar su estrés haciendo arder un parque cercano. Nuestro jardín trasero, seco por el verano, ardió como el papel en plena noche. Ni siquiera tuvieron la oportunidad de huir —añade el mendigo sin avergonzarse lo más mínimo por dejar caer sus lágrimas—. Perdí a mi familia, mi casa, mi cordura y mi trabajo. Pero aún sigo aquí para recordarlas cada día de mi vida. Sigo aquí para no olvidarlas, para disfrutar del sol que ellas ya no pueden sentir en su piel.



—Lo has perdido todo y aún crees en él —se asombra Azael—. ¿Cómo es posible confiar en alguien que te ha arrebatado todo cuanto querías?

—Sé que, si tenía que llevárselas, es porque era parte de su plan.

—¿Qué clase de plan es ese que solo causa dolor y desolación? ¿Qué clase de gesto divino es ese?

—Todo tiene su momento, su lugar y su porqué. Quizá, si no se las hubiera llevado, yo no estaría aquí ahora hablando contigo. Y quién sabe cómo puede repercutir eso en el curso de la Historia.

—Entonces, ¿lo aceptas así, sin más? ¿Lo perdonas?

—Hubo un momento en que todo dejó de tener sentido para mí y le culpé, por supuesto. Somos humanos, no podemos evitarlo. Pero un día lo comprendí: no somos nosotros quienes debemos perdonar a Dios, es Dios quien nos perdona a nosotros. Le pedí perdón por dudar de Él y acepté mi destino sabiendo que Él cuidaría de mí hasta que llegara mi hora.

—¿De verdad no deseas vengarte? Dentro de ti, en lo más profundo, ¿no hay una rabia ardiendo que quiera hacérselo pagar con sangre al responsable? ¿Un impulso que te llame a gritos para devolvérsela al que te hizo lo que te hizo?

El mendigo estira el brazo y alcanza una de las alitas de pollo que Azael no ha tocado.

—Hubo un sospechoso: un repartidor que tenía antecedentes de piromanía. Vieron su camioneta de la empresa de reparto en la que trabajaba por los alrededores del barrio aquella tarde, pero no hubo ningún testigo ni prueba directa de que fuera él, así que quedó en libertad sin cargos —dice antes de darle un mordisco al pollo como si aquello no le resultara importante—. Si fue realmente él o no, nunca lo sabremos. Pero una cosa tengo clara: si no fue él, ¿por qué iba a odiarle? Y si fue el culpable..., es un alma enferma. ¿No nos enseña Dios a apiadarnos de las almas enfermas?

—Así que, si lo tuvieras delante ahora mismo y te confesara que fue él..., ¿no le golpearías con esa jarra en la cabeza una y otra vez hasta ver cómo se le escapa la vida en ríos sobre esta mesa?

El mendigo mira a los ojos a Azael muy quieto, conteniendo la respiración.

—No —dice finalmente—. Sentiría lástima por él y por la culpa con la que tendrá que vivir el resto de sus días, con el nombre de mi mujer y de mi hija resonando en su conciencia.

Azael se hunde en su asiento como si fuera un muñeco de trapo; como si,

de pronto, el cuerpo le pesase como el plomo; como si, con su suspiro entrecortado, hubiera perdido todas las fuerzas para mantenerse erguido. Solo es capaz de reunir valor para terminar su vaso de whisky de un trago y cerrar los ojos dirigidos hacia el techo mientras se concentra en el ardor de la cayena y el alcohol acariciando su garganta y su pecho.

Azael observa por la ventana un rato más, haciendo compañía al mendigo hasta que este termine su cena.

—Gracias por tu generosidad —le dice el hombre levantándose con su raída mochila entre las manos.

—No es nada —contesta Azael con un hilo de voz.

El mendigo está a punto de marcharse cuando Azael se gira y saca una tarjeta de visita del bolsillo interno de su chaqueta.

—¿Conoces el antiguo pub hawaiano? —pregunta a la vez que escribe algo en la tarjeta.

—¿El que cerraron en la séptima? Sí, creo que sí.

—Pásate por allí mañana a mediodía para una entrevista. Quizá pueda encontrarte un puesto de trabajo.

Acto seguido, Azael vuelve a echarse la chaqueta sobre el hombro y sale del bar dejando allí al mendigo. Vuelve a su deambular errático, arropado por las luces de los rascacielos y el ruido de la autopista en mitad de la noche.

A las doce en punto de la mañana siguiente, Azael se sirve un whisky con hielo detrás de su barra en el Infierno. Al otro lado de ella, unas treinta personas se amontonan nerviosas en la pista de baile. Algunos visten de forma elegante; otros, más informales. Azael los observa durante unos minutos de tenso silencio mientras paladea su copa. Al cabo de unos instantes, señala a un chico joven vestido con una amplia sudadera amarilla y una gorra roja.

—Tú, acércate —le dice, animándolo a dar un paso al frente—. ¿Cómo te llamas?

—Daniel —responde con las manos dentro del bolsillo central de la sudadera.

—Daniel, ¿qué más?

—Daniel Williams.

—Gracias, Daniel Williams. Puedes marcharte —dice sin más, señalando la puerta del local con la mano que sostiene su copa.

Los demás se miran entre sí algo más tensos, y el chico de la sudadera amarilla se encoge de hombros antes de salir con parsimonia por la puerta principal.

—Con esas pintas no venía a conseguir trabajo —se excusa Azael—. Si alguien más de aquí no está dispuesto a trabajar con diligencia y con la más absoluta profesionalidad, es el momento de seguir al señor *Rapero Williams*.

La sala está tan silenciosa que se escucha la respiración de la pequeña muchedumbre congregada, pero nadie parece dispuesto a marcharse. Todos permanecen en su sitio, como clavados al suelo, sin mover ni un músculo.

—Bien, me alegro —sonríe Azael volviendo a beber de su copa—. Como sabréis, habéis sido llamados para cubrir los puestos de camareros. Necesito a dos personas en la barra, otras dos en sala y una más en los palcos superiores. Eso suma un total de cinco puestos, por lo que deberéis demostrar vuestras habilidades.

Azael sale de detrás de la barra. Todas las miradas lo siguen, recorriendo la sala hasta que se acomoda en uno de los asientos de cuero con los brazos extendidos sobre el respaldo.

En ese momento, la puerta del local vuelve a abrirse y entra un hombre con el pelo plateado, que le llega por los hombros, repleto de arrugas marcadas en su piel broceada y unos intensos ojos azules. Azael lo reconoce de inmediato: el mendigo al que invitó a cenar, pero esta vez viste un traje desconjuntado que le queda varias tallas más grande de lo que debería. Azael lo mira un instante, pero no hace ningún gesto que delate si se siente sorprendido o contrariado.

—Haced equipos de cinco y coordinaos. Quiero un whisky doble, un Baileys Alexander, un Martini especial de la casa y una bandeja de chupitos Inferno.

—Pero, disculpe —titubea una mujer de unos treinta años con el pelo rubio atado en un moño—. No sabemos cómo son las bebidas de la casa.

—Esa es una de las claves de esta entrevista práctica. Improvisad: la creatividad es importante.

El grupo empieza a movilizarse poco a poco como si despertase de un letargo, y se dividen como se les ha indicado, quedando un grupo con un miembro de desventaja. Todos se amontonan sobre la barra y empiezan a buscar botellas bajo el mostrador y la enorme estantería de cristal iluminada que hay a sus espaldas. Azael contempla divertido cómo se pelean para no quedarse sin los ingredientes que necesitan y cómo algunos improvisan con los que han quedado libres.

La primera botella no tarda en estrellarse contra el suelo y las miradas de odio se entremezclan con algún codazo mal disimulado. El mendigo, al ser el mayor de todos los candidatos, se encuentra unos pasos alejado de la pequeña revuelta, al margen. Azael lo observa con curiosidad inclinándose hacia delante en su asiento negro para concentrarse en él. El hombre parece estar dando indicaciones a tres jóvenes, los tres del grupo que tiene un miembro menos, y los anima infundándoles una calma que ninguno otro aspirante parece encontrar.

Dos candidatos de los otros grupos se acercan a la carrera hasta donde está sentado Azael y le sirven el whisky además de una bandeja con tres chupitos de diferentes colores, pero Azael apenas los mira cuando estos se mantienen a su lado, de pie, esperando una señal. Sigue con el ceño fruncido, observando a aquel hombre y a su grupo, que tardan poco más en aparecer con sus copas. Todos se van acercando hasta su asiento, expectantes ante cualquier

indicación de su posible futuro jefe. Cuando parecen haber terminado con su tarea, el hombre de pelo plateado pliega su manoseada chaqueta sobre su brazo izquierdo y comienza a caminar hacia la salida.

—Disculpe —Azael sube la voz para que llegue al otro lado de la sala—. ¿Se marcha? Aún no ha terminado la entrevista.

—Agradezco la oportunidad, pero creo que no soy el candidato adecuado para lo que busca.

—Quizá sea exactamente lo que estoy buscando —responde el abogado mientras se levanta de su asiento abrochándose un botón de su chaqueta—. Ayer no tuve la oportunidad de preguntarle su nombre.

—Jeray. Jeray Whitefalls.

—Bien, señor Whitefalls, me gustaría mucho que se quedara hasta el final de la entrevista si no le resulta de mucha molestia. Después será libre de decidir si el puesto no se adecúa a sus características.

Jeray se acerca con caminar pausado y se sienta en silencio en el extremo de uno de los bancos cercanos a Azael.

—Bien. ¿Puede alguien explicarme por qué estos chupitos parecen sacados del culo de un unicornio? —inquire Azael después de volver a sentarse, centrando su atención en los aspirantes a camareros.

—Dijo que improvisáramos —defiende una mujer joven cuya camisa blanca está salpicada de alcohol de diversos colores.

—Ya —tuerce el gesto—. Ponte allí, en aquel lado de la sala, por favor.

Uno a uno, Azael juzga las bebidas que le han ido sirviendo y envía a sus responsables a izquierda o derecha de la sala, clasificándolos. Deja para el final el grupo dirigido por Jeray y lo mira un momento a sus intensos ojos azules antes de elegir una de las bebidas y llevársela a los labios.

—Un Baileys Alexander no lleva canela —dice Azael con sequedad.

—¿Y qué gracia tendría servir el mismo Baileys Alexander que en cualquier otro local de Los Ángeles?

Azael mira a la mujer de pelo castaño que acaba de hablar y vuelve a dejar la copa sobre la mesa muy despacio. Sin añadir nada, repite el ritual con el Martini especial de la casa.

—Rojo.

—Como el Infierno, señor —responde rápidamente un chico joven de origen latino vestido con camisa negra—. Tiene una base de licor de cerezas y cristal de azúcar empapado en limón. Seco, dulce, ácido y un toque amargo. Me parecía una buena definición del infierno, señor.

—No te puedes hacer una idea —murmura Azael para sí mismo y prueba un sorbo de la bebida experimental.

El azúcar ácido se deshace en sus labios, haciéndole salivar incluso antes de probar el líquido fuerte y seco que transporta un olor dulzón, pero que deja un sabor a almendras amargas en la parte baja de la lengua. Azael coloca la copa en su posición original y disfruta saboreando las últimas notas de la combinación. Solo resta la bandeja de chupitos que, para sorpresa de Azael, no se encuentra en la mesa con las demás sino entre las manos de una mujer de piel tostada y pelo rizado atado en una coleta.

Azael asiente con la cabeza y el chico latino que ha servido el Martini se apresura a retirar los vasos que estorban para hacer sitio a la mujer, quien sitúa sobre la mesa dos vasos dobles de chupito que contienen un terrón de azúcar en su interior. Después vierte sobre ellos un líquido rojo y espeso, acerca un mechero que parece que saca de la nada y prende fuego a los chupitos flambeándolos. Un cuenco minúsculo alberga una mezcla de pimientas y la mujer añade apenas una pizca sobre los chupitos. Saltan chispas de colores sobre el fuego, que se consume en un par de segundos cuando esta añade un pequeño chorro de agua fría.

—Chupitos Inferno —dice la mujer sujetando la bandeja a un costado bajo su brazo.

Azael duda un instante entre hacer algún comentario o probar aquel espectáculo flambeado. Se decide por la segunda opción, impaciente como un niño pequeño a punto de abrir su regalo de cumpleaños. Un olor dulce y penetrante parecido al anís se entremezcla en sus fosas nasales con el golpe furioso del alcohol y Azael bebe de un trago el chupito, saboreándolo ceñudo mientras repara en el logo del local impreso en los pequeños vasos.

—Absenta —reconoce—. Qué atrevimiento.

Azael sonrío impresionado y mira de nuevo a los ojos azul oscuro de Jeray, que le devuelve una tímida y breve sonrisa apenas perceptible. Recorre con la mirada a todos los aspirantes y suspira profundamente después de notar los primeros efectos de la cata alcohólica.

—Vosotros tres, tú y tú —dice señalando a cinco candidatos—. Los demás podéis marcharos. Muchas gracias por haber venido y espero que tengáis suerte la próxima vez. Si dejáis vuestro currículo sobre la barra, me encargaré de hacérselos llegar personalmente a otros locales cercanos con una recomendación.

Jeray se levanta ajustándose el cinturón al que, sin duda, le ha tenido que

añadir un agujero extra, pero Azael lo detiene antes de que pueda moverse de su sitio.

—¿Por qué no ha competido como el resto de los aspirantes, señor Whitefall?

—Como le he dicho, creo que no soy el adecuado para el puesto. No quería hacerle perder su tiempo.

Azael fija sus ojos negros sobre el azul oceánico de su interlocutor y ladea la cabeza con curiosidad.

—¿Y por qué vino entonces a la entrevista? ¿Qué esperaba de un puesto de camarero para un local como este?

—Es un local elegante, parece exclusivo. Pensé que podría aportar algo a esos valores. Pero soy demasiado mayor y demasiado lento para servir una copa tras otra peleándome por el espacio en la barra con otro compañero.

—Y si pensaba que no era un puesto adecuado para usted, ¿por qué se quedó? Los estaba ayudando —comenta señalando a los tres jóvenes de su equipo—. ¿Por qué?

—Yo no tenía nada que perder, pero ellos quizá podían tener una oportunidad. Solo necesitaban organización para poder destacar a pesar de su desventaja numérica.

—Señor Whitefall...

—Puede llamarme Jeray.

—Bien, Jeray... Creo que, efectivamente, tiene razón y este puesto no encaja con sus características. Por ello me gustaría contratarlo como asistente personal. Deberá estar disponible siempre que lo necesite para cualquier cosa que necesite y será mi mano derecha en el Infierno. Tendrá mucho más trabajo que servir unas cuantas copas, por supuesto; todo el que quiera hablar conmigo, deberá hacerlo antes con usted. ¿Qué me dice? —pregunta ofreciéndole la mano.

—No estoy seguro de que quiera a alguien como yo para ese puesto —responde dudoso—. Pero, si está dispuesto a darme una oportunidad, yo intentaré servirlo con la máxima profesionalidad —añade estrechándole la mano.

—Magnífico, magnífico —Azael sonríe de oreja a oreja, apenas capaz de contener la emoción—. ¿Qué tal si empiezas ahora mismo ejerciendo esa especie de magia tuya sobre estos cinco? Especialmente con aquellos dos; pueden aprender unas cuantas cosas.

Jeray hace una pequeña reverencia y deja su chaqueta de nuevo sobre el

respaldo del asiento.

—¿Cómo os llamáis, chicos? Quiero saber cuál es vuestro punto fuerte y el débil —les pregunta Jeray cuando Azael se vuelve a recostar sobre el cuero negro bebiendo con admiración lo que queda de los cócteles.

—Yo soy Martin, para servir —se presenta uno de los chicos con una blanquísima sonrisa que contrasta con su piel mulata—. Mi punto fuerte es que soy joven y vital, y me encanta este trabajo porque puedo conocer mucha gente —su sonrisa es contagiosa—; sobre todo, chicas. Y mi punto débil es que soy joven y vital, y que me gusta conocer a muchas chicas.

Jeray y los demás camareros ríen con Martin. Azael oculta su sonrisa tras su copa, apartado de ellos, pero atento a todo cuanto dicen. Decide perderse en sus propios pensamientos durante la charla de su nuevo equipo hasta que una de las chicas llama su atención.

—¿Qué protocolo de vestuario debemos llevar, jefe?

—En esas cajas que hay junto a la puerta debe de haber alguna con uniformes negros; buscad vuestra talla. El viernes os daré algún complemento extra, todavía estoy trabajando en ello.

—Señor Grigori, estoy seguro de que a los chicos les gustaría saber cómo funciona en este establecimiento el recuento de las propinas —intercede Jeray en nombre de los camareros, que se muestran agradecidos por su intervención.

—Esa es una buena pregunta —responde Azael evaluándolos con la mirada—. A partir de ahora somos un equipo y quiero que mi equipo funcione como la seda. ¿Qué os parece si las propinas van a un fondo común que se repartirá al final de la noche a partes iguales? Todos tendréis la seguridad de llevaros vuestra parte aun si no ha sido vuestro mejor día. Y supongo que también podríamos añadir un bonus extra por rendimiento de equipo, ¿qué os parece, chicos?

Los camareros se miran entre ellos y se sonríen pensando en la ventaja que supone ese sistema de pagas en comparación con la mayoría de los locales. Asienten agradecidos y se dirigen a buscar sus uniformes.

—Por cierto, Jeray, te necesitaré mañana por la mañana aquí para recibir a los que instalan el equipo del escenario. Asegúrate de que los extintores funcionan perfectamente y de que cumplen todas las medidas de seguridad con la instalación de las telas y las barras del techo. El grupo de acróbatas llegará a primera hora de la tarde.



Tal y como había predicho, Jeray recibe al equipo de montaje a primera hora de la mañana en el Infierno. Se encarga de que se cumplan todos los requisitos enumerados por Azael, tachándolos uno a uno de una lista en la *tablet*, que apenas está aprendiendo a manejar. Su ceja entrecana se alza cuando, al otro lado del local, observa el trabajo terminado sobre el escenario: a cada lado, una barra americana de más de cinco metros de altura; a su lado, dos telas rojas, de mayor longitud aún, que se arrastran hasta la tarima; en medio, coronando la plataforma, un enorme aro de acero enganchado a una cadena con altura regulable a través del cual puede verse el logotipo del Infierno enmarcado en el fondo.

Azael aparece de pronto atravesando la puerta principal y se sitúa con los brazos cruzados junto a Jeray, sonriente.

—Es magnífico, ¿verdad?

—Definitivamente, único. Y curioso.

—¿Qué te parece si subimos al despacho para que te cuente los detalles sobre los distintos equipos y que le echés un vistazo a tu contrato?

Ambos suben las escaleras iluminadas y se pierden detrás de la cortina de terciopelo.

—Aquí tienes tu contrato; tómate tu tiempo para leerlo con detenimiento y tráemelo firmado cuando estés listo. Ah, y toma: te he reservado una *suite* en el Hades. Enseña esto en recepción y no tendrás ningún problema. Podrás darte una ducha caliente y descansar en una cama blanda para variar. Me encargaré de que te suban el desayuno y algo de ropa limpia.

—Lo agradezco de corazón, pero no puedo aceptarlo, lo siento.

—Tonterías. Tú lo necesitas y a mí me sobra.

—Primero, la cena; luego, un trabajo; y ahora, esto. Es demasiado. ¿Es alguna forma de limpiar tu conciencia por algo? —le pregunta Jeray.

Azael mira al suelo abatido con ojos cansados.

—No. Me temo que mi conciencia no puede lavarse. Somos dueños de las decisiones que tomamos. Solo trato de devolver algo de justicia al mundo.

Para cuando reaparecen, un pequeño grupo de personas está esperando junto al escenario, algunos con mochilas junto a ellos.

—Ah, ¡ya estáis aquí! Estupendo —les sonríe Azael con los brazos abiertos—. Perdón por haberos hecho esperar. Tras el escenario disponéis de un pequeño *backstage* donde preparar todo lo que necesitéis.

Jeray sigue de cerca a Azael y aproxima dos sillas hasta el centro de la sala, donde ambos se sientan para poder juzgar las actuaciones sin interrupciones visuales.

—¿Qué clase de espectáculo está buscando exactamente? —susurra Jeray al oído de Azael.

—Arte, erotismo y disciplina unidos en uno solo. Y fuego, por supuesto; hay que hacer honor al nombre.

—Entiendo. Entonces imagino que en esas barras no podrá bailar cualquiera.

—Exactamente. Y esa es la razón por la que están aquí. Le pedí a una amiga que me enviara solo a los mejores. ¿Ves a ese muchacho de ahí con el pelo negro revuelto sobre los ojos? Dedicó toda su infancia y adolescencia a la gimnasia, pero, cuando lo sustituyeron en su equipo por un chaval más joven y flexible, se dedicó a vivir de *reality shows*.

Jeray asiente despacio observando al muchacho, que se ha quitado el chándal allí mismo y se ha quedado únicamente con un mallot blanco hasta medio muslo, calentando a un lado del escenario. Un par de minutos después es el primero que se atreve a empezar su número y se presenta en mitad del escenario, iluminado por tres focos de colores cálidos.

—Buenas tardes, mi nombre es Ethan. Voy a hacer un número acrobático aéreo con el aro.

Y sin más, con el hábito mecánico de haber hecho lo mismo centenares de veces, el joven gimnasta se acomoda sobre el aro sentándose en él con la espalda y una pierna apoyadas mientras la gruesa cadena comienza a ascender con lentitud. Cuando el aro se encuentra a mitad de camino entre el techo y el suelo, Ethan se agarra de él con sus piernas y deja que el resto de su cuerpo cuelgue libremente tentando al vacío. Sus músculos se tensan en movimientos lentos y controlados, sin titubear, sin temblar en ningún momento, ni siquiera cuando se sostiene bocabajo haciendo el pino sujetándose únicamente con una mano abierta sobre la parte inferior del aro, que apenas se mueve unos centímetros como un péndulo suspendido en el aire.

Jeray alza sus cejas entrecanas asintiendo con la cabeza cada vez que Ethan se retuerce de formas imposibles sobre una superficie tan escasa y peligrosa. No cabe duda de que es un joven con talento.

—¿Y no gana más dinero en esos *reality shows* que aquí? —susurra Jeray curioso sin apartar la vista del gimnasta.

—Ese barco ya zarpó. Ganó uno de esos concursos de talentos que están tan de moda, pero su fama se desplomó cuando salió a la luz su pequeño problemita con las manos largas.

—¿Es un maltratador?

—¿Qué? No, claro que no. ¿Crees que contrataría a un maltratador? Me refiero su problema de cleptomanía. Ya sabes: es incapaz de resistirse a los objetos brillantes. Es como una urraca.

Cuando el gimnasta termina su actuación y la cadena desciende para devolverle a terreno seguro, se retira con elegancia ensayada pero el gesto hastiado de quien lleva una racha demasiado larga tratando de conseguir una oportunidad que no llega. Después de enfundarse el chándal, se queda de pie frente a los dos hombres con las manos a la espalda.

—Agradezco la oportunidad que me ofrecen. Y también agradecería que me dieran una respuesta sincera lo antes posible para no perder mi tiempo ni el suyo.

Azael lo observa con los brazos cruzados y un dedo apoyado sobre sus labios. Recorre la estancia completa con la mirada antes de volver a centrarse en los ojos apagados del muchacho.

—Supongo que una de las ventajas de la decoración austera es que hay menos cosas que poder llevarse —provoca Azael.

El chico da un paso a un lado y hace amago de coger su mochila.

—Oh, vamos, era una broma. Por supuesto que estás contratado. No he visto a nadie igual en mi vida, ¿cómo podría rechazarte? ¿Solo porque tenga que encargarme alguna caja extra más de vasos personalizados o algún cuadro nuevo de vez en cuando para los lavabos? Vamos, esas cosas no tienen importancia. Además, eres el único hombre que tengo que sepa hacer algo así. Solo recuérdame que le diga a los demás que usen un candado en el *backstage*.

Ethan parece a punto de replicar algo, pero suspira resignado tras una lucha interna.

—Ahí tienes el contrato —señala Azael apuntando con gesto despreocupado a una mesa cercana—. ¡Siguiente!

Una mujer alta y atlética sale al escenario descalza, con un *top* deportivo y unos pantalones cortos a juego. Se acerca a una de las altísimas barras americanas instaladas esa misma mañana y la limpia con un trapo, que deja

sobre el suelo. Comienza calentando sobre la superficie, bailando alrededor de la barra, dando pequeños saltos en el aire mientras da vueltas como si planeara. Cuando ha calentado lo suficiente, se eleva en el aire de un salto, sosteniéndose sobre la barra con una pierna flexionada. Durante unos minutos que parecen horas, todos los músculos de su cuerpo se tensan, se retuercen y se extienden de manera inverosímil marcándose bajo la piel como si se tratara de una pantera. La mujer, de pura fibra, termina su espectáculo dejándose caer de golpe desde lo más alto de la barra, a varios metros de altura, para frenar con sus piernas en una parada seca y pulcra en el último segundo antes de estrellarse contra el suelo.

—Ahora entiendo lo que decía sobre el arte, el erotismo y el deporte —susurra Jeray.

—Es asombrosa, ¿verdad? —le responde.

Cuando la mujer baja del escenario y se pone frente a los dos hombres, pueden ver su pecho subir y bajar agitadamente acusando el esfuerzo del ejercicio. Lleva el pelo rojo oscuro y suelto, un tatuaje en el tobillo derecho y un anillo de oro en su mano izquierda.

—¿Estás casada? —pregunta Azael sin contenerse.

—¿Es acaso importante para el puesto?

—No, en absoluto. Es pura curiosidad —sonríe.

—En ese caso, saca tus propias conclusiones. Probablemente, no acertarás.

Azael se humedece los labios con la lengua y ladea la cabeza sonriendo por el reto que tiene ante él.

—¿Cómo se llama, señorita? —pregunta Jeray con las manos entrelazadas sobre una rodilla.

—Shanaya.

—«La gracia de Dios» —dice de pronto Azael con la sonrisa borrada—. Un nombre artístico muy elocuente. ¿Cuál es tu verdadero nombre?

—¿Acaso importa también? —pregunta a la defensiva con las manos sobre las caderas.

Los dos hombres permanecen en silencio; Jeray, con semblante sereno y Azael, achicando los ojos para escrutarla.

—Susan —concede al fin en un suspiro—. Susan Smith.

—Gracias, Susan —sonríe Jeray con una sonrisa tranquilizadora—. Su número ha sido verdaderamente formidable, enhorabuena.

—Yo te conozco —dice de pronto Azael dando una palmada y sonriendo

de nuevo con amplitud—. Trabajas en aquel local... ¿cómo se llama? ¿El volcán?

—Vulcano —corrige ella.

—Así que eres... —añade Azael, dejando la frase en el aire y haciendo un gesto con la mano.

—Prostituta, sí. Pero pensaba que aquí se estaban juzgando mis habilidades para no partirme el cuello en esa barra de ahí.

—Por supuesto —responde Jeray—. No estamos aquí para juzgar a nadie por...

—Cierra el pico un segundín —interrumpe Azael—. Cada uno tiene su propia historia y circunstancias, pero lo importante es lo que elegimos hacer con ellas. Por suerte, si estás aquí, significa que has decidido cambiar esas circunstancias. Y estamos dispuestos a darte una oportunidad para volver a empezar de cero, ¿verdad, Jeray?

—¿Perdona? —dice la mujer con el ceño fruncido—. ¿Una oportunidad para empezar de cero?

—Sí, para dejar atrás toda esa vida de miseria y autodestrucción, todos esos hombres desesperados y babosos; debe ser de lo más degradante.

Jeray mira a Azael con ojos asustados sin atreverse a advertirle con palabras el inminente estallido que presiente.

—Degradante es que, por ser prostituta, un capullo como tú piense que vivo una vida de miseria y autodestrucción. Es fácil asumir que alguien a quien no conoces de nada vive en unas condiciones deplorables porque estás lleno de prejuicios y de ideas preconcebidas. ¿Qué es más degradante?

—No me puedes decir que te gusta prostituirte, vamos. ¿A quién le gusta hacer algo así? Solo lo hace la gente desesperada. ¿Por qué ibas a estar aquí buscando trabajo si no?

—¿Te has parado a pensar que quizá necesite añadir un turno más para conseguir algunos ahorros? ¿Se te ha pasado por esa cabeza de engreído misógino que quizá trabajar aquí es mi segunda opción y no mi primera?

—Venga ya, admítelo. Solo dices eso para no sentirte mal contigo misma. Has venido aquí buscando una nueva oportunidad para escapar de ese agujero y yo estoy dispuesto a dártelo. ¿Cuál es el problema? Tú sales de ese mundillo, el club gana una excelente bailarina exótica y yo le hago un favor a alguien necesitado. Todos ganamos.

La mujer se queda en completo silencio con el rostro cada vez más rojo violáceo. Los músculos de su cuerpo se tensan y palpitan bajo la piel, lo que

le hace parecer, de pronto, mucho más grande. Cuando vuelve a hablar, su voz es grave y amenazadora, apenas convertida en un susurro:

—¿Que tú me estás haciendo un favor a mí? Solo he venido aquí para conseguir un turno extra y ahorrar algo de dinero para llevar a mis hijas de vacaciones a cruzar los Estados Unidos en caravana durante un mes. Tal vez a una persona tan egocéntrica y egoísta como a ti no se le ocurra pensar que una prostituta pueda tener familia y disfrutar de su trabajo, pero ¿sabes una cosa? Así es. Tengo dos preciosas e inteligentes hijas que han ganado el premio a la innovación científica de las escuelas de todo el Estado y que quieren ser astrofísicas. ¿Y sabes por qué sé que lo lograrán? Porque las animo a ser lo que ellas quieran sin que nadie les diga lo que deben o no hacer en sus vidas. Y sé que llegarán lejos porque es lo que han elegido. Yo he elegido esta vida y la he elegido a conciencia, sin que nadie me ponga una pistola en la cabeza. Tú mismo lo has dicho: lo importante son las decisiones que tomamos. Yo escogí prostituirme y disfruto de mi trabajo. Quizá no puedas entenderlo, o quizá es que nunca has sentido la verdadera libertad de elegir lo que querías hacer con tu vida, pero eso no es problema mío. Buena suerte buscando a otra.

Ninguno de los presentes se atreve a retenerla cuando la mujer recoge su mochila y se marcha del local dejando tras de sí un silencio tan denso y pesado que casi cuesta respirar. Jeray mira de reojo a Azael y observa su mandíbula tensa y su mirada clavada en algún punto entre el suelo y el infinito mientras hace un esfuerzo evidente por respirar a un ritmo normal.



Interludio 3

La tierra vibra con un ligero temblor que poco a poco va ganando intensidad. Se escucha un murmullo lejano y Azael se da cuenta de que se encuentra en mitad de una explanada a campo abierto. En el horizonte, una humareda de polvo se levanta a pleno sol y se acerca con rapidez. Cientos de hombres cabalgan en dirección a él, algunos con cascos y cota de malla, otros cubiertos con turbantes y ropas de vistosos colores. Armados con arcos, lanzas, ballestas, escudos y espadas, el ejército musulmán atraviesa el campo de batalla entre gritos y alaridos feroces.

Azael se da la vuelta y encuentra, en dirección contraria, al ejército rival convertido en una marea tumultuosa blanca y roja. Todo, desde sus armaduras hasta sus escudos y caballos, viste el uniforme del cristianismo. Sus espadas se alzan tan fieras como sus estandartes y Azael cae de rodillas al suelo al comprender lo que está a punto de suceder.

Ambos ejércitos se encuentran en una explosión de sangre, polvo y gritos en el nombre de Dios. Las flechas se clavan por la espalda y las espadas desgarran los cuellos descubiertos. Centenares de hombres muertos yacen en el suelo con los miembros cercenados o aplastados bajo el peso de los caballos, agonizantes, aferrándose a la vida unos minutos más.

—¡No!! ¡No os lo di para esto! —Azael grita con todas sus fuerzas, pero nadie parece oírle.

No es más que un fantasma, un espectador del horror que se despliega sobre aquella tierra, de la sangre que se vierte en vano, de la herida que deja en la Historia y en la Fe.

—¡No lo entendéis! ¡No entendéis nada!

Un caballero cabalga contra él a toda velocidad con un estandarte blanco ondeando al viento árido y alza su espada. Azael cierra los ojos, preparado para ser atravesado por el reluciente filo del fanatismo y, cuando vuelve a abrirlos, se encuentra jadeando en su cama del Hades con la almohada

empapada en lágrimas.

U nos nudillos suenan contra la puerta de la elegante habitación gris del Hades y Azael aparece tras ella cuando Jeray la abre con el pelo y la barba mojados, envuelto en un mullido albornoz.

—Buenos días, mi querido huésped —le saluda con una renovada sonrisa de oreja a oreja—. Espero que hayas pasado una buena noche y que la habitación haya estado a la altura de tus expectativas. Oh, veo que ya te han subido el desayuno. Estupendo.

Una bandeja de madera negra descansa sobre la mesita que hay junto a la ventana, repleta de bollería, fruta fresca, café y embutidos de todo tipo.

—También tienes acceso a la zona de spa y gimnasio por si te apetece estirar un poco los músculos. Te recomiendo encarecidamente que pases por la sauna: te deja completamente nuevo —añade con un guiño—. Pero eso tendrá que esperar un poco. Como te prometí, he hecho que te traigan algo de ropa limpia mientras se encargan de la tuya en lavandería. No sabía lo que te gustaba, así que he encargado un poco de todo.

Azael da dos palmadas y empieza a entrar personal del hotel, uno tras otro portando percheros con ruedas repletos de trajes negros, azules y grises, camisas de multitud de colores con corbatas a juego y zapatos de varios números.

Jeray abre los ojos de par en par, abrumado por la repentina cantidad de personas y de cosas que invaden su hogar provisional.

—No es necesario nada de esto, de verdad...

—Creía que esa parte ya la habíamos superado —responde Azael con un gesto aburrido—. Vamos, elige los que más te gusten. Personalmente, creo que te sentaría bien el azul.

—Pero... ¿por qué? —pregunta Jeray con los ojos brillantes a punto de estallar en lágrimas.

—Porque puedo. —Se encoge de hombros como si fuera lo más natural del mundo—. Vamos, adelante. Pruébate todos los que quieras y elige los que te gusten. Te estaré esperando en el vestíbulo.

—¿Esperando para qué?



—Vamos a ir a una barbería de moda; no sabes lo que es un afeitado apurado hasta que pasas por las navajas de Randy. ¡Es curioso cómo un tipo tan grande puede tener unas manos tan delicadas!

Una hora después, Azael y Jeray se encuentran recostados sobre sus sillas de barbería uno junto al otro, con la cara llena de espuma blanca y una toalla sobre su pecho. Entre ellos, una gran tina de agua caliente humea con aroma a lavanda. Randy, un tipo de unos dos metros de altura y casi tan ancho como alto, se enfunda un mandil negro que le da aspecto de carnicero, despliega su estuche de navajas de afeitar y comienza a afilarlas con una cinta de cuero. Una suave melodía clásica suena de fondo y Randy mueve el pie al ritmo cuando se acerca a Azael. La hoja es tan fina y su pulso tan preciso que la primera pasada de la navaja basta para dejarle la piel suave y uniforme. Hunde la navaja en el agua caliente, y repite el proceso una y otra vez sin prisa hasta terminar su tarea y limpiar con delicadeza los restos de espuma.

Cuando ha terminado con él, Azael cambia de silla y observa el hipnótico afeitado de Jeray después de extenderse por el cutis un poco de aceite de una botellita que le ha ofrecido el auxiliar de Randy.

—¿Cómo te gustaría la barba? ¿Apurada o recortada?

—Recortada —responde mirando al enorme Randy desde abajo—. Creo.

Después de arreglarle la barba a Jeray, Randy extrae un peine y una maquinilla de su mandil, y comienza a cortarle el pelo, que le había crecido hasta los hombros. En cuanto el barbero le quita la toalla y las puntas de cabello con una suave brocha, Jeray se mira al espejo y se lleva las manos a la cara con la boca abierta. Parece un hombre completamente distinto, mucho más joven. Con su nuevo corte de pelo y su traje de lino azul, nadie pensaría que ha vivido en la calle ni un solo día de su vida.

—¿Qué tal sienta volver a reconocerse en el espejo? —le pregunta Azael

con una mano sobre su hombro.

Cuando el hombre comienza a llorar, Randy le acerca una caja de pañuelos sin realizar ningún comentario y se retira a barrer el suelo para dejarles espacio. Azael se sienta en la silla giratoria donde le habían afeitado hace un rato, y la gira para encararse con Jeray.

—Las segundas oportunidades existen —le dice antes de ofrecerle un pañuelo—. Pero no olvides quiénes son los que las hacen posibles.

Jeray asiente con la cabeza. Tiene los ojos azules anegados en lágrimas. Coge aire despacio para recomponerse.

—Ahora escúchame con atención: tengo una oferta que hacerte, pero la elección depende únicamente de ti. Puedo ofrecerte alojamiento permanente en el Hades. Los fines de semana y los festivos en los que se celebren eventos serás parte de la organización y compartirás una habitación de empleados. Podrás vivir allí mientras trabajes para mí o hasta que decidas marcharte y vivir por tus propios medios. Digamos que es una cláusula añadida al contrato. La segunda opción es salir de aquí con un apretón de manos y seguir con tu vida como si nunca nos hubiéramos encontrado.

Jeray mira a Azael y después vuelve a mirarse a sí mismo en el espejo durante un buen rato, acariciándose la suave piel de las mejillas.

—Gracias —responde con ojos llorosos y la nariz enrojecida—. No te defraudaré.

—Estoy seguro de ello.

—¿Y sigues dudando de que Dios te pusiera en mi camino?

—Si quieres conservar el trabajo, es mejor que no vuelvas a mentar a Dios —le advierte—. Dios no tiene mi buen gusto con los trajes. Te dije que el azul te sentaría bien.



Azael aparece en el bufete de abogados a la hora de la comida con dos bolsas de papel e irrumpe en el despacho de Dan, que cuelga de golpe el teléfono en cuanto lo ve y se levanta de un salto de su asiento.

—¿Dónde demonios has estado? ¿Por qué no me cogías el teléfono? Pensaba que te había pasado algo, llevas días sin venir. ¿En qué cojones pensabas?

—He estado ocupado —se defiende encogiéndose de hombros—. Te he comprado comida para disculparme. No estoy muy seguro de qué es exactamente, pero se supone que es saludable. Tiene pequeños arbolitos.

—¿Arbolitos?

—Sí, esas cositas..., ¿cómo lo llamáis? ¿Brócoli?

—¿Brócoli? —repite sacudiendo la cabeza con el ceño fruncido—. ¿Te has dado un golpe en la cabeza o algo? En serio, Azael, me preocupas. ¿Qué ha pasado? ¿Dónde estabas?

—Relájate, estoy entero —dice alzando las manos en gesto defensivo—. Tenía asuntos de los que ocuparme. Como sabes, mañana es la gran inauguración del Infierno. ¿Vendrás?

—¿Es mañana? Joder... —farfulla Dan rebuscando algo sobre su escritorio.

—Vamos, no puedes faltar. He estado trabajando muy duro para organizarlo.

—Ya, no como aquí. ¿Eres consciente de que has faltado a tu trabajo? He tenido que cubrirte el culo —le dice en un susurro, aunque nadie pueda oírlos dentro del despacho—. Les he dicho que estabas enfermo, así que sígueme el juego si no quieres que sospechen.

—¿Enfermo? Yo nunca me pongo enfermo.

—¿Es que prefieres que te despida? A veces me pregunto por qué demonios trato de cubrirte las espaldas.

—Piensa en la japonesa sobre la que comimos sushi si alguna vez se te olvida el por qué.

El rostro de Dan se torna extrañamente rojo y pálido al mismo tiempo en cuestión de segundos.

—Espero que eso quede entre tú y yo —vuelve a susurrar mirando la puerta sin parar, nervioso.

—Vamos, Dan —contesta Azael con una carcajada—. Nos lo pasamos muy bien, eso no puedes negarlo, aunque algunos tengamos más aguante con el sake que otros.

—Ya, bueno —dice y finge ordenar unas carpetas—. No me sientan muy bien los licores fuertes. Dios, casi no me acuerdo de la mitad de aquel viaje.

—Tranquilo —sonríe Azael con su acostumbrada sonrisa—: lo que pasa en Japón se queda en Japón. No quedarías muy bien si tus socios se enteraran de que casi te estafa un grupo de animes trajeados, ¿verdad?

—No se tendrían que enterar si dejaras de mencionarlo cada vez que

puedes. Sí, lo entiendo: me salvaste el culo en aquella negociación, pero mi paciencia tiene un límite y estoy empezando a cansarme de hacerte favores. Pásate una semana en tu picadero con quien quieras, pero podrías currarte un justificante médico o algo por lo menos.

—¿La comida sana no te vale? —Se encoge de hombros.

Dan suspira profundamente y pone los ojos en blanco.

—Está bien, cuéntame lo de la maldita inauguración.



Los dos abogados se sientan en el banco de un soleado parque a disfrutar de una comida sana y un café para llevar. Azael pincha con su tenedor de plástico uno de los trozos de brócoli y se lo enseña a Dan con una sonrisa.

—¿Ves? Arbolitos.

—¿No te enseñaron a no jugar con la comida?

—Vamos, no seas así. Lo de convertirte en un estirado y un amargado, ¿fue antes o después de ponerte a dieta?

—No me he puesto a dieta —replica Dan molesto—. Soy... saludable.

—Ya, y lo de subir fotos a Internet de ensaladas y batidos de frutas es para hacer apología de la vida sana —comenta enseñándole las fotos de su teléfono móvil.

—Se supone que ese perfil es privado, ¿cómo te has enterado? —pregunta con las mejillas rojas.

—No se me escapa nada, Dan. Asímelo de una vez.

Dan tuerce el gesto en una mueca y le da un bocado al crujiente brócoli.

—Me siento un conejo y solo llevo dos semanas. Vendería mi alma al diablo por una hamburguesa con queso.

—Tus deseos son órdenes para mí —dice Azael sacando teatralmente una hamburguesa envuelta en su propia bolsa de papel.

—¿Cómo...?

—Te he dicho que no se me escapa nada. Sabía que no resistirías.

Dan acepta la hamburguesa y la desenvuelve con avaricia. Cuando le da el primer mordisco, cierra los ojos con auténtico placer reflejado en el rostro.

—Ahora no puedes decirme que no a venir a la inauguración del Infierno. Vamos, me pondría muy triste si no vinieras —dice haciendo pucheros.

—Está bien —concede Dan en su tercer suspiro de la tarde y ahoga su frustración en la hamburguesa con queso.



La noche de la inauguración hay tanta gente esperando en el exterior del Inferno que la cola se extiende por todo el local y da la vuelta rodeando el edificio íntegro. Los relaciones públicas corren de un lugar a otro, comunicándose a través de un pinganillo que no deja de susurrarles indicaciones sin parar. La puerta se encuentra bloqueada por dos enormes guardas de seguridad que van regulando el flujo de entrada y estampando el sello del local, el dibujo de unas llamas con cuernos, en la mano de los clientes.

Azael sale a la calle vestido completamente de negro, corbata incluida, a excepción de su acostumbrado pañuelo rojo en el bolsillo de la americana. Saluda a los guardas y se enciende un cigarrillo mientras contempla la interminable fila de gente que aguarda para poder entrar a su local. Una sonrisa de oreja a oreja se pinta en su cara cuando ve a Dan aparecer al final de la oleada de gente.

—¡Dan, has venido!

—¿Toda esta gente está esperando para entrar aquí?

—Sí —sonríe incapaz de contener la emoción—. Mis chicos de Relaciones Públicas han hecho un trabajo maravilloso, ¿verdad?

Dan asiente con las cejas alzadas sin dar crédito a tal cantidad de gente, de muy variada edad.

—Te dije que había código de vestimenta —le regaña Azael de pronto, decepcionado.

—No sabía muy bien qué ponerme para algo así —responde contemplando su pantalón negro y su camisa gris.

—Anda, entra. Quizá tenga algo que dejarte...

La música fuerte se escucha en la calle al abrir las puertas y las primeras personas de la fila estiran el cuello tratando de asomarse al interior. Cuando entran al local, Dan se queda con la boca abierta y recorre el Inferno con ojos muy abiertos. Lo primero que ve es el gran letrero de neón rojo con el nombre del local en la parte central del escenario, que destaca sobre el fondo negro.

Dos mujeres se encuentran a varios metros de altura, atadas en una larguísima tela roja por una sola pierna, sobre la que bailan con las manos unidas entre ellas. Debajo, sobre el escenario, una figura encapuchada sostiene una enorme vela que le confiere un halo teatral y casi ritual.

Dan se queda allí plantado, hipnotizado cuando ve a la mujer dejando la vela en el suelo para descubrir, primero, su rostro y, luego, su cuerpo. Lanza la capa a un lado y enciende con la vela unas enormes estructuras metálicas, que arden en mitad de la penumbra. La mujer comienza a bailar con el fuego al ritmo de la música, acariciando su piel de ébano con las llamas, como si no le quemaran. De pronto, la música alcanza su punto álgido y la mujer escupe una llamarada de fuego que ilumina la sala durante un par de segundos.

—Es impresionante, ¿verdad? —comenta Azael al oído de Dan.

Consigue sacarlo de su trance y lo conduce por una estrecha escalera hasta el piso superior. Se acomodan en uno de los palcos. Los asientos son de un terciopelo tan suave que Dan no puede evitar acariciarlos con ambas manos. Tiene una expresión anonadada, como si hubiera tomado alguna clase de alucinógeno.

—Desde aquí arriba puedes verlo todo. Es mi lugar preferido.

—Esto es alucinante. ¿Cómo has podido permitirte todo esto?

—Ya te dije hace tiempo, querido Dan, que era mejor no preguntar. Es por tu bien, créeme; sería demasiado difícil de explicar.

Dan se asoma desde su asiento al palco y contempla durante un buen rato la escena que hay bajo sus pies. Todo el mundo, sin excepción, está vestido de negro. Algunos con un sencillo y elegante traje, otros visten complementos de cuero, y los menos visten un brillante y apretado látex.

—¿Es un local de...? —dice Dan dejando la pregunta en el aire.

—¿BDSM? —termina Azael mientras acepta las dos copas que Rosie, la camarera de la zona VIP, le trae sin tener que pedírselo—. No, no hay ningún potro de tortura ni nada de eso, si te lo preguntas, pero el ambiente invita a ciertas tendencias y aquí son bienvenidas. Al principio pensé en habilitar una sala para tal propósito, pero preferí poner el escenario. El fuego es más espectacular.

Los dos abogados mantienen una agradable y desenfadada charla al tiempo que gozan del espectáculo desde aquella vista privilegiada y brindan por el éxito del nuevo local. Rosie les trae una bandeja de los ya legendarios chupitos Inferno y, cuando están a punto de brindar con ellos, aparecen dos mujeres jóvenes tras la cortina de terciopelo negro.

—Perdonad, no sabíamos que estaba ocupado —dice una de ellas con el pelo rubio y corto rapado a un lado.

Un pequeño aro adorna su nariz y su camiseta traslúcida deja entrever un tatuaje de líneas rectas minimalistas sobre su hombro izquierdo. Sostiene una cámara de fotos profesional, que lleva asegurada al cuello con una cinta.

—No os preocupéis, hay sitio de sobra para todos —dice Azael sonriendo de forma pícara al fijarse en la segunda chica.

Su pelo naranja destaca como una antorcha en el ambiente de cortinas y ropa negras. Su piel es pálida y moteada por delicadas pecas a la altura de la nariz. Está visiblemente más tensa que la primera chica y sostiene lo que parece la bolsa de la cámara de fotos de su compañera. Sus ojos azules verdoso rehúyen la mirada de Azael cuando ambas se encuentran.

—Solo os molestaremos un momento, quería hacer un par de fotos desde aquí arriba. Son para una revista.

—Sin problema, adelante. ¿Podrías hacerme una a mí también? Hace mucho que no me sacan una foto buena en la prensa.

—¿A ti? Es que...

—Perdón, fallo mío. Soy Azael Grigori —se disculpa Azael sin dejar de sonreír a las dos mujeres—. El dueño.

—¡Madre mía! —grita emocionada la chica del pelo rapado—. ¿Eres tú el dueño de todo esto? Llevo semanas oyendo hablar de este evento y tenía que venir a cubrirlo para la revista cultural en la que trabajo. La verdad es que esa foto tuya sería una buena exclusiva.

Azael se estira el traje con vanidad y posa con su mejor sonrisa mirando a la cámara como si fuera su amante.

—Por cierto, me llamo Helen —dice la fotógrafa y les da dos besos a cada uno—. Helen Davis. Y esta es mi hermana pequeña, Ruth.

—*Enchanté* —responde Azael con una ligera reverencia con la cabeza—. ¿Por qué no os tomáis uno de nuestros chupitos con nosotros? Invita la casa —añade guiñando un ojo.

Helen se sienta al lado de Azael, pletórica, y empieza a avasallarle a preguntas de todo tipo, algunas relacionadas con el local y otras de corte mucho más personal. Ruth se sienta al lado de Dan dejando una distancia prudencial entre ambos en la zona más alejada de la barandilla.

—Yo soy Dan, encantado —dice él estrechándole la mano.

Ninguno de los dos parece ser lo suficientemente extrovertido como para iniciar una conversación, por lo que Dan se ve forzado a cortar el tenso

silencio entre ellos.

—¿A qué te dedicas? —pregunta torpemente después de carraspear.

—Soy residente en prácticas de Psicología en un hospital —dice la pelirroja con sequedad.

—Así que psicóloga... Suena bien. No trates de leerme la mente, ¿eh? —ríe él sin encanto. Su sonrisa se borra un instante después—. Perdona, seguro que estás cansada de escuchar chistes absurdos como ese. Yo soy abogado —añade rápidamente intentando salvar la situación.

Ruth se limita a sonreír con tensión y asentir con la cabeza fingiendo interés por el espectáculo del piso inferior.

—Helen me está contando que vivís no muy lejos de aquí, así que no hay excusa para que no os vea por el Infierno todos los fines de semana —le dice Azael a Ruth.

—No soy muy de fiestas.

—¿A quién no le gustan las fiestas? Seguro que con otro chupito te animas, vamos —insiste él y pone otro chupito sobre la mesa baja frente a ella.

Ruth mira a Helen con una mirada cómplice, tensa, pero, aun así, decide aceptar el chupito con gestos lentos. Todos levantan sus vasos y lo apuran de un trago salvo Ruth, que lo bebe a pequeños sorbos.

—Contadme, ¿de dónde sois? Porque, siento decirlo, pero dudo mucho de que dos bellezas como vosotras seáis americanas —dice Azael cruzando una pierna sobre la otra mientras estira uno de sus brazos sobre el respaldo del asiento.

—¿Tanto se nos nota el acento? —le sigue el juego Helen con una carcajada—. Somos de Escocia. Nos mudamos hace un par de años.

—Oh, estuve una vez en Escocia —comenta Dan alegremente—. Un poco frío y gris, pero tiene unos paisajes preciosos. Me gusta el verde.

—Claro que sí, *don batidos-de-espinacas* —se burla Azael—. Una cultura interesante, la escocesa. Pero ¿por qué iban dos hermosas jóvenes a huir de la lluvia, la tormenta y el whisky para venir a tierras soleadas y cálidas?

Helen mira a Ruth de reojo sin saber qué contestar. La pelirroja tiene la mirada perdida en algún punto de aquella oscuridad de terciopelo y sus dedos pálidos aprietan sus rodillas con tanta fuerza que cinco pequeñas heridas con forma de media luna comienzan a sangrar bajo la presión de sus uñas.

—¿Te encuentras bien? —pregunta Dan a su lado en voz baja.

—Ruth —le dice Helen tocándole el hombro suavemente—. Ruth, ¿estás bien?

—Han debido de ser los chupitos —comenta Azael despreocupado—. No todo el mundo aguanta bien la absenta. Vamos a llevarla a tomar el aire.

Azael se levanta de su asiento y rodea con un brazo la cintura de la pelirroja, que se revuelve como un gato amenazado.

—No me toques —dice en un susurro levantando la vista, desorientada. De pronto, comienza a vomitar en el suelo sobre los zapatos de Azael, que se aparta rápidamente.

—¡Ruth!

—Lo limpiarán en un momento, no pasa nada —dice Azael mirando alternativamente sus zapatos y la entrada a los palcos, buscando a alguien que pueda ayudarlos.

—Lo siento mucho —se disculpa Helen con un gesto de angustia dibujado en el rostro—. Tenemos que irnos. Lo siento.

—No os preocupéis, no sería una inauguración a lo grande si nadie hubiera tomado un par de copas de más.

—No es eso... Es... Lo siento —concluye Helen, que ayuda a su hermana a levantarse, y salen de allí rápidamente.

Un hombre aparece un minuto después con una fregona y un cubo para limpiar el pequeño estropicio. Dan y Azael le dejan el palco libre para que pueda realizar su tarea. Justo antes de salir, Azael se da cuenta de que Helen se ha dejado su cámara de fotos sobre el asiento. Sale corriendo detrás de las chicas esquivando a la gente del piso inferior, pero, cuando consigue alcanzar la calle, llega justo a tiempo de ver cómo se alejan en un taxi.

9

Azael es incapaz de pensar en otra cosa que no sea en aquellas chicas. Los días pasan lentos y tediosos en su oficina en el bufete, como si el tiempo se hubiera ralentizado, y no deja de mirar su teléfono móvil esperando que Jeray le envíe un mensaje diciendo que alguna de las chicas ha pasado por el Infierno a recoger la cámara. Pero ese mensaje no llega.

Azael camina dando vueltas en su habitación del ático del Hades con la vista clavada en la cámara de fotos, situada sobre la cama, como si fuera un felino a punto de saltar sobre su presa. Cuando ya no resiste más, se sienta en el borde de la cama y enciende la cámara. La pequeña pantalla se ilumina y se ve a sí mismo sonriendo en el palco VIP del Infierno. Comienza a pasar las fotos desde delante hacia atrás. Puede ver todos los rincones ocultos de la fiesta por donde las chicas se fueron escurriendo para cubrir el reportaje. Se detiene en una de las fotos y la contempla durante casi un minuto. Ruth mira a la cámara con sus ojos claros llenos de miedo y dolor. El pelo naranja iluminado por las luces de la barra le enmarca el rostro como un halo incandescente.

Azael se obliga a seguir pasando las fotos hacia atrás hasta llegar a otras que no tienen nada que ver con el Infierno. Puede ver a Helen frente al espejo con su acreditación de prensa colgada del cuello; a un grupo de jóvenes en blanco y negro cazados en pleno vuelo de monopatín; Ruth vestida con una bata blanca y una sonrisa que le ilumina el rostro y contagia a Azael; Ruth de nuevo, abrazada a otra chica a la que no reconoce. Cientos de pequeñas pinceladas de la vida de aquellas chicas.

Al tercer día de contemplar, una vez tras otra, las fotografías, Dan entra en su despacho para sacarlo del trance.

—¿Sigues pensando en ello?

Azael asiente despacio con los codos sobre el escritorio y la cabeza entre las manos.

—Alégrate: tengo un caso nuevo para ti. Te vendrá bien pensar en otra cosa —le dice dejando caer una carpeta sobre la mesa—. Te va a encantar.

Azael la abre y ojea por encima los papeles del caso con apatía.

—Un perverso —suspira Azael—. Genial.

—Pensaba que te gustaban los perversos. Es la clase de cosas que te encanta.

—No estoy de humor para tratar de defender a un tío que va por ahí enseñando sus partes nobles para escandalizar ancianas.

—Oye, tienes que dejar de pensar en esas chicas, en serio. Solo las viste un rato, ni siquiera las conoces, ¿por qué te obsesionan tanto?

—¿Por qué no querrán recuperar la cámara? —pregunta Azael, embobado en sus propios pensamientos, como si no le hubiera oído—. Helen es fotógrafa, ¿cómo va a trabajar sin su equipo?

—Tendrá alguna más. Quizá piensen que se la robaron o que se la dejó en otro sitio. Se fueron en taxi, ¿no? La gente se deja muchas cosas en los taxis.

Azael levanta la cabeza de golpe con el rostro iluminado.

—¡Eso es! Eres un genio, Dan —dice antes de plantarle un beso en la frente y salir de la oficina como un huracán.

Azael dedica toda la tarde y el día siguiente a llamar, una a una, a todas las revistas de ocio de Los Ángeles preguntando por Helen Davis. Cuando por fin consigue encontrar la oficina correcta, le informan de que está enferma y lleva un par de días sin ir a trabajar.

—¿Podría darme su dirección? Necesito ponerme en contacto con ella.

—Lo siento —dice la voz de una secretaria al otro lado del teléfono—. No puedo darle datos personales de nuestros empleados. Pero, si quiere, puede dejarle una nota para cuando regrese.

—Entiendo. Verá: es un asunto relativo al reportaje que hizo el fin de semana pasado sobre la inauguración de mi nuevo local. Resulta que hizo unas fotos magníficas, pero mucho me temo que tuvo ciertos problemas..., de salud, y no pudo terminar el reportaje —improvisa Azael desde su despacho del Infierno—. Sería una lástima que, por una repentina bajada de defensas, se quedara sin la exclusiva. La buena noticia es que estoy dispuesto a concederle una entrevista en sus oficinas, ¿qué le parece?



A primera hora de la mañana siguiente, Azael se encuentra en las oficinas de la revista NightLife L.A. La secretaria que lo atendió el día anterior es una mujer de unos cuarenta años con el pelo corto y rizado, teñido de rojo oscuro. Lleva una chaqueta beige abierta y deambula por el recibidor de aquí para allá con un manos libres sellando papeles, haciendo anotaciones en papelitos amarillos e introduciendo citas en el ordenador. Cuando la mujer ve a Azael, los ojos se le iluminan y despacha rápidamente la llamada que está atendiendo.

—Señor Grigori, buenos días —saluda con una sonrisa embelesada—. Bienvenido a NightLife LA. Llega un poco pronto, pero enseguida estarán con usted; están terminando una reunión. ¿Puedo ofrecerle un café? Solo tenemos una máquina, pero el *cappuccino* con caramelo es bastante decente.

Justo detrás de él aparece Jeray sosteniendo una caja de cartón tan abarrotada de baratijas surtidas de Halloween que la tapa superior está medio abierta.

—No. Muchas gracias, Martha —responde Azael después de leer su nombre en la identificación que lleva enganchada a su chaqueta beige—. Aunque mi asistente personal se merece un pequeño descanso de sus servicios. Seguro que agradece ese *cappuccino*.

Jeray asiente con la cabeza, deposita la caja sobre el mostrador de recepción y se aleja unos pasos con elegancia para pedir un café en la máquina de *vending*.

—Mientras terminan esa reunión, Martha —dice Azael en cuanto se sienta, de medio lado, en la mesa de la secretaria—, he pensado que quizá tú puedas ayudarme a seleccionar algo de todo esto que pueda servirme para la entrevista.

Comienza a sacar de la caja puñados de parafernalia de plástico barato: diademas con cuernos rojos, tridentes que se desmontan nada más sacarlos, una perilla de chivo falsa, una cola roja, colmillos de plástico...

—¿Me podrías ayudar con esta capa? Estoy seguro de que tiene un broche por aquí atrás... —dice rodeando el escritorio hasta situarse justo detrás de Martha, que se ve obligada a darse la vuelta en su silla giratoria.

La mujer se levanta para poder acceder al cuello de Azael, quien le saca más de una cabeza de altura, y se distrae con él el tiempo suficiente como para que Jeray se asome discretamente por encima del mostrador para buscar la

agenda de teléfonos de Martha y sacar una foto con su móvil. Para cuando se vuelve a dar la vuelta, Jeray se encuentra bebiendo su café con un codo apoyado sobre el mostrador, sonriendo tranquilamente.

—¿Sabes? Creo que mi amigo tenía razón: todo esto es una tontería —dice de pronto Azael, quitándose la capa de terciopelo sintético—. No importa; haré la entrevista sin nada de esto. Gracias por tus servicios, Jeray, puedes tomarte la mañana libre. Te llamaré cuando haya terminado.

—Gracias por el *cappuccino* —dice él—. Pruebe a añadir un toque de vainilla —añade guiñando un ojo.



Jeray se marcha y, poco después, Azael entra en uno de los despachos para comenzar su entrevista con el equipo de redacción.

Horas más tarde, Azael y Jeray se reúnen en una famosa floristería atestada de plantas de todos los colores imaginables, desde rosas hasta margaritas, helechos, petunias, coronas fúnebres, cactus e, incluso, pequeñas palmeras de interior.

—¿Cuál crees que sería más adecuada? —pregunta Azael con un ramo de rosas rojas en una mano y uno de margaritas campestres en la otra—. No quiero resultar demasiado presuntuoso. La gente manda flores a los hospitales cuando alguien está enfermo; esto es algo parecido, ¿no?

—Es un detalle muy considerado, sin duda —afirma Jeray—. Aunque, si me permite la sugerencia, creo que los lirios blancos transmiten una pureza y delicadeza especiales.

—¿Lirios blancos? —repite mirando hacia donde le señala su asistente.

Se acerca a ellos con paso lento, como si se tratara de un animal salvaje y asustado a punto de huir, y acaricia los alargados pétalos con sus dedos con la misma delicadeza con la que acariciaría las mejillas de aquella chica pelirroja que no consigue borrar de sus pensamientos.

—Sí, estas son —confirma—. No hay duda.

El aroma sutil de los lirios flota ahora en el aire con más intensidad que el de las demás flores, impregnándole las manos y el traje. Azael cierra los ojos para recrearse en su perfume. El encargado de la floristería se acerca a los

dos hombres con unos guantes finos de jardinería y un mandil de tela con herramientas en el bolsillo delantero.

—¿Se las preparo en un ramo? ¿Cuántas va a querer?

—Treinta y seis —responde Azael rápidamente—. ¿Tiene alguna tarjeta o algo así para añadir una nota?

—Por supuesto.

Azael se aproxima al mostrador, junto al que se encuentra un expositor giratorio de tarjetas con mensajes de todo tipo. Comienza a darle vueltas buscando alguna que no contenga corazones, anillos de boda, palomas blancas ni ninguna otra clase de animal. Da, por fin, con una sencilla tarjeta anaranjada con el sobre a juego, saca una pluma de su bolsillo interior y comienza a escribir unas escuetas líneas, que remata con una floritura elegante. Para cuando termina, el dependiente todavía está recogiendo los lirios y depositándolos sobre una mesa para preparar el ramo.

—¿Te importaría encargarte de que lleguen al Hades? Tengo algo que añadir antes de enviarlas.

—Sin problema —asiente Jeray con amabilidad.

—¿Conseguiste la dirección?

—¿Duda de mí, jefe? —pregunta con una sonrisa burlona.

Jeray saca de su bolsillo una pequeña libreta Moleskine, la abre y arranca una página para entregársela a Azael, que lee la dirección escrita a mano que Jeray ha garabateado después de buscarla en la guía de teléfonos.

—Recuérdame que te suba el sueldo —sonríe Azael de oreja a oreja.

—No dude de que lo haré —le corresponde Jeray.

Cuando las flores llegan al elegante ático del Hades, Azael enciende su equipo de música y unas suaves notas de violonchelo resuenan haciéndole vibrar el pecho. Se desabrocha los puños de la camisa y dobla con pulcritud las mangas hasta el codo para trabajar más cómodo. Se sienta frente a la mesa que hay pegado al ventanal, donde mayor luz hay en toda la habitación, y selecciona una a una las seis mejores de sus rosas negras. Con el cuidado y la parsimonia de un escultor, Azael desviste las espinas de los tallos con un cuchillo hasta dejarlos desnudos. El chelo del equipo de música vibra con las notas graves, Azael cierra los ojos con emoción durante unos segundos, perdiendo de vista el cuchillo con el que está trabajando. Cuando los abre, unas pequeñas gotas de sangre emanan de un corte en el dedo, manchando la mesa. Se lo lleva a la boca con calma mientras observa Los Ángeles bajo sus pies a través del cristal, y paladea el sabor metálico de su sangre sobre la

lengua. Cuando vuelve a mirarse el dedo, el corte está completamente curado y Azael prosigue con su tarea.

El sol ha comenzado a descender cuando alguien llama a la puerta. Azael abre e invita a Jeray a pasar.

—¿Llego pronto?

—No, no, perfecto. Tengo un encargo especial para ti.

Jeray observa el enorme ramo de lirios blancos abrazado por una fila de rosas negras. A su lado hay un paquete cuadrado envuelto en papel negro y plata sobre el que descansa un sobre cerrado.

—Muy bonitas si me lo permite.

—Sí, gracias —dice con las manos en los bolsillos intentando salir de sus propios pensamientos—. A propósito, ¿qué tal te tratan en el hotel? ¿Estás cómodo?

—Sí, desde luego. Mi compañero de habitación parece un buen tipo. Es de las cocinas —sonríe con timidez—. Nunca podré agradecerle lo suficiente lo que ha hecho por mí, jefe. —Azael sonríe con suficiencia y abre la boca para decir algo—. Y le doy las gracias a Dios por ponerte en mi camino —continúa Jeray sin dejarle decir nada.

—Ahí está —farfulla Azael con fastidio—. El magnífico y divino Dios y su dichoso plan.

El asistente ríe por lo bajo sabiendo que su nuevo jefe nunca verá con buenos ojos sus creencias religiosas.

—Dile a tu querido Dios que no mustie las flores por el camino —le dice haciendo un gesto para que se vaya—. Y ten cuidado con el paquete, que la cámara no se lleve ningún golpe.



El día amanece luminoso, con un sol brillante que calienta la arena y el asfalto de la autopista, flanqueada por altas y escuálidas palmeras, llenando de energía a los aventureros que salen de sus hogares para empezar la jornada. Azael, sin ser una excepción, llega al bufete cargado de bandejas de cartón con cafés apilados, que va repartiendo por la oficina con una sonrisa.

—¿Qué bicho te ha picado? —le pregunta Dan con desconfianza cuando se lo cruza en un pasillo.

—Estoy de buen humor —sonríe él—. Toma: el tuyo, con leche de almendras desnatada y un toque de canela y jengibre para acelerar el metabolismo. Así puedes hacerle una foto y subirla a Internet para fardar.

—Gracias —contesta con una sonrisa bobalicona—. ¿Han ido las chicas a recoger la cámara?

—No, mucho mejor. Se la he enviado yo junto con unas flores.

Dan frunce el ceño confuso, y mira a Azael con la boca abierta y los ojos entrecerrados.

—¿Cómo sabes dónde...? ¿Sabes? Creo que prefiero no preguntar. Voy aprendiendo que contigo es mejor no saber nada.

—Una decisión muy sabia —corrobora sentándose de un salto sobre la mesa de su despacho, con Dan siguiéndolo a su espalda—. Bueno, ¿qué? ¿Me vas a dar ese caso del pervertido acosador de ancianas o no? Tengo ganas de saber si la tiene tan pequeña como cuentan las leyendas sobre exhibicionistas.

Dan se ríe y le da un sorbo a su estimulante café desnatado de camino a su despacho. Cuando vuelve, lo hace con un par de carpetas debajo del brazo y encuentra a Azael aún sentado sobre la mesa con las piernas colgando y haciendo malabares con tres abrecartas.

—Se llama Libor Karásek, de cuarenta y seis años. Es un checo al que han fichado ya varias veces por delitos de orden público. Al parecer, ya es conocido en su barrio. Pero el tipo no habla ni una sola palabra de inglés.

—*Žádné problémy* —dice Azael.

Dan se le queda mirando con las cejas alzadas y pestañea varias veces más de lo necesario con su brazo sujetando el café a medio camino entre la mesa y sus labios.

—Que no habrá problema —aclara Azael.

—¿Hablas... hablas checo también?

Azael se encoge de hombros y reanuda sus juegos malabares con los abrecartas.

—Por supuesto que habla checo, el muy cabrón... —farfulla Dan pasándose la mano por la cara.

—Tienes razón, es mejor no preguntar.

A zael aparece por el pasillo del calabozo de la comisaría. Destaca entre el pequeño puñado de presos con su traje italiano a medida y sus zapatos brillantes.

—Libor Karásek —lo llama el guardia que lo acompaña.

Un hombre con el pelo corto y negro moteado con algunas canas, con la perilla recortada y los ojos igual de oscuros, se levanta de un pequeño banco apostado en la pared de la celda.

—Siento la tardanza, he estado liado con otros asuntos. Soy Azael Grigori, tu abogado.

El hombre lo mira y pestañea con una sonrisa tímida sin decir nada. Tiene la mirada perdida y viste un pantalón de pijama de la comisaría bajo una gabardina larga.

—*Advokát* —repite Azael, más despacio y más alto de lo normal, a lo que el hombre responde abriendo mucho los ojos y ensanchando su sonrisa.

—Normalmente, pediría que nos dejaran una sala privada, pero, visto lo visto, no creo que haga falta molestarse —dice más para sí mismo que para su interlocutor enrejado.

Busca a su alrededor hasta que encuentra un pequeño taburete, que pega a la celda de su cliente, y se sienta en él, quedando a una altura considerablemente inferior de lo que esperaba, por lo que vuelve a ponerse en pie y aparta el taburete de una patada.

—Bueno —carraspea Azael—, empecemos.

Los dos hombres comienzan entonces a hablar en checo con soltura bajo los atentos ojos de dos guardias que están sentados tras sus ordenadores y atendiendo el teléfono a la vez que vigilan.

La charla dura poco más de media hora, tras la cual Azael efectúa un par de llamadas y se reúne con el superior al mando de la comisaría.

—Vamos, solo ha sido una gamberrada sin importancia.

—Lo siento, ya tiene un historial bastante dilatado de «gamberradas». Si no es capaz de acatar unas mínimas reglas y tener un comportamiento cívico...

—¿Quién no ha hecho una locura parecida alguna vez? Ya se sabe cómo funcionan las crisis de los cuarenta... Algunos se compran una moto o un coche caro, y otros... se pasean desnudos por los parques —dice Azael intentando contener la risa—. No dejan de ser formas de demostrarle al mundo cómo de grande la tienes. Es un instinto primitivo.

El jefe de policía mira a Azael con un rostro tan inexpresivo que, por un momento, parece un muñeco de cera.

—Debería jugar al póker —dice el abogado después de alejarse un par de pasos y recolocarse el chaleco del traje—. De acuerdo, ¿y si llegamos a un trato? Déjelo salir con una multa y un par de semanas de servicios comunitarios. Ustedes se pueden comprar unos donuts, o lo que sea que coman ahora, y él recibe su castigo. Podría... no sé, trabajar en un comedor social o limpiar basura del campo, ya que le gustan tanto los parques.

El hombre sigue mirándolo con la misma inexpresividad con los pulgares metidos en la cinturilla del pantalón de su uniforme y las gafas de sol colgando del bolsillo de la camisa.

—¡Oh, venga! Esto es una negociación: póngamelo un poco más fácil.

—Seis meses.

Si no es por el leve movimiento de su bigote, Azael juraría que aquella voz proviene de cualquier otro lugar menos de aquel hombre, que permanece tan inmóvil como una estatua de sal.

—¿Cómo? —pregunta Azael, distraído con ese leve movimiento del bigote.

—Seis meses de servicios. Y la multa la depositará en metálico en esta comisaría.

Azael se endereza con la cabeza alzada entrecerrando los ojos y evalúa la situación durante unos instantes. El jefe de policía sigue sin mover un solo músculo.

—Está bien, está bien —concede Azael rindiéndose—. ¿Le echas formol al café por las mañanas o qué? En serio, podrías ser campeón de póker; piénsalo —añade sacando su cartera del bolsillo de la chaqueta—. Espero que esto baste.

Los billetes comienzan a caer uno sobre otro encima de la mesa del policía. Con un silbido, el jefe le indica a uno de los guardias que vaya a los calabozos. Cuando vuelve, Libor el exhibicionista lo acompaña con las manos

en los bolsillos.

—Vamos —le dice Azael empujándolo levemente de la espalda—. Esta gente es dura de roer; más te vale no volver a liarla.



El ansiado viernes no tarda en llegar y Azael se presenta antes de la hora de apertura en el Infierno. Lleva horas enviando mensajes a Dan tratando de convencerlo para que se reúna con él, pero hace rato que ha dejado de contestar. Azael se resigna, guarda su teléfono móvil para mirarse en el espejo del despacho, y comprueba tanto que su camisa tenga un par de botones abiertos como que el pañuelo de la chaqueta esté perfectamente alineado. Coge aire con determinación y sale del despacho, que cierra con llave antes de salir a la sala de terciopelo negro donde ya empieza a congregarse un puñado de clientes dispuestos a pasar una buena noche.

Azael se desenvuelve bien por el local, saludando aquí y allá a algunos conocidos y repartiendo besos y estrechones de manos a quienes le presentan. Pasan varias horas en que Azael contempla los maravillosos movimientos contorsionistas de sus chicos en el escenario, aunque, cada pocos minutos, se distrae buscando a alguien, un alguien que no llega, de modo que termina sentado en la barra compartiendo su soledad con un whisky doble.

—¿Esperas a alguien? —dice una voz grave femenina junto a su hombro.

Azael se gira en su asiento y se encuentra a una mujer de pelo negro a la altura de los hombros tan recto que parece haber sido cortado con regla. Sus ojos marrones tienen un brillo inusual para su oscuridad y apenas va maquillada. Se permite recorrerla con la mirada, observando su traje de vestir entallado, a lo que ella responde alzando una ceja.

—Esperaba. Pero creo que he perdido el tiempo en vano.

—No podemos evitar decepcionarnos con la gente, ¿verdad?

—No lo sabes bien —afirma Azael bebiendo un trago de su whisky.

—Tal vez pueda hacer que te olvides de esa decepción.

—Ah, ¿sí? —Sonríe con picardía—. ¿Y cómo sugieres hacerlo?

La mujer se arrima más a Azael y le acaricia el pecho subiendo por la solapa de su americana hasta llegar a su cuello, que agarrar con firmeza pero

sin ahogarlo, y acerca su boca al oído.

—Duro —susurra.

Azael sonrío mirándola de arriba abajo y entonces se fija en el anillo plateado que lleva en su mano derecha.

—¿Te gustan los juegos duros? ¿Qué va a pensar tu marido?

—No estoy casada —responde ella enseñándole el anillo de plata—. Pero sí que tengo algunas condiciones especiales. ¿Ves a ese chico de allí?

Azael mira en la dirección que señala la mujer y encuentra a un joven que parece haber cumplido la mayoría de edad recientemente. Está esperando de pie, con las manos a la espalda junto a una columna, vestido de forma sencilla. Un mechón de pelo negro le cae sobre los ojos y Azael adivina la forma de un collar bajo el borde de la camiseta negra.

—Entiende que no quiero perder mi tiempo ni hacerte perder el tuyo, así que respóndeme honestamente y podremos proseguir con la noche como se tercié —le dice ella desafiante antes de sacar una fina cadena plateada del bolsillo de su pantalón de traje—. ¿Tienes algún problema con esto?

Azael sonrío con una expresión oscura, lasciva, segura. Se bebe de golpe lo que queda en su copa y le quita la cadena de las manos. Ella lo mira con curiosidad. Cruza la pista de baile hasta llegar al chico y, sin dirigirle la palabra, engancha la cadena a su collar y tira de esta con suavidad, llevándose al chico consigo hacia la salida del local. La mujer recoge su bolso de la barra y sale tras ellos a la brisa nocturna de Los Ángeles.



En el ático del Hades suena música de guitarras eléctricas que vibran a ritmo lento, grave, oscuro. La luz tenue ilumina a los dos hombres y a la mujer que se encuentran de pie frente a la cama. Dos copas de vino descansan sobre una de las mesillas de noche, pero la mujer aún sostiene la suya, que bebe a sorbos cortos. Azael se desabrocha con deliberada lentitud su camisa, botón a botón, y la habitación se impregna de su perfume cálido. El joven lo observa a un par de metros de distancia sin atreverse a hacer ni decir nada.

—No temas —le dice Azael con voz suave—. No pasará nada para lo que no estés preparado. Nada que no quieras. ¿Lo entiendes?

El chico asiente con la cabeza, su mechón rebelde le oculta los ojos. Se acerca temblando hasta Azael. La mujer paladea su copa de vino, se sienta en una silla cercana a la cama y se limita a observar sin prisa cómo las manos expertas de Azael ayudan al chico a desvestirse. Aún tiembla mirando al suelo. No es capaz de mirarlos a los ojos.

—Ayúdame con los puños de la camisa —le pide Azael con la boca seca.

Obediente, se acerca más a él para desabrocharle con delicadeza los dos botones, pero se queda paralizado cuando los puños abiertos revelan unas pálidas cicatrices alrededor de sus muñecas. Casi blancas, apenas pueden intuirse las finas líneas de unas letras talladas en la piel, y el mensaje resulta irreconocible. El chico desliza la yema de un dedo por encima y Azael se estremece cerrando los ojos y soltando todo el aire de golpe. Después le aparta la mano, firme pero lentamente. Ambos se miran a los ojos y el chico deja de temblar al ver cómo se desliza una lágrima por el rostro del hombre que tiene delante, de espaldas a la mujer. Azael lo agarra del pelo y lo besa. Ambos sienten el suave sabor salado de esa única lágrima antes de volver a separarse.

—Nunca he...

—No te preocupes —le tranquiliza Azael—. Tú pones los límites.

Los tres se pierden entre ellos y a sí mismos bajo las sábanas de raso del ático del Hades sin saber de quién son las manos que les acarician o a quién pertenece la piel que les abrasa. Las horas se suceden y el sol se alza tras los ventanales para ser testigo de la pasión a la que se entregan sin ataduras morales a pesar de las cadenas y las cuerdas que ligan sus cuerpos, nunca el alma. Pierden la noción del tiempo, del espacio, de sí mismos. Y, al tercer día, Azael se levanta para contemplar los primeros rayos de luz desde el exterior de su balcón. Aquel instante, aquel preciso y efímero instante en el que el mundo se encuentra aún entre la noche y el día sin ser ninguno de los dos, aquel instante en que las calles se bañan de un tenue color azulado y aún está todo en calma; aquel instante es el que Azael escoge siempre para pensar, para observar desde aquel rascacielos el conjunto del mundo. Hoy mira alternativamente sus antiguas cicatrices y al joven que aún descansa plácido en su cama. Da la última calada a su cigarrillo mentolado antes de vestirse y desaparece de la habitación sin hacer ruido.

Cuando los dos desconocidos despiertan entre las sábanas de raso grises, dos platos llenos y una jarra de zumo los aguardan en la mesa frente a la cama. Los cubiertos se encuentran pulcramente enrollados en una servilleta de tela y,

dentro de ella, una de las rosas negras de Azael. Al levantar la vista, lo encuentran en un rincón lejano, al otro lado de la enorme habitación, sentado con su traje azul y gris leyendo un libro. Desayunan tranquilos, relajados, como si la intensidad de las últimas cuarenta y ocho horas hubiera aflojado todos los músculos de sus cuerpos.

La mujer se levanta apenas termina su desayuno, se viste el traje, que encuentra doblado sobre una silla, y se marcha en silencio. El chico, sin embargo, se queda allí sentado un rato más, mirando con absoluta veneración a Azael a través de la inmensidad de la habitación. Permanece algo más de una hora observando cada detalle de él: la sombra de su barba de dos días, los puños de su camisa apretados por los gemelos para ocultar las cicatrices, la forma en que se mueven sus dedos al pasar de página...

De pronto se levanta y se acerca a él, de pie junto a su sillón. Sus ojos brillan con la intensidad de un relámpago y a Azael le recorre la espalda un escalofrío. El chico se quita el anillo de plata que lleva en uno de sus finos dedos y se lo ofrece a Azael, que lo acepta con cierta sorpresa. A cambio, este le ofrece su pañuelo de seda con las iniciales bordadas. El joven se agacha, apoyando su peso sobre los brazos del sillón, para darle un suave beso en los labios. Después, sin decir nada, se marcha del ático. Azael mira el anillo y encuentra un grabado en su interior: Darío. Ese es su nombre. Darío, el joven de corazón puro, el que confía, el que no juzga; el que ama sin miedo, sin contención, sin reparo. Darío, la viva imagen de aquel que él mismo fue un día, mucho tiempo atrás, cuando aún no conocía el dolor de la traición ni el destierro.

Azael se pone el anillo de plata en su mano derecha y trata de continuar leyendo su libro, incapaz de concentrarse en las líneas que tiene delante.

Interludio 4

Hace frío, mucho frío. Los árboles están desnudos pero sus hojas no pueden verse en el suelo, están enterradas bajo toneladas de escombros. Azael alza la cabeza y todo es gris allá donde le alcanza la vista: los edificios derruidos, el aire impregnado en pólvora, el cielo plomizo. No queda nada. Solo la fachada de una antigua catedral se sostiene aún en pie con sus vidrieras rotas y esparcidas entre el amasijo de piedra y hierro en que se ha convertido la ciudad. A lo lejos retumba el estallido de un cañonazo y la vibración le llega hasta el pecho. El motor de un par de aviones zumba por encima de su cabeza, dejando atrás el más absoluto vacío y desasosiego.

Azael no necesita mirar a su espalda para reconocer el sonido de los llantos desconsolados de madres y niños, la súplica de padres desesperados por proteger a su familia. Después, los fusiles. Y todo queda en silencio. Un camión se aleja de la ciudad en ruinas portando una docena de soldados uniformados y portando una esvástica. El más joven, sentado en la parte de atrás, mira hacia donde han abandonado los cuerpos de la familia que acaban de asesinar y las lágrimas se deslizan silenciosas por su imperturbable rostro.

Azael también llora y todo se desdibuja a su alrededor. Cuando se da la vuelta, se encuentra en una explanada sembrada de bungalós construidos en largas hileras. Todo está cercado con alambrada y hay torres de vigilancia junto a las puertas del complejo. Un centenar de hombres, mujeres y niños llegan hacinados en un vagón de tren para ser separados y clasificados a su llegada. Algunos consiguen arañarle a la vida un último beso antes de que los arranquen de sus brazos.

Al otro lado, varias carretas transportan decenas de cadáveres esculpidos en hueso. Desnudos, mutilados, torturados. Dos hombres lanzan sus cuerpos desnutridos a una fosa común atestada con miles de vidas humanas robadas.

Azael cae de rodillas al suelo con los ojos anegados en lágrimas y hunde su puño en el suelo permitiendo que la tierra se deslice entre sus dedos, impelido por el gélido aire que arrastra el hedor a muerte y cianuro.

—¿Qué habéis hecho?

Azael aparece a mediodía por el bufete de abogados y ocupa lo que le queda de jornada laboral revisando papeles, ordenando carpetas, archivando y clasificando casos antiguos, nuevos y en curso. Incluso estrena la agenda que Dan le regaló con sus iniciales el primer día que llegó al despacho a trabajar con él.

Todos los compañeros de bufete, desde el encargado del correo hasta el mismo Dan, se pasan la mañana deambulando por delante del despacho cerrado de Azael con alguna excusa, intentando ver entre las cortinillas a medio bajar de su cubículo.

—¿Vienes a comer? —le pregunta Dan asomando la cabeza por la puerta entornada.

—Estoy terminando una cosa —responde con voz monótona sin levantar la cabeza de los papeles.

—¿Estás bien? Es la primera vez que te veo trabajar. Hacer el trabajo sucio, digo —se corrige.

—Estoy bien. No tengo ningún tumor cerebral ni nada de eso si es lo que te preocupa.

—Me quedo mucho más tranquilo. —Frunce el ceño.

Dan va a añadir algo más, pero decide dejarlo en paz y salir cerrando la puerta. Se dirige al ascensor del edificio y, cuando está ya frente a él, vuelve sobre sus pasos y entra de nuevo en el despacho de Azael.

—Si necesitas hablar de algo, sabes que puedes contar conmigo, ¿verdad?

Azael lo mira unos instantes con preocupación. Da vueltas con los dedos a su nuevo anillo de plata.

—Creo que necesito una hamburguesa —dice finalmente, se levanta y recoge su chaqueta con un movimiento elegante.

Quince minutos después, ambos están sentados a la mesa de un restaurante moderno con los muebles y las paredes forradas de una madera clara y fresca.

Todas las ventanas y mesas están acompañadas de una pequeña maceta metálica que contiene suave césped, que Dan observa con desconfianza.

—¿A dónde me has traído? Pensaba que querías una hamburguesa.

—Y hamburguesas serán —responde Azael llamando con un gesto de la mano a la camarera—. Dos especiales de la casa, por favor.

Cuando la camarera se marcha, Dan se agazapa sobre la mesa y mira a Azael achicando los ojos.

—Vale, cuéntame qué demonios te pasa.

—No me pasa nada, estoy bien.

—¿Estás seguro? Estás... bueno, siempre has sido un tanto... excéntrico, pero últimamente estás más... imprevisible, digamos —dice Dan en un susurro.

—Siempre soy imprevisible —responde él ofendido—. ¿Qué clase de muermo crees que sería si fuera predecible?

—Vale, sí, sigues siendo el mismo cretino de siempre —afirma volviendo a colocarse bien en su asiento.

—¿Qué esperabas? Hago un poco de papeleo y de pronto todos os volvéis locos —dice sin dejar de girar el anillo con la otra mano—. Diles que los he visto cotilleando, que no crean que no me he dado cuenta. A esa gente le hace falta un poco más sustancia en su vida.

—¿Es nuevo? —pregunta Dan señalando el anillo con la cabeza, ignorándolo.

Azael mira el objeto de plata y entrelaza las manos para obligarse a detener su compulsión.

—Sí, un regalo.

—¿De quién? No sabía que tenías algo serio con alguien.

—Y no lo tengo. Ha sido un regalo postcoital —sonríe.

Dan abre la boca y vuelve a cerrarla después de pensarse dos veces lo que va a decir.

—No habrá sido alguna de esas chicas, ¿no?

La sonrisa se borra rápidamente de la cara y se lleva una mano a la nuca.

—No, qué va. No han dado señales de vida —dice con decepción—. Quizá no hayan recibido las flores...

—O quizá pasen de ti.

Azael suelta un bufido y una carcajada, niega con la cabeza y bebe de su refresco con la pajita de plástico verde a juego con la planta.

—¿Qué? ¿Es que nunca han pasado de ti?

—En muy contadas ocasiones. De hecho, creo que este fin de semana he cambiado las preferencias sexuales de alguien.

—No estoy seguro de querer seguir con esta conversación —dice Dan alzando una ceja.

—¿Alguna vez has probado la cera caliente?

—¿Lo de depilarse? —pregunta confuso.

—Me lo tomo como un no —sonríe Azael—. Al parecer, él tampoco. Tenías que haber visto su cara, fue toda una experiencia.

—Espera, ¿él? ¿Has estado con un...?

—Con un hombre, sí —responde Azael molesto en el mismo instante en que llega la camarera con la comida—. ¿Por qué todo el mundo se escandaliza todavía con estas cosas? Su Ama me abordó en el Infierno y acabamos los tres en mi cama. Se marcharon ayer.

Dan se revuelve incómodo en su silla y sonríe con nerviosismo a la camarera, que se aleja mirando a Azael de arriba abajo.

—¿Cómo que «su Ama»? —pregunta entre nuevos susurros mientras coge distraído un palito naranja de su plato.

—Sí, era su esclavo, o algo así. Profundicé en muchas cosas, pero no en su relación, no sé si me entiendes. Eso es batata —señala el palito naranja.

Dan lo mira con el entrecejo fruncido y se lo acerca a la nariz para olerlo como un perro antes de darle un bocado.

—Entonces, ¿estuvisteis todo el fin de semana?

—Sí. No es la primera vez, pero..., no sé, había algo —dice mirándose el anillo de nuevo—. El chico me recordaba a mí, ¿es una locura?

—¿Tienes un Ama también? —ríe Dan con sorna.

—No, me refiero... Me refiero a esa forma de entregarse, de confiar completa y absolutamente sin tener miedo a que le hagan daño. Y no me refiero físicamente. Había una entrega absoluta en su mirada, sin condiciones, sin peros, como si confiase plenamente en mí aun sin conocerme. Yo era así antes... hace mucho.

Azael se queda mirando a ninguna parte con el anillo rodando entre sus dedos, y Dan le da un mordisco a su hamburguesa.

—No pareces un tipo que se vaya enamorando por ahí —le dice con la boca llena.

—Ah, ¿no? ¿Y eso por qué?

—Siempre estás con alguien nuevo. —Se encoge de hombros—. Se supone que, cuando te enamoras de alguien, solo quieres estar con esa persona.

—¿Por qué solo una? ¿Y si te enamoraras de todas las personas? Vamos, ¡no te rías! Intenta imaginártelo. Piensa en esa camarera y en ese hombre con barba de ahí que ha traído a su hija a comer. Imagínate que te enamoraras de ellos solo con una conversación, que estuvieras deseando que te contaran su vida y darlo todo por ellos solo por el hecho de estar aquí, de estar vivos.

Dan mastica su hamburguesa mirando a Azael con gesto preocupado y no se molesta en tragar la comida antes de hablar.

—Se te ha ido la cabeza completamente.

—Sí, tal vez tengas razón —suspira Azael, dejándose caer sobre el respaldo de su silla—. Por cierto, la hamburguesa es de lentejas. Es un restaurante vegano. Por si quieres hacerle una foto antes de acabártela.

Dan suelta la hamburguesa de golpe sobre el plato como si quemara, bebe del refresco con su pajita para enjuagarse la boca y lo mira con los ojos muy abiertos.

—Esto es traición.

—Era para que vieras que existen alternativas saludables. No está nada mal, ¿verdad?

Dan lo mira con cara de pocos amigos y vuelve a coger su hamburguesa a regañadientes fingiendo disgusto y mirándola como si tuviera un bicho dentro.

—Espero que te pasaras el fin de semana en alguna clase de yoga o algo así para no venir al Infierno.

—Estuve con mis hijos —responde Dan olvidándose de la hamburguesa—. Era el primer fin de semana que me tocaba con ellos desde que el divorcio se hizo oficial.

—Lo siento.

—Bueno, no está tan mal: podré verlos cada dos fines de semana y la mitad de las vacaciones. Aunque me preocupa cómo les está afectando todo esto.

—¿A ellos? Lo importante es cómo te afecta a ti. No podrás ir a la mitad de las fiestas del Infierno. Y créeme: las fiestas en verano serán mucho mejores. Todo el mundo en bikini y bañador, ¿qué te parece?

—Que eres un cretino —suspira Dan—. Me encanta estar con mis hijos, no lo entenderías.

—Claro, por eso esa cara de alegría —responde con sarcasmo.

—Es que mi exmujer les compra todas las tonterías que quieren, ¿sabes? Los está malcriando. Tengo la sensación de que cada vez que los veo se han vuelto más tontos.

—Eso es porque, probablemente, sea verdad.

—Ya no quieren hacer nada conmigo. Cuando vienen a casa, se tiran el día viendo la televisión y jugando con esa dichosa maquinita que les ha regalado ella para no tener que hacerles caso y poder estar con su maldito instructor de pádel. No dejan de subir fotos de los batidos gigantes que se toman en el club de campo, o de mi exmujer y mi hija vestidas iguales como si fueran clones... No lo soporto.

—Así que ahora son dos críos mimados y comprados que se aburren de estar contigo porque eres un muermazo que quiere que hagan los deberes y coman guisantes.

—Más o menos, sí. —Se revuelve en su silla—. Y lo peor es que dentro de poco será el cumpleaños de Matt, que hace siete años, y dice que quiere celebrarlo con su madre y ese maldito idiota. Seguro que le han comido la cabeza con alguna fiesta en el club.

—Pues es bastante evidente lo que tienes que hacer.

—Ilumínate. —Levanta una ceja.

—Tienes que montarle una fiesta mucho mejor que cualquier cosa que pueda hacer tu exmujer. Darle todo lo que un niño puede soñar para su cumpleaños.

—Ya. ¿Y cómo se hace eso? Ni siquiera sé qué le gusta; ya no habla conmigo. Solo mira esa maldita pantallita.

—Vamos, no te compliques tanto la vida. Los niños de esa edad son fáciles de complacer —dice antes de darle un mordisco a su hamburguesa vegetal—. Les gusta cualquier cosa. Tú déjame a mí.

—¿A ti? Ni loco —dice levantando las manos como si le estuvieran apuntando con un arma—. No vas a llevarlos al Infierno.

—Por supuesto que no —responde Azael ofendido—. ¿Qué clase de persona crees que soy? ¿Cómo voy a meter a una veintena de críos en mi local? ¿Sabes la de cosas delicadas que pueden cargarse?

Dan pone los ojos en blanco y se lleva la mano a la cara suspirando.

—Sorpréndeme. Pero prométeme que no habrá ninguna stripper.



La semana transcurre más lenta y apagada de lo normal para Azael. Para sorpresa de la mayoría, no falta ningún día al trabajo y recibe a varios clientes en su despacho, aunque la mayoría del tiempo lo pasa escuchando música a puerta cerrada, acariciando su anillo y pasando una y otra vez en su ordenador las fotos que copió antes de devolverle la cámara a Helen. Ha contemplado tantas veces el pelo naranja y los ojos claros de Ruth que se han grabado a fuego en su retina. Le trae tantos recuerdos...

El viernes, a última hora de la tarde, Azael vuelve a beber solo en la barra del Infierno. Esta vez no busca ni acepta compañía, aunque su corazón late un poco más deprisa cada vez que cree ver a un joven con el pelo negro sobre los ojos. Pero ni él ni la mujer que lo domina, ni Helen ni Ruth, acuden al abarrotado local.

Y así vuelve a encontrarse contemplando la ciudad de Los Ángeles desde la terraza de su ático. Pasa allí horas apoyado en la barandilla o sentado en una silla de mimbre, mirando al suelo. El movimiento de los coches en la oscuridad dibuja líneas rojas y amarillas sobre la autopista, y el suave rumor de sus ruedas llega hasta la planta más alta con un efecto de relajante ruido blanco.

Las ligeras nubes permiten entrever a ratos la nívea luna, que ilumina con un brillo hipnótico todo cuanto toca. Azael se quita el anillo de plata y la luz blanca se refleja en sus formas curvilíneas. Por un instante parece que va a volver a ponérselo, pero consigue reunir el valor suficiente para ponerse en pie y entrar en su habitación con el anillo fuertemente sujeto en un puño para depositarlo con cuidado en una pequeña caja de madera forrada de terciopelo acolchado. Cierra la caja y hace acopio de todas sus fuerzas para alejarse de ella y dejarla ahí, en una de las baldas de su enorme y abarrotada estantería de ébano hasta el techo con libros, antiguos y modernos, urnas de cristal, cajas de marfil, pirámides de cuarzo y todo tipo de pequeños objetos decorativos.

Pasan las semanas y poco a poco los árboles pierden el abrigo de sus hojas doradas, pero la cálida ciudad de Los Ángeles apenas acusa el cambio de temperatura. El mar se revuelve con algo más de fuerza, abrazando únicamente a aquellos surfistas más valientes que se atreven a perderse en sus olas.

Azael despierta casi cada noche empapado en sudor y llorando a pleno pulmón entre sus sábanas, con las muñecas escociéndole y la garganta apretada en un nudo tan tenso que abrasa. En el aire aún puede sentirse el olor a humo y cenizas; los gritos de hombres, mujeres y niños todavía vibran en sus tímpanos como un zumbido constante.

Y Azael solo encuentra una forma de acallar sus pesadillas y de sacar ese veneno de su interior. En mitad de la noche, cuando el gimnasio del Hades está desierto y solo escucha sus pasos, enciende la cinta de correr y se acomoda los cascos de su reproductor de música. Las guitarras suenan poderosas y amenazantes; los pianos, rápidos y temerarios, y Azael sigue su ritmo a toda velocidad corriendo como si pudiera, de algún modo, atravesar el muro de cristal que tiene delante y perderse en el anonimato de la gigantesca ciudad. Corre con el corazón en la boca y con los ojos fijos en un punto distante mirando sin ver, intentando huir de sus fantasmas y de sus recuerdos. Se agota físicamente hasta que su cabeza es incapaz de seguir generando aquellas imágenes que lo van consumiendo.

Cuando se mete en la ducha, el agua caliente parece llevarse consigo toda la tensión, el dolor, el miedo, y deja paso a una paz y un sosiego semejantes a la sensación que queda en el aire tras una intensa tormenta.

A la noche siguiente, Azael se niega a volver a enfrentarse a sus pesadillas y decide refugiarse en el Infierno. Contempla, desde la soledad de su copa, a los hombres y mujeres que acuden noche tras noche a aquel lugar para dejarse llevar por sus instintos, para relajarse, para olvidarse de sus obligaciones o,

sencillamente, para conocer gente. Azael se mezcla entre ellos invitando a copas a cada grupo que ve; se sienta con ellos, baila en la pista y comparte chupitos de absenta y tequila. Todo vale con tal de abstraerse y no pensar por una noche. Y, por el momento, parece que su estrategia funciona.

No pasa mucho rato hasta que una mujer se separa de su grupo para bailar junto a él sonriéndole con un brillo especial en los ojos. Un par de canciones después, ambos se encuentran subiendo la escalera que lleva al piso superior y atraviesan la cortina de terciopelo para entrar a su despacho.

—Bonitos peces.

—Gracias. Un recuerdo de mi infancia.

La mujer recorre distraída el despacho observando las obras de arte pulcramente expuestas por todas partes, como un santuario. Cuando vuelve junto a Azael, sus miradas se cruzan y un escalofrío eléctrico les recorre la espalda y la nuca. Azael se acerca a ella, apoya con suavidad una mano en su cintura y la otra le agarra el pelo con firmeza para besarla con la pasión de los que saben que no volverán a verse.

La mujer le quita la americana, la desliza sobre sus hombros y la deja caer al suelo. Retroceden lentamente, sin separarse un solo milímetro, hasta llegar al diván, sobre el que se recuestan. Le desabrocha el elegante chaleco y la camisa sin dejar de besarlo. Sus manos se deslizan hasta el cinturón y Azael no puede reprimir un jadeo de anticipación. Y entonces comienza a vibrar algo contra el suelo de la habitación.

—Diablilla... —sonríe con picardía.

—No es mío —responde ella desconcertada.

Azael frunce el ceño y se separa de la mujer para mirar a su alrededor. Tantea el suelo siguiendo el sonido de la vibración hasta dar con su chaqueta. Dentro de su bolsillo, su móvil no deja de sonar. Rechaza la llamada sin mirar el número y vuelve al diván con la mujer.

—¿Por dónde íbamos?

Sus labios besan el cuello de la mujer, que está tumbada completamente a su merced y se deja hacer sin oponer resistencia. Comienza a bajar por sus hombros, su garganta, sus clavículas... y el móvil vuelve a interrumpirles una segunda vez. Azael se levanta de nuevo, esta vez más molesto, y responde con voz cortante:

—¿Qué pasa ahora?

—¿Azael Grigori? Le llamamos de la comisaría de Olympic. Hemos detenido a Libor Karásek por escándalo público. Nos ha dado una tarjeta con

su número diciendo que es su abogado.

Azael pone los ojos en blanco, y suspira profundo y despacio para calmarse.

—Sí —dice con resignación—. Estaré allí en un momento.

Se da la vuelta después de colgar el teléfono, recoge su chaqueta y comienza a abrocharse la camisa.

—Lo lamento, pero me ha surgido un imprevisto del que debo hacerme cargo.

—¿Tienes que irte? —pregunta la mujer con decepción.

—Eso me temo. Tengo que ir a comisaría.

La mujer se levanta de pronto nerviosa casi de un salto y sale de allí recogiendo su bolso del suelo sin despedirse.

—Supongo que no era tan inocente después de todo —dice para sí mismo.



Jeray se ofrece a conducir por él después de la cantidad de alcohol que ha consumido, y a esperarlo en el exterior de la comisaría mientras busca aparcamiento. Cuando Azael entra en el edificio, encuentra a Libor sentado con las manos esposadas a la espalda frente a la mesa de un policía que está jugando al solitario en la pantalla de su ordenador.

—Ya estoy aquí —anuncia al llegar—. Soy su abogado.

—Bien.

—Nada de lo que les haya dicho en mi ausencia debe considerarse válido: no conoce bien nuestro idioma y podría dar lugar a...

—No ha dicho una sola palabra ni en inglés ni en ningún otro idioma —le corta el hombre sin levantar la mirada de su ordenador.

—Oh. En ese caso, podemos proceder. Puedo hacer de traductor si lo desea.

El policía levanta la vista por primera vez y le sostiene la mirada durante unos segundos antes de resignarse a cerrar el juego y abrir un nuevo informe.

—¿De qué se le acusa exactamente?

—De escándalo público. Es la quinta vez en los últimos meses.

—Verá, agente... Thomas —dice leyendo el cartel sobre su mesa—. Mi cliente lleva poco tiempo en el país, viene de una cultura muy diferente a la

nuestra y todavía se está adaptando. Estoy seguro de que, si le dan otra oportunidad, conseguirá aprender plenamente nuestras normas sociales.

—Ya ha acumulado demasiados arrestos y quejas. Además, esta vez han presentado una denuncia en firme.

—¿Quién?

—Una residencia de ancianos. Han presentado una denuncia colectiva, con recogida de firmas y todo. Lo siento, pero esta vez no podremos hacer la vista gorda.

Azael se pasa las manos por el pelo y resopla sabiéndose derrotado.

—*Co říká?* —pregunta Libor.

—*Že jste v prdeli.*

De pronto, el checo se levanta de su silla y sale corriendo con las manos esposadas a la espalda, esquivando los escritorios y tirando montones de carpetas y folios a su paso. El cinturón de su gabardina beige se afloja y se le abre en el preciso instante en que se estampa en un espantoso ruido contra la limpísima puerta de cristal de la comisaría. Caen inconsciente en el suelo exponiendo toda su desnudez.



Largo rato después, Azael regresa al coche, donde Jeray lo espera tarareando la música clásica que tiene puesta de fondo.

—¿Problemas?

—Algo así, sí. Te juro que a veces no entiendo qué se le pasa por la cabeza a la gente, de verdad —dice Azael hundiendo su cabeza entre sus manos—. Vamos, te invito a una copa.

—Agradezco el gesto, pero me temo que debo rechazarlo —responde Jeray con una sonrisa tranquila y amable—. Pero puedo llevarle a donde quiera.

—Preferiría no beber solo esta noche.

—Si es compañía lo que necesita, eso sí puedo dárselo. Pero a mi manera.

Azael mira a Jeray frunciendo el ceño sin terminar de comprender lo que quiere decir.

—Ha confiado en mí para este puesto y me ha dado una segunda oportunidad, más de lo que podía soñar —aclara el hombre de ojos claros apoyando ambas muñecas sobre el volante—. Aplico la política de no beber

en el trabajo. No quiero estropear las cosas, prefiero estar disponible al cien por cien para lo que necesite.

—Eres un buen asistente, Jeray; y un buen amigo. Quizá podamos compartir una copa en tu día libre, me gustaría conocerte más.

—¿Qué quiere saber?

—¿Cómo eres capaz de mantener esa calma después de lo que has vivido?

—Aunque no lo crea, estoy agradecido de haber pasado por aquello. Aprendí mucho, y desde entonces valoro la vida mucho más. Nunca hay que perder la fe.

—¿Fe? Estoy harto del rollo de la fe.

—Fe en uno mismo —corrige Jeray.

Azael se queda mirándolo a los ojos azules sin decir nada, acompañado por la suave melodía de Bach en los altavoces.

—He visto esa mirada muchas veces. Te sientes perdido, derrotado. Tienes miedo a perder el control, a volverte loco. Todos tenemos nuestros demonios y debemos luchar contra ellos. Pero no estás solo —le dice Jeray y apoya su mano derecha en el hombro de su copiloto.

Azael deja caer los brazos y se acomoda en su asiento para mirar el oscuro exterior a través de la ventanilla. Las suaves notas de un piano resuenan en su cabeza intentando poner orden a sus pensamientos, y Jeray arranca el coche camino al Hades. Llegan al aparcamiento del hotel y la música de Bach se apaga en cuanto quita las llaves del contacto. Sin embargo, Azael no se baja del coche. Jeray lo mira con preocupación casi paternal.

—Ya conoces cuáles son mis demonios —le dice—. ¿Cuáles son los tuyos?

Azael se observa las mangas de su chaqueta sobre las muñecas, en el punto exacto donde los puños de la camisa esconden las pálidas y estilizadas cicatrices. Cierra los puños con fuerza hasta que los nudillos se le vuelven blancos y coge aire muy despacio antes de contestar.

—Me traicionaron —responde con los ojos humedecidos—. Todos.

Azael despierta empapado en sudor y desorientado, buscando algo o a alguien a su alrededor. Cuando reconoce dónde se encuentra, se lleva las manos a la cara y las desliza hasta entrelazar sus dedos delgados en su pelo negro. Mira la cama deshecha con cierto miedo y repulsa, y decide abrir el agua de la ducha en vez de seguir durmiendo. Mientras el agua se calienta, Azael se contempla en el espejo intentando buscar algo nuevo en aquel rostro conocido. Poco a poco, el calor del agua empaña el espejo y sus rasgos se van difuminando en él; solo quedan sombras allá donde las gotas condensadas se han abierto camino.

Sale una hora después del cuarto de baño envuelto en un albornoz justo a tiempo de apagar el despertador, que comienza a sonar en ese preciso instante. Se viste con parsimonia con la cabeza muy lejos de esa habitación, con la mirada perdida y un nudo en la garganta que no tiene nada que ver con su corbata de seda negra.

Cuando llega a los juzgados, aún falta un par de horas para que comience la vista por lo que, maletín en mano, decide dar un pequeño paseo por los alrededores. Camina por primera vez mirando al suelo, con los ojos fijos en los relucientes zapatos italianos y absorto en sus pensamientos. En un momento dado, se topa con un banco y se sienta a disfrutar de un cigarrillo mentolado y de los débiles rayos del sol mañanero que lo acompañan.

Las calles comienzan a llenarse de coches y humo, de ruido, de gente con prisas. El irresistible olor a pan recién hecho, a chocolate y café impregna todo a su alrededor. Azael alza la vista y se encuentra con una mujer anciana y encorvada en la acera de enfrente con la cabeza envuelta en un pañuelo rojo. Vende flores en un puesto callejero improvisado. Azael se acerca a ella y observa las flores, dispuestas en cestas de mimbre y separadas por gamas cromáticas.

—¿Cuánto por las rosas naranjas?

—La voluntad, buen hombre —sonríe la mujer acentuando las profundas arrugas de su rostro oscuro.

—¿Le importa si...? —dice Azael, que arrastra hacia él un cesto lleno de

unas preciosas rosas anaranjadas y otro de finas ramas de lavanda.

La anciana se aproxima con una bolsa de papel y una cinta para envolver un ramo, pero Azael la detiene y saca su abultada cartera.

—¿Está bien así por los dos cestos? —pregunta después de ofrecerle un puñado generoso de billetes.

La anciana abre los ojos sorprendida al ver tal cantidad de dinero. Al no reaccionar, Azael añade algunos billetes más y la anciana comienza a llorar de felicidad.

—Lo tomaré como un sí —dice levantando los cestos del suelo y abrigando cada uno bajo un brazo.

—Dios lo bendiga, buen hombre, ¡Dios lo bendiga!

Azael pone los ojos en blanco y suspira sonoramente mientras se dirige de nuevo al juzgado con sus nuevas flores.

La mujer de seguridad de la entrada es tan amable de guardarle los cestos en un pequeño cuarto privado para empleados, pero, cuando Azael entra en la sala para dar comienzo al juicio, todo su traje está aún impregnado de un penetrante olor a lavanda salvaje.

El juez es un hombre que bien podría haber pedido ya la jubilación, enjuto y con un envidiable pelo plateado que le cae con la raya en medio sobre las anchas gafas al mirar los papeles del atril.

—El Estado de California contra Libor Karásek. Como abogado de la acusación, la señorita Christine Porter y como abogado de la defensa, el señor Azael Grigori. Demos comienzo.

La abogada se levanta de su asiento y su melena negra, cortada al milímetro en línea recta, aparece por encima de las cabezas que hay en la distancia que los separa. Comienza a relatar los hechos paseándose por la sala y, cuando se gira hacia el lado del acusado, Azael ladea la cabeza con una ceja alzada por la sorpresa.

—¡Pero si eres tú! —ríe de pronto.

La abogada se frena en seco su paseo y su discurso cuando mira a Azael con el ceño fruncido.

—¿Disculpe?

—¿Tiene algo que decir, señor Grigori? —inquire el juez.

—No, no. Disculpe, Señoría —sonríe él, acomodándose en su silla con las manos entrelazadas sobre su regazo.

Christine continúa con su acusación sin dejar de mirar con recelo en dirección a Azael hasta que, finalmente, llega el turno de los testigos.

—Señora Hopkins —comienza Christine—, ¿podría relatar los hechos acontecidos la noche del veintisiete del pasado mes?

—Estaba en la residencia, como de costumbre. Normalmente cenamos pronto y después vemos un rato la televisión antes de ir a acostarnos, pero aquel día era el cumpleaños de Julian, nuestro celador favorito —sonríe saludando tímidamente con la mano a alguien sentado entre los testigos—. Es un tipo encantador, ¿saben? Siempre nos trae algún paquete de cigarrillos cuando entra a su turno y, de vez en cuando, nos echa un chorrillo de bourbon en el vasito de las pastillas cuando Rubens no mira. ¡Ese sí que es un capullo de mucho cuidado! Le encanta aprovechar cualquier oportunidad para atarnos con las correas a la dichosa cama, como si fuésemos a irnos a algún sitio con la jodida bombona de oxígeno a cuestas.

Se escucha un murmullo de aprobación entre el público maduro, que revoluciona la sala por un momento.

—Seguro que ese tal Rubens y la señorita Porter han discutido el caso *a fondo* —le susurra Azael a Libor como si pudiera entenderle, aprovechando el momento de desorden—. Tengo entendido que comparten aficiones.

El juez llama al orden en la sala y el murmullo se disipa con la misma rapidez con la que se había propagado. El juez vuelve a cederle la palabra a la anciana mujer con una mirada reprobatoria por encima de las gafas.

—Continúe, por favor.

—Como era el cumpleaños de Julian, le habíamos preparado una sorpresa. Habíamos comprado una tarta helada con sus velas y todo, y nos quedamos un poco más de lo que ese dichoso Rubens nos permite —dice haciendo un mohín—. Yo estaba junto al tocadiscos intentando encontrar un vinilo de Chubby Checker para animar un poco el guateque cuando vi que alguien rondaba cerca de la ventana. Pensé que sería algún vigilante de seguridad haciendo alguna ronda por los jardines, así que no le di demasiada importancia.

La anciana detiene su discurso un instante para coger aire ruidosamente y comenzar una racha interminable de toses expectorantes que hace estremecerse a más de uno con miedo y cierta repugnancia.

—No, no pienso dejar de fumar, Dorothy —dice al señalar con el dedo a otra anciana del público antes de que la aludida pueda abrir la boca—. Así que nos pusimos a bailar como cuando éramos mozos. Ese sitio es un muermo y, de vez en cuando, necesitamos desoxidarnos un poco —continúa.

—Vaya al grano, por favor.

—De pronto escuchamos que alguien llamaba con los nudillos a la ventana

y, cuando nos giramos, lo vimos allí tras el cristal, con todo al aire. El muy gañán llevaba una gabardina larga abierta de par en par y nada más debajo, y cuando aquello empezó a hincharse, ¡se restregó contra la ventana hasta dejarla perdida! —exclama haciendo un gesto con las manos como si lanzase confeti al aire—. Y todos nos quedamos ahí mirando como pasmarotes escuchando el chirrido contra el cristal, ¿se lo pueden creer? Aunque al menos hizo de *stripper*; no se puede pedir más para un cumpleaños en una residencia llena de viejos decrepitos, eso hay que reconocérselo.

La sala se queda en un incómodo silencio con más de un rostro sonrojado y alguna que otra tos tímida rompiendo el mutismo.

—¿Diría que se quedaron horrorizados al contemplar tal brutal violación de su privacidad y bienestar? —interviene la abogada.

—Tampoco hay que dramatizar tanto, querida. Un pene es un pene y pervertidos los ha habido siempre. Te escandalizarías de las cosas que hice en mi juventud —responde dando una honda bocanada de aire con su mascarilla de oxígeno—. Pero es verdad que el pobre Robin no pudo con ello. Ese corazón suyo ya no podía resistir ni un asalto más y aquello fue lo que colmó el vaso.

—¿Podría relatarnos qué le ocurrió?

—Le dio un infarto allí mismo, ¡pum! Imagínese, allí delante de todos, y que lo último que viera en su vida fuera aquella babosa húmeda contra la ventana. Ahora criará malvas toda la Eternidad con esa imagen en la cabeza.

Azael se hunde en el asiento con la boca disimuladamente cubierta con una mano al no poder dejar de reírse por lo bajo. La abogada se gira bruscamente hacia él con gesto mordaz y todas las miradas de la sala se clavan en la misma dirección.

—¿Le hace gracia?

—Un poco, la verdad —responde Azael incapaz de sonreír.

—¿Le hace gracia que un hombre haya muerto por culpa del pervertido al que defiende?

—Sabe usted tan bien como yo que hay pervertidos mucho peores, señorita Parker. Me sorprende que aún no me reconozca; después de todo, me consta que le gusta tener todo *bien atado* —dice enfatizando las últimas palabras.

La abogada se queda mirando muy fijamente a Azael y unos segundos después abre mucho los ojos y la boca. Está a punto de decir algo cuando es interrumpida por el juez.

—¿Qué está ocurriendo aquí? ¿Tienen alguna clase de trato personal del

que no han informado antes del juicio?

—Solo profesional, Señoría —responde ella con rapidez dándole la espalda a Azael.

—Así que ahora resulta que fue algo profesional —ríe él desde su asiento—. Debí suponer que le gustaba jugar duro fuera de la cama también.

—¡Señor Grigori! Se lo advierto, no toleraré ni una sola falta más — exclama el juez golpeando su mesa con la palma de la mano—. Prosigamos. Señora Hopkins, puede usted bajar del estrado si no tiene nada más que añadir.

La anciana se levanta con dificultad de la silla, agarrándose a una pequeña bombona de oxígeno portátil con ruedas que tiene justo a su lado, conectada a la mascarilla que lleva colgada al cuello.

—Llamo a declarar al señor Libor Karásek. Yo mismo puedo hacer de traductor si lo desea, Señoría —interviene Azael alzando la voz mientras la anciana abandona el estrado con paso tembloroso.

—No será necesario, contamos en la sala con un traductor jurado, señor Grigori.

—Estupendo —sonríe él poniéndose en pie—. Tranquila, Christine, cuando pierdas el caso, te dejaré volver a usar el látigo para que no te sientas menos.

En ese instante, la anciana se encuentra ya casi junto a los asientos de los testigos, pero se detiene justo al lado de Azael y toma una gran bocanada de su mascarilla.

—No pasé mi vida armando aviones militares para que ahora vengas tú con tu perfume fino de lavanda a reírte de las mujeres.

La anciana, de pronto, hace acopio de una fuerza inusitada, agarra el carrito del oxígeno y le estrella la bombona contra la cabeza, dejándolo inconsciente en el acto.

—¿Pero en qué coño pensabas?

Dan se pasea como un león enjaulado por delante de Azael, que se encuentra sentado en una silla de su despacho con los codos apoyados sobre las rodillas. En su mano derecha sostiene una bolsa de granizado de limón que se aprieta contra su cabeza, allí donde un enorme cardenal cubre su sien y uno de sus ojos.

—¡Te di el caso porque pensé que podrías con él, que precisamente tú sabrías cómo salir de esta mejor que nadie! —le grita sin dejar de gesticular con las manos—. ¡Pero no! No se te ocurre nada mejor que revelar las prácticas sexuales de tu rival y ofender a una feminista centenaria. ¿Por qué no me dijiste que la... *dómina* aquella era Christine Parker?

—Porque no lo sabía —responde Azael encogiéndose de hombros y tocándose la ceja hinchada con una mueca—. No sabía ni que era abogada. Aunque le pega, a decir verdad.

Dan se lleva dos dedos al puente de la nariz y niega con la cabeza en un intento por calmarse. Después de respirar en profundidad un par de veces, decide sentarse en la silla del escritorio y escrutar a su socio durante largo rato.

—Supongo que así tenía que ser —dice al fin encogiéndose de hombros—. Después de defender a toda clase de calaña, he de confesar que es casi un alivio que ese perverso vaya a pasar un tiempo a la sombra; le da un poco de equilibrio a mi karma. Lo lamento por su compañero de celda.

Azael sigue con la cabeza entre las manos mirando al suelo, con la mano goteándole limón pegajoso.

—¿Te encuentras bien?

—Es el primer caso que pierdo. Y quizá el último.

—Alguna vez tenía que ser la primera —contesta Dan revolviéndose incómodo en su silla—. No será el último, pero sí debo tomar alguna medida

disciplinar. Espero que lo entiendas.

—Claro —responde con un suspiro.

—¿Qué te está pasando? Últimamente estás... distinto. ¿Ha pasado algo?

—No duermo demasiado bien por las noches —se limita a responder.

—Pues te está pasando factura. Deberías ver a un médico o algo. El Hades, el Infierno, el bufete... Quizá no puedas con todo. Eres humano.

Azael suelta una pequeña carcajada amarga por lo bajo y se levanta. Camina hasta la entrada del despacho y arroja la bolsa de granizado a la basura antes de abrir la puerta.

—No te creas que esto te exime de organizar la fiesta de cumpleaños de mi hijo —le dice Dan antes de que salga—. Lo prometiste. Creo que será parte de tu sanción.

—Siempre cumplo mi palabra.

Azael se marcha dejando todos sus papeles desordenados sobre su mesa. Cuando sale del edificio, Jeray lo está esperando dentro de su coche y le ofrece el pañuelo de su bolsillo.

—Gracias —le responde Azael mientras se limpia el sirope de limón de la mano, aún empapada.

—Deberían echarle un vistazo a ese golpe.

—No te preocupes, mañana estará como nuevo —le asegura a la vez que se mira en el espejo del asiento del copiloto—. ¿Qué ha pasado con las flores?

—Están en el maletero. ¿Quiere que las envíe a algún sitio?

—No, no. Son para un cumpleaños —dice distraído—. Del hijo de Dan. Le prometí que le ayudaría a organizar una fiesta. No lo está pasando bien desde que se divorció.

—¿Y qué tiene pensado? —le pregunta mientras conduce por una avenida tranquila.

—Lo típico, los niños son felices con cualquier cosa. Seguro que, si hay helado, no se acuerdan de nada más.

—Yo podría echar una mano si quiere.

Azael lo mira con el ceño fruncido durante un instante y después parece recordar algo.

—Es verdad, fuiste animador infantil —sonríe ampliamente—. Claro, siempre viene bien que alguien entretenga a esos pequeños terremotos para que no se convierta en una batalla campal. Dime, ¿qué tienes en tu repertorio?

—Bueno, ha pasado mucho tiempo —responde Jeray con una sonrisa

soñadora—, pero creo que El Gran Mago Jeray todavía tiene algún as bajo la manga.

—¿El Gran Mago Jeray? Puedo jurar que eso no pienso perdérmelo.

Aquella noche Azael se encuentra en su habitación del Hades incapaz de dormir. Las sábanas de la cama están revueltas y él se encuentra sentado en el borde limpiándose las lágrimas con la palma de la mano.

Se levanta, tan solo vestido con el pantalón de su pijama de algodón, y se adentra en la cocina americana situada frente al salón. Solo contiene lo más básico: una pequeña nevera repleta de bebidas y algunas chocolatinas, un botellero con algunos vinos y licores, y un bol de frutas. Azael se sirve una crema suave y dulce con un chorro generoso de whisky en un vaso de cristal tallado. Observa su copa durante unos instantes y le da un trago antes de volver al dormitorio. Se detiene frente al espejo de pie y se queda hipnotizado observando su reflejo. Se lleva la mano al ojo morado y el hematoma comienza a desaparecer en cuestión de segundos bajo su tacto, como si nunca hubiera estado ahí. Durante una fracción de segundo, las cicatrices de sus muñecas brillan bajo su piel robándole una última lágrima.

Azael se sienta en la mesa con la copa y sitúa en el suelo, junto a él, los cestos de flores para armar pequeños ramos con una única rosa naranja y un par de brotes de lavanda atados con una cinta. Allí donde un pétalo está marchito, Azael le devuelve su vitalidad con una suave caricia.



Un soleado sábado brilla sobre los jardines de un palacete blanco. El césped huele a recién cortado y todo está decorado en los mismos tonos violetas y naranjas: las flores, los globos, las guirnaldas, los manteles de las dos mesas alargadas dispuestas en un rincón del jardín, e incluso los vasos, cubiertos y servilletas de papel colocados sobre ellas. El otro extremo del inmenso jardín está coronado por un enorme castillo hinchable con un tobogán que termina en una piscina de bolas. En la zona más cercana al palacete, un puñado de pequeños ponis con las crines trenzadas espera tranquilo para dar un paseo alrededor del lago situado detrás de la mansión.

Los niños comienzan a llegar y el ambiente se llena del aroma a caramelo

tostado. Dan se encuentra a las puertas del palacete observando el lugar con la boca abierta.

—Esto es...

—Lo sé, no está mal, ¿eh? —sonríe Azael—. Seguro que ahora el club de pádel no le parece tan genial.

—No sabes cuánto te agradezco todo esto. Yo... —balbucea Dan—. Después de lo que ha pasado...

—En algo tenía que entretenerme ahora que me has suspendido de empleo y sueldo —le responde con reproche—. Por la noche tengo el Infierno, pero de día me aburro mucho.

—No tenía otra opción, Az. Te han abierto una investigación —dice con angustia en la voz—. Estamos resolviéndolo, pero, mientras tanto, es mejor que te mantengas alejado del bufete. Tómalo como unas vacaciones, descansa, haz... lo que sea que hagas en tus ratos libres.

Azael levanta una ceja y tuerce el gesto con una sonrisa pícaro.

—Oye, no tienes ni rastro del golpe —se fija Dan con el ceño fruncido.

—No hay nada que un antiinflamatorio y un poco de maquillaje no arregle —miente él restándole importancia—. Yo que tú me preparaba para controlar a esta panda de delincuentes en potencia. No sabes lo que es una manada de críos hasta las cejas de azúcar.

Un grupo de padres y madres se sienta a charlar con sus vasos de limonada sin quitarles el ojo de encima ni a sus hijos ni a Azael, que se pasea de vez en cuando entre los invitados para asegurarse de que no les falta de nada. Varios niños ahogan la música con sus gritos saltando en el castillo y otros tantos diseñan su propio helado en un carrito repleto de virutas de colores, galletas y chucherías de todo tipo. Los más valientes se atreven a dar de comer manzanas y zanahorias a los ponis y a pasear sobre sus lomos.

Cuando los padres ya están agotados de escuchar los alaridos de sus propios hijos, Jeray hace aparición con un elegante traje de chaqué negro y unos guantes blancos. La música baja de volumen y todos los niños corren a sentarse en círculo a su alrededor. Azael se sienta entre ellos sobre el césped como si fuera uno más con una sonrisa de oreja a oreja que es incapaz de disimular. Todos observan absortos cómo Jeray transforma una pajarita de papel en una paloma blanca, que sale volando por los jardines hasta perderse de vista. Después, El Gran Mago Jeray saca un sombrero de su maletín y lo deja sobre una mesa. Introduce un conejo blanco de peluche en el sombrero y, cuando vuelve a sacar la mano, un conejo de verdad brinca con un lazo naranja

alrededor del cuello, que aterriza en el regazo del cumpleañosero.

—Feliz cumpleaños, Matt —le dice Jeray con una pronunciada reverencia.

Acto seguido, una gran explosión de humo cubre al mago y se escabulle sin ser visto. El entregado público, capitaneado por un entusiasmado Azael, aplaude con todas sus fuerzas coreándolo.

—¡Ha sido fantástico! —le dice Azael un rato después—. ¿Por qué no me habías dicho que eras tan bueno? ¡Me encanta la magia!

—Un mago ha de guardarse sus trucos para sorprender.

En ese momento suena el «cumpleaños feliz» por los altavoces y una mujer entrada en años baja las escaleras del palacete con una enorme tarta. Todos los niños se acercan corriendo a mirarla con ojos golosos y Matt cierra los ojos muy fuerte para pedir un deseo y soplar las velas. Todos cantan y gritan a su alrededor y le dan sus regalos mientras la anciana y Jeray cortan el pastel con un gran cuchillo para servirlo en los platos de colores.

Azael se sirve un trozo y se sienta junto a un grupo de madres, que le sonrían con anhelo sin atreverse a probar aquel pecado de azúcar y nata. Ni la tarta tampoco. Ríen, charlan, coquetean, y pierden la noción del espacio y el tiempo. De pronto, uno de los niños grita a pleno pulmón con un alarido tan agudo que desgarrar el aire. Dan, Azael y un generoso grupo de padres se levantan a toda prisa y corren hacia el origen del grito, y lo que encuentran les hace gritar a ellos también. Detrás del castillo hinchable, un hombre yace en el césped sobre un charco de sangre y con más de un centenar de puñaladas sobre el pecho y abdomen.

—¡Papá! —grita uno de los niños, al que Dan retiene rápidamente para que no vea la escena.

Junto al cadáver, sentado contra el castillo hinchable, se encuentra Jeray con la mirada perdida en algún punto lejano. Sus manos y el traje de mago están empapados en sangre y aún sostiene el cuchillo entre sus dedos rígidos.

—¡Fuera, fuera! —grita Dan a los invitados—. Llevaos a los niños de aquí, joder. Que alguien los entretenga. Voy a llamar a una ambulancia.

Azael se arrodilla en el suelo junto a Jeray, manchándose de sangre las blancas mangas de la camisa y el pantalón, y le quita el cuchillo de las manos con movimientos lentos. Jeray sigue mirando al vacío en estado de *shock*, sin responder a ningún estímulo. Las lágrimas inundan los ojos de Azael cuando le pone una mano temblorosa en uno de sus hombros.



—¿Qué has hecho?

Nadie se mueve de su sitio hasta que llega la policía y les toma declaración a todos. Azael no puede dejar de mirar al niño que acaba de ver a su padre asesinado brutalmente. Su madre lo abraza y lloran juntos en un alarido que rasga el aire y el alma. El cumpleaños se ha teñido de tristeza, dolor y miedo.

Matt, el hijo de Dan, se acerca al niño con uno de sus regalos aún sin abrir y se lo ofrece con lágrimas en los ojos.

Cuando al fin se llevan el cuerpo oculto dentro de una bolsa, la mayoría de los padres se llevan a sus hijos a casa para tratar de borrar de sus mentes aquel día. Solo la policía permanece dentro de la zona acordonada, y Dan deambula por los jardines recogiendo los restos de la fiesta para arrojarlos con rabia a una enorme bolsa de basura.



—Dan, necesito un favor.

Dan sigue a lo suyo sin dar ninguna muestra de haberle escuchado y le da la espalda.

—Dan, escúchame. Necesito llevar el caso.

—¿Estás mal de la cabeza? —le pregunta dándose la vuelta de pronto. Su expresión es grave y cansada—. Estás suspendido de empleo y sueldo.

—Por eso necesito un favor. Seguro que tú puedes...

—No.

—Vamos, no puede ser muy difícil. Mueves unos hilos por aquí, otros por allí y...

—¡He dicho que no! —grita lanzando con fuerza la bolsa de basura contra el suelo—. Después de todo lo que has hecho, ¿crees que voy a dejar que te metas en esto?

Azael lo mira con el desconcierto pintado en el rostro sin saber qué decir.

—Yo no tengo la culpa de...

—Tú has traído a ese psicópata al jodido cumpleaños de mi hijo. Tú eres el culpable de que un hombre haya muerto, de que una mujer haya quedado viuda y de que un hijo se haya quedado sin padre —estalla sin aguantarse nada dentro, señalándolo con un dedo acusador—. Tú te has buscado que te abran una investigación y yo no voy a ayudarte. Esta vez no.

Azael se queda allí de pie, boquiabierto y turbado, observando cómo Dan sale de aquel jardín con paso firme y desaparece dejándolo solo en mitad de aquel sueño roto con aroma a azúcar y sangre.

Azael se encuentra hundido en una silla de la comisaría principal de Los Ángeles, con la camisa a medio abotonar y el pelo revuelto. La sangre que mancha su traje se ha secado y ahora tiene un color marrón oscuro que le otorga un aspecto grotesco. Su mirada está fija en el suelo, no parpadea ni reacciona al movimiento que hay a su alrededor. Está sumido en un profundo mutismo y solo sale de su hechizo cuando una agente le pone una mano en el hombro.

—Señor Grigori, ha preguntado por usted. Puede pasar a verlo, pero solo un par de minutos.

Azael le hace un gesto de agradecimiento sin conseguir formar una sonrisa y camina con pesadez tras ella hacia la sala de interrogatorios. La sala es pequeña y fría, con una mesa en el centro a la que Jeray se encuentra esposado. La mujer entra con ellos y se queda junto a la puerta, vigilante.

—¿Cómo te encuentras? —le tiembla la voz al preguntar.

—Me han tratado bien, son amables —responde Jeray con cortesía.

—Ya sabes a lo que me refiero —insiste Azael, sentándose despacio al otro lado de la mesa—. ¿Qué te ha pasado?, ¿por qué...?

—Era él —dice sin más, mirándose las muñecas esposadas.

—¿Era quién?

Azael lo mira con el ceño fruncido unos instantes intentando leer en su expresión algo que pueda darle alguna pista, pero su rostro permanece sereno e inmutable. De pronto el abogado abre la boca y ahoga un grito de sorpresa.

—El sospechoso del incendio.

Jeray asiente muy despacio, como si la cabeza le pesara como el plomo, y entonces fija sus clarísimos ojos en él.

—Tenías razón. Siempre la tuviste —suspira dejando que una gruesa lágrima se deslice sobre su piel—. Nunca pude perdonarle, ni a él ni a Dios. Es lo que me decía para poder vivir sabiendo que ese malnacido se había

llevado a mis niñas. Y llegué a creérmelo. Pero lo vi ahí, disfrutando del cumpleaños como si tal cosa, sin sentir el más mínimo arrepentimiento...

—¿Y la respuesta fue matarlo? ¿Por qué no llamaste a la policía? ¿Por qué no me avisaste? Podríamos haber hecho justicia —pregunta Azael con la desesperación aflorando en sus ojos húmedos.

—De nada habría servido. No hubo pruebas ni testigos, ya lo sabes. Solo me quedaba una opción.

—¡Siempre hay más opciones!

—Creía que eras tú el que decía que había que hacer caso a los instintos, que perdonar a los que nos ofenden son solo palabras vacías de un Dios ausente.

—¡Pero matar nunca es la respuesta! —grita golpeando la mesa con los puños de forma que arrastra la silla hacia atrás al levantarse—. ¡La vida es lo único sagrado! ¡Es lo único que importa!

Azael se da la vuelta, dándole la espalda a Jeray, y se pasa una mano por el pelo. Se vuelve a girar y junta su frente con la de su empleado, poniendo las manos sobre sus mejillas.

—Prometí cuidar de ti, y eso pienso hacer —le susurra antes de posar un beso en su frente—. Hemos acabado, agente.

La mujer abre la puerta de la sala y sale detrás de Azael, cerrando con llave.

—Debería ir a descansar, señor Grigori. No lo trasladarán hasta mañana, puede marcharse tranquilo. Lo llamarán para testificar en unos días, así que no salga de la ciudad —le informa. Azael asiente con aire ausente—. Me aseguraré personalmente de que lo traten bien, no se preocupe.



Pocos días después lo llaman para testificar en la primera vista. No es la primera vez que testifica en un juzgado, pero sí la primera vez que se le ve tan nervioso y angustiado. No deja de jugar con los gemelos de su blanca camisa ni de balancearse cambiando el peso de un pie al otro. De vez en cuando le dirige alguna mirada a Dan, que también ha sido llamado como testigo, pero este le evita el contacto ocular.

Toda una serie de testigos va desfilando por el estrado para relatar los hechos desde su punto de vista. Poco puede aportar cada nuevo declarante que no haya dicho el anterior, ya que nadie vio cómo ocurrió en realidad.

—Usted fue quien contrató al acusado para actuar como mago en el cumpleaños infantil, ¿no es cierto? —le preguntan cuando llega su turno.

—Sí, así es.

—¿Por qué le contrató?

—Jeray había sido animador infantil, pensé que lo haría bien, y así fue — responde con un tono de voz mucho más bajo de lo que es habitual en él—. Después de todo por lo que ha pasado, creí que le vendría bien volver a sentirse bien consigo mismo, sacarles una sonrisa a esos niños y todo eso — añade haciendo un gesto con la mano.

—Usted y el señor Jeray Whitefall tenían una relación bastante estrecha. ¿Podría contarnos a qué se refiere con «después de todo por lo que ha pasado»?

—¿Es de verdad relevante?

—Responda, por favor.

—Está bien —cede y se pasa la mano por el pelo—. Su esposa y su hija fallecieron en un incendio hace años y, después de eso, estuvo viviendo en la calle hasta que yo le di un trabajo y una oportunidad de volver a empezar. Entienda que no debieron ser años fáciles, habiendo perdido todo cuanto tenía y quería. Y cuando vio que el único sospechoso del incendio estaba allí...

—Lo apuñaló con un cuchillo ciento treinta y siete veces —concluye el abogado—. ¿Cree usted, señor Grigori, que fue premeditado?

—¿Qué? No, por supuesto que no —responde con indignación—. Jeray no tenía ni idea de que ese hombre iba a estar en el cumpleaños. Se suponía que iba a ser una tarde alegre, llena de azúcar y de canciones absurdas.

—Entonces dice que fue algo impulsivo. ¿Diría que el señor Whitefall es un hombre agresivo o peligroso?

—En absoluto. Jeray es el hombre más paciente y calmado que he conocido en toda mi existencia. Y créame, eso es más de lo que cree. Nunca lo he visto alterado, jamás ha tenido un mal gesto ni una mala palabra. Todavía no entiendo cómo ha podido ocurrir todo esto...

—Muchas gracias. Eso es todo, señor Grigori.

—Espere —dice Azael de pronto abriendo mucho los ojos y recuperando su tono de voz habitual—. Eso es: ¡Jeray no es así! Él jamás le haría daño a una mosca. Ha debido de ocurrirle algo por dentro, algo que le haya

trastocado, que lo haya cambiado.

—Explíquese.

—Creo que cualquiera que conozca a Jeray podría afirmar que él no es así, y que en el momento del incidente no estaba en pleno uso de sus facultades. Incluso estuvo en estado de *shock* después de apuñalarle. Un verdadero asesino habría huido de la escena del crimen.

—¿Sugiere la posibilidad de que haya sufrido algún tipo de trastorno mental?

—Sí, eso es. Está claro: no puede haber otra explicación. La mente es capaz de hacer cosas increíbles. A veces, también terribles.

—Tendremos en consideración su testimonio para una evaluación psiquiátrica. Muchas gracias, señor Grigori. Puede retirarse.

Cuando termina la vista, Azael aborda a Dan en el pasillo del juzgado con la intención de impedir que se le escape.

—Dan, vamos, no puedes dejar de hablarme así sin más.

—Oye —le dice por fin, parando en seco su paso y encarándolo—. No estoy cabreado, ¿vale? Es solo... Aún tengo la cara de terror de mi hijo grabada en la retina. Y cuando se enteró mi mujer...

—Exmujer.

—Sí, bueno. Tenías que haber visto la que me montó.

—Puedo hacerme a la idea —responde Azael con las manos en los bolsillos—. Mira, Dan, lo siento. De verdad, sé que no lo digo muy a menudo, pero me importas y sé que el cumpleaños de Matt era importante para ti, y siento haberlo fastidiado todo. Aunque, para ser justos, yo tampoco tengo la culpa.

—Lo sé, Az, lo sé —suspira Dan—. Se me pasará, solo necesito un poco de espacio y un tiempo tranquilo sin más líos. Ya estoy lidiando con demasiados frentes.

Azael asiente con el ceño fruncido y murmura un «claro» mientras observa, quieto en mitad del pasillo, cómo Dan se aleja hasta salir del edificio.

Los siguientes días transcurren despacio, como cuando miras con fijación el reloj esperando a que suene un timbre. Azael se pasa dos semanas viviendo prácticamente en la prisión donde tienen a Jeray de forma preventiva, como si estuviera cumpliendo condena con él. Llega incluso a dormir allí alguna que otra noche, en uno de los bancos de la sala de visitas o junto a la garita del guarda nocturno. Solo le hace falta sacar un pequeño puñado de billetes y

llevar unos cuantos cafés para que hagan la vista gorda. Incluso uno de los guardias comparte sus horas jugando a las cartas con él.

Conforme van pasando los días, el aspecto de Azael se deteriora tanto como si fuese él mismo quien está encerrado tras los barrotes. Su pelo revuelto combina con su barba de varios días y la camisa arrugada ha perdido su blancura radiante. Desprende un aura desaliñada con tintes de locura, con los ojos rojos por el humo que lo envuelve al encenderse un cigarrillo tras otro.

—Oye, vete a casa —le dice por fin uno de los guardias nocturnos con los que está jugando al dominó—. Hace días que no te mueves de aquí y solo te he visto beber café.

—Estoy bien —responde él con los ojos fijos en las fichas blancas, iluminadas por un potente flexo de luz amarilla.

—Mañana es el traslado. Vete, come algo y duerme un poco. Querrás acompañarlo cuando lo lleven al hospital, y en estas condiciones... Con todo el respeto, pero podrían confundirte con uno de los nuevos ingresos.

Azael se mira el traje y se gira para ver su reflejo desdibujado en uno de los cristales de la garita, dándose cuenta de pronto de su estado. Con un suspiro, da la vuelta a sus fichas y se termina el café frío y amargo de la máquina.

—Supongo que tienes razón, *tipo gruñón que vigila cámaras de seguridad por la noche*.

—Pat —dice, señalando con un dedo su carnet identificativo sobre el uniforme.

—Eso. Tienes razón, Pat. Me iré a casa. Gracias por... Bueno, gracias.

Azael se levanta con la poca dignidad que le queda y se marcha de aquel antro de acero y cemento. Cuando llega al aparcamiento, se da cuenta demasiado tarde de que esta vez no podrá ir en el asiento del copiloto y tiene que ser él mismo quien conduzca el deportivo negro hasta la otra punta de la ciudad para llegar al Hades.

Interludio 5

La humedad y el calor de la selva se pega sofocante a la piel. Todo es verde y tierra, lluvia y vida. El eco salvaje de los animales resuena entre los troncos infinitos de los árboles y se extiende allá donde empiezan las montañas. Están agitados, lo sienten.

Un jaguar salta con el sigilo de una pluma desde el tronco de un árbol cercano. Se acerca con paso lento observando a aquel hombre, moviendo el rabo con cadencia irregular. Azael está arrodillado junto a un río. Tampoco él le retira la mirada al enorme felino. Con movimientos tranquilos, hunde sus brazos en el río y ofrece al animal un poco de agua entre sus manos desnudas. El jaguar, confiado, bebe de él sin miedo y después se recuesta a su lado.

De pronto una explosión rompe el murmullo del río y las aves exóticas alzan el vuelo espantadas. El jaguar ha salido huyendo con una velocidad y un sigilo sin igual que lo hacen casi invisible. Algo va mal.

Azael corre apartando las hojas que le cierran el camino, saltando las raíces que amenazan con enredarse entre sus pies. Otro estallido. Los gritos y los llantos van llegando a sus oídos según se acerca a la linde de un claro y, desde los últimos árboles, se vislumbran decenas de chozas familiares construidas con troncos y maleza. Los insectos zumban alrededor de los hombres, mujeres y niños que yacen moribundos esparcidos por el poblado con su piel mancillada de llagas. Su fiebre es tan alta que apenas pueden ponerse en pie. Otro estallido y el aire se impregna en pólvora.

Al otro lado del claro, próximo a la costa, una brigada de hombres ataviados de acero penetra la selva armados con espadas y mosquetes. Uno de ellos carga el arma y se escucha otro nuevo disparo. A pocos metros, un indígena que había conseguido erguirse cae de espaldas con el pecho atravesado por el proyectil. Ninguno de los otros tiene fuerzas ni valor suficientes para enfrentarse a aquellos monstruos de metal y fuego.

De pronto, un hombre desarmado y vestido con una sencilla túnica marrón sale de entre los conquistadores con una cruz atada al cuello.

—No temáis —dice el monje envalentonándose y avanzando en primer

puesto—, pues venimos a enseñaros el camino de Dios. Abandonaréis a vuestros falsos dioses y os enseñaremos todo cuanto habéis de saber sobre el único y verdadero Dios.

Un niño de no más de nueve años sale repentinamente de entre la espesa maleza blandiendo una lanza y, con un grito de guerra, la arroja contra los hombres. Antes de que la lanza haya abandonado del todo su tierna mano, otro disparo desgarró el aire y también su cráneo.

Amanece de nuevo con un sol que parece no tener prisa por alumbrar el nuevo día. Azael lo observa alzarse sobre el horizonte a través de las paredes de cristal del gimnasio mientras descarga su fuerza sobre un saco de boxeo. La música suena atronadora en sus oídos, aislándolo del mundo, golpe tras golpe; sigue sonando en el equipo de su ático cuando se mete en la ducha y, más tarde, en el interior de su coche.

Azael se enciende uno de sus cigarrillos mentolados apoyado en la puerta del coche, que ha aparcado en la parte trasera del hospital. Juega con el mechero entre sus dedos, ansioso, sin apartar la mirada del camino de entrada al recinto, y da una calada tras otra sin moverse. Cuando al fin ve llegar el furgón policial, tira el cigarro al suelo para pisarlo, y sigue de cerca a Jeray, adentrándose en el edificio.

—Moveré algunos hilos, no te preocupes por nada —le dice Azael pisándoles los talones a los policías que lo llevan esposado—. Haré lo que haga falta para que se haga justicia.

—Aléjese, por favor —le espeta uno de los agentes.

—¿Me has oído? Lo que sea. No vas a pasar tu vida en esa cárcel.

—No te preocupes por mí —le responde Jeray con media sonrisa cansada—. Sé que no voy a volver allí. Ten por seguro que se hará justicia.

Azael se queda plantado detrás de las puertas de acceso restringido que acaban de atravesar, retenido por los celadores del hospital, que le niegan el paso. Se pasa una mano por el pelo y gira en derredor sin saber adónde dirigirse ni qué hacer a continuación. Decide sentarse un rato en uno de los duros bancos del pasillo con la vista clavada en aquellas puertas que se abren y cierran cada vez que alguien las ronda. Se puede distinguir un pasillo largo con múltiples puertas a ambos lados y una recepción con ventanas de cristal al fondo.

—¿Qué haces *tú* aquí? —le pregunta una voz de mujer de pronto a sus espaldas.

Azael levanta la cabeza de sus manos y se gira para ver de quién se trata y, al reconocerla, la expresión de su rostro cambia por completo. Allí de pie, junto a una máquina expendedora, Ruth, la chica pelirroja del Infierno se encuentra sujetando un pequeño vaso de papel con café. Va vestida con una bata blanca y, bajo el otro brazo, lleva una gruesa carpeta amarilla.

—Ruth... —susurra Azael con la boca entreabierta, incapaz de articular una palabra más.

—¿Me estás acosando? —pregunta ella con la voz temblorosa—. Puedo llamar a seguridad ahora mismo.

—¿Qué? —responde él confundido— No, yo no... No sabía que trabajabas aquí.

—Ya, claro. Entonces, ¿qué haces aquí? ¿Y qué eran todas esas flores? ¿Cómo averiguaste dónde vivía?

—Yo... —balbucea con la mirada perdida—. Han ingresado a un amigo. Un buen amigo. Siento lo de las flores, no pretendía molestaros, solo me sentía responsable por lo de aquella noche. Al fin y al cabo, era mi local.

Ruth lo observa desde la máquina de café con el ceño fruncido y un brillo de miedo en la mirada. Se fija en su pelo despeinado y en las ojeras que adornan su rostro.

—No has dicho cómo averiguaste nuestra dirección —le increpa con dureza y se acerca unos pasos.

—La busqué en la guía —miente a medias—. Tu hermana me dijo su nombre, no fue difícil.

La explicación parece convencer por el momento a la pelirroja, que se acerca más a él, aunque con paso cauteloso, y le ofrece el café que lleva en la mano.

—El café es una mierda, pero, si acaban de ingresar a tu amigo, vas a pasar un buen rato aquí hasta que alguien salga a decirte algo. Los papeleos de psiquiatría no son el punto fuerte del hospital.

—Gracias —responde aceptando el café—. Siento lo que pasó, no debí insistir. Al menos recuperasteis la cámara.

—Sí, es muy importante para Helen. Gracias —dice, sentándose finalmente a su lado con el cuerpo muy tenso—. Oye, no sé qué pretendías, pero, para que ninguno tenga la impresión equivocada, no estoy interesada.

—Interesada, ¿en qué?

—En... ti. Soy lesbiana. Y no, no me apetece explorar cosas nuevas ni ninguna gilipollez parecida —salta a la defensiva.

—Oh —responde Azael levantando una ceja—. Está bien. —Se encoge de hombros—. Nada de sexo. Pero, antes de que te rindas conmigo, quiero que sepas que soy bueno en muchas otras cosas. Se me da especialmente bien beber, es verdad, pero tengo otras cualidades. Puedo ser un buen amigo.

Al pronunciar la última palabra, Azael gira de nuevo la cabeza y sin disimulo hacia las puertas intentando ver algo.

—Y este amigo tuyo... ¿por qué lo han ingresado?

—Van a hacerle una valoración psiquiátrica. De ello depende que vaya o no a prisión —suspira con pesimismo—. No puedo dejar que lo envíen allí, él no se merece esto. Tengo que salvarle.

Ruth lo mira con recelo y la duda se refleja en sus ojos claros. Ella también mira ahora en la misma dirección que Azael, que sigue fijo en aquellas puertas rojas como atraído por un imán.

—Ya te he dicho que va a tardar... pero quizá pueda preguntar cómo va.

—¿Harías eso? Te estaría muy agradecido.

—Claro. Saldré cuando pueda a decirte algo.

Ruth se levanta y desaparece tras las puertas, perdiéndose en la distancia de aquel pasillo infinito. Azael se recuesta sobre su incómodo asiento y rebusca algo en el bolsillo interior de su chaqueta. Saca una pequeña petaca de plata grabada y le añade un chorro generoso de licor al corrosivo café que le ha dado la chica, dispuesto a esperar cuanto haga falta.

Después de varias horas, innumerables cafés con sus respectivos aliños y un par de kilómetros recorridos en círculos en una misma sala de espera, Azael por fin levanta la cabeza con esperanzas al ver salir a Ruth. Se acerca a ella casi corriendo.

—¿Y bien?

—Ya está hecho el papeleo. Y ya que parecía tener tanto interés en su caso, me lo han asignado —le dice mirándolo a los ojos desafiante—. ¿Algún inconveniente?

—En absoluto —sonríe Azael como hace tiempo que no lo hacía—. Al contrario, estoy seguro de que estará en buenas manos. Y ahora, ¿qué?

—He estado hablando un rato con él, está tranquilo. Le haré la primera evaluación formal mañana. Ahora está con el psiquiatra, mi supervisor. Tardaremos un par de días como mucho; mientras, estará en observación.

—Bien, bien —asiente con aire pensativo—. ¿Hay algo que pueda hacer

por él o para facilitaros la evaluación?

—No, de momento está todo bajo control y seguimos el protocolo. Es mejor para todos que no interfiera nadie.

—Lo entiendo. Toma, te dejo mi teléfono —le dice sacando una tarjeta de visita—, por si en algún momento necesitáis algo. O por si te apetece tomarte algo también.

Ruth acepta la tarjeta con incomodidad, la engancha con el sujetapapeles de su carpeta y carraspea sin saber qué decir.

—Oye, sé que no te caigo demasiado bien, pero ese hombre me importa. Necesito saber que está bien y que lo tratarán como es debido. Ya ha sufrido demasiado.

—Lo trataremos con toda la profesionalidad y respeto, por eso puedes estar tranquilo —responde Ruth algo ofendida—. Por ahora se encuentra bien. No ha dado ningún problema, solo está un poco... retraído, quizá. Es normal, es una situación complicada.

—¿Puedo verlo?

—No hasta que terminemos la evaluación. Quizá mañana a última hora, o pasado.

—¿Podrías avisarme cuando pueda hacerle una visita? —pregunta, dando unos toquitos con el dedo sobre la tarjeta.

—Sí, supongo que sí.

—Genial, gracias. ¿Y querrías cenar conmigo esta noche? Como amigos —se apresura a añadir.

—Creo que es mejor que te vayas a casa.

—Vale, está bien —responde con las manos alzadas en señal de paz—. Ya sabes dónde encontrarme.

Azael mete las manos en los bolsillos y se marcha echando un último vistazo a las puertas rojas y a la psicóloga, que ya se ha perdido entre el torrente de batas blancas que deambulan por el pasillo de la máquina de café.

Atraviesa el pequeño aparcamiento y se mete en su coche, estira los brazos sobre el volante, pero sin arrancar. Se queda allí un buen rato mirando el cielo anaranjado del atardecer a través del parabrisas. Suena música clásica suave en los altavoces. Un par de sonatas después, la melodía se interrumpe dando paso al pitido del manos libres. Azael descuelga con rapidez el teléfono desde los mandos del volante cuando ve el nombre de Dan en la pantalla del deportivo.

—Así que por fin me vuelves a hablar.

—Supongo que habrás leído el mensaje.

—¿Qué mensaje? —frunce el ceño mientras saca su móvil del bolsillo.

—El que te envié anoche.

—Lo siento, anoche estaba... No me encontraba bien.

—Ya... Oye, me he acercado al Infierno, pero no estás...

—Estoy en el hospital, quería asegurarme de que todo va bien con Jeray.

—Oh —se hace una pausa incómoda entre ambos—. Bueno, tengo que hablar contigo. ¿Podrías pasarte por aquí en algún momento?

—Claro, enseguida voy. ¿Va todo bien?

—Te esperaré aquí —responde esquivo.

—Sírvete una copa mientras tanto, invita la casa.

—Vale, eh... Hasta ahora.

Azael mira la pantalla de su móvil y entonces lee el mensaje de la noche anterior: «Mañana se reúne la comisión deontológica en la comida para discutir tu caso. Puedes venir a presentar alguna defensa».

—Mierda —murmura para sí mismo al fijarse en la hora.

Conduce, como tantas otras veces, a toda velocidad por la autopista con la habilidad de un piloto de carreras. Cuando llega al Infierno, la luz del crepúsculo casi ha desaparecido entre la oscuridad refrescante de la noche. Al entrar en el local, lo encuentra aún vacío con sus chicos limpiando y poniendo a punto todo para empezar la noche, y a Dan sentado en la barra removiendo su copa con mirada ausente.

—Por fin te has pasado al whisky —dice Azael a modo de saludo.

—Sí... Necesitaba un extra de valor.

—¿Qué pasa? Estás empezando a preocuparme.

—El comité se ha reunido. Y tú no te has presentado.

—No he visto el mensaje hasta hace un rato —confiesa—. He estado con la cabeza en otra parte.

—Ya me hago una idea...

—Y... ¿cuál es el problema? ¿Qué han dicho?

Dan toma aire, pero se deshincha como un globo un par de segundos después, librando una batalla interna.

—Mira, no me resulta fácil decirte esto.

—Vamos, adelante, suéltalo de una maldita vez. ¿Crees que no voy a poder soportarlo?

Dan coge el vaso, se termina el whisky de un trago, cierra los ojos muy fuerte y se aclara la garganta ruidosamente.

—Han tirado de la manta, Az. Han encontrado muchas irregularidades en tu corta trayectoria como abogado, así que han decidido revocarte la licencia. No podrás volver a ejercer.

Los dos se quedan en silencio, Azael mirando a Dan y este, a su vaso vacío. El camarero, que, por la distancia a la que se encuentra, ha sido incapaz de evitar escuchar la conversación, les sirve a ambos otra copa bien cargada sin decir nada y se retira para darles espacio.

—No puedo decir que no me lo esperara —responde al fin—. En realidad, creo que he aguantado dignamente bastante tiempo. No es que haya sido el empleo más largo que he tenido, pero no ha estado mal. Siempre me quedará volver a pastorear ovejas.

Dan lo mira como si estuviera hablando en un idioma desconocido y sigue bebiendo sin apartar la vista de él.

—Pastorear ovejas —repite—. Has pastoreado ovejas.

—Sí, te sorprenderá, pero no siempre he ido vestido con trajes italianos.

—¿Qué más has hecho? Por curiosidad.

—¿Acabas de despedirme y quieres que te cuente confidencias?

—Te di oportunidades sin apenas conocerte. Nunca me has contado casi nada de ti, creo que me lo merezco. Y además estoy un poco bebido, así que sí.

Azael arquea una ceja y suspira estirándose la chaqueta del traje. Coge su copa y le da un trago con el codo apoyado en la barra.

—Está bien, como quieras —toma aire—. He sido bróker, pastor de ovejas —empieza a enumerar con los dedos—, trovador, profesor, empresario, médico, niño, piloto, herrero, pescador, astrónomo...

—Deja de burlarte de mí.

—Eres tú quien ha preguntado. —Se encoge de hombros.

—Tendrías que vivir mil años para hacer todo eso —se ríe Dan con sorna.

Azael no dice nada y se queda mirando el reflejo que le devuelve el muro de cristal tras las botellas de la barra.

—Y tal vez mucho más... —murmura.

—Pero vale —dice Dan dando un manotazo al aire—. Al fin y al cabo, soy tu exjefe, lo entiendo. Si te sirve de consuelo, mi padre quiso enseñarme el valor del trabajo duro, así que me hizo servir hamburguesas en la cafetería de la facultad para pagarme mis gastos. Cuando salí de la universidad, fui directamente a su bufete. Patético, ¿verdad?

—Te gusta lo que haces, ¿por qué iba a serlo?

—A veces me pregunto si realmente me gusta lo que hago o si solo adopté el rol que me asignaron.

—Entonces vuelve a empezar. Haz algo que te apasione. Solo tienes esta vida. Créeme.

Los dos se quedan pensativos delante de sus respectivos vasos, bebiendo en silencio y disfrutando de la compañía mutua. Cuando los primeros clientes empiezan a entrar en el local, Dan alza el vaso y brinda bebiéndose el último trago con teatralidad.

—Por tu corta carrera como abogado, pastor de cabras.

—De ovejas.

—De lo que sea —vocaliza con cierta dificultad mientras le da dos palmadas en el hombro—. Cuídate, ¿vale?

—Descuida. Deja que te llame a un taxi.

Azael pasa toda la noche en vela incapaz de cerrar los ojos. Quizá no quiere hacerlo por no sucumbir a las pesadillas. Mucho después de pedir el taxi para Dan, él sigue en el Infierno, copa tras copa, sentado en su palco de terciopelo negro y observando el espectáculo de sensualidad y fuego de sus chicos del escenario.

De vez en cuando le interrumpe alguna visita y no duda en aprovechar la oportunidad para entregarse a algún que otro encuentro íntimo a pesar de la escasa discreción. El sexo no es lo único que comparte en multitud en aquel pequeño habitáculo; la mesa se encuentra espolvoreada de un tenue rastro blanquecino allí donde antes había una cantidad obscena de cocaína perfectamente dispuesta en rayas iguales.

Tras su cuarta dosis, Azael observa desde lo alto, con los ojos inyectados en sangre y la camisa de su traje empapada en sudor, cómo un hombre se acerca a Nevaali, la espectacular acróbata nigeriana del Infierno. Tras varios intentos de acercamiento rechazados por la bailarina, el hombre la agarra con brusquedad del cuello y Azael no tarda ni un segundo en levantarse y bajar, saltando los escalones de tres en tres, para romperle la cara de un puñetazo que lo lanza al suelo. El hombre se levanta trastabillando, escupiendo la sangre que le chorrea a borbotones de la nariz y la boca, y se lanza con el peso de todo su cuerpo contra Azael, quien no duda en volver a asestarle otro derechazo como si se tratase de su saco de boxeo del Hades.

Los dos se enzarzan en una pelea animada por el alcohol y las drogas, se lanzan contra la barra del bar, contra los taburetes, contra el suelo de mármol... Las personas que quedan a su alrededor se apartan en un círculo curioso. Susurran entre ellos que deberían llamar a la policía, pero ninguno se atreve por ser Azael el dueño del local. Es él el primero en abrirle una ceja al otro y lanzarlo contra una de las paredes con una patada en el pecho. Agarra una botella de detrás de la barra y se acerca a su oponente amenazador, pero el hombre no se levanta ni responde. La cara de Azael cambia en apenas un par de segundos y deja caer la botella, que se estrella salpicándole los zapatos de

licor. Se acerca al hombre corriendo y se arrodilla junto a él. Apoya su oreja contra su pecho y pide a gritos que apaguen la música. Después pega su boca a la del hombre intentando reanimarlo, pero se da cuenta de que su pecho apenas se expande. Le abre la camisa de un tirón y recorre su torso con cuidado.

—Tiene una costilla rota, creo que le ha perforado el pulmón. Llamad a emergencias. ¡YA!

En poco más de diez minutos, las puertas de una ambulancia se cierran con el hombre intubado en su interior. Cuando arranca, todos los que estaban observando con morbo la escena se dispersan como cucarachas espantadas por la luz del sol. Azael se sienta a la entrada del Infierno y se enciende un cigarrillo mientras observa el rosado amanecer que asoma tímido entre los rascacielos. Una agente de policía le toma declaración por la paliza y le sugiere que no se vaya muy lejos los próximos días, por si termina denunciado. Azael se encoge de hombros y sigue fumando con la mirada perdida como si aquello no fuese con él.

Largo rato después, cuando el sol ya baña las calles con rayos tibios y la muchedumbre de la ciudad comienza a desperezarse, Azael vuelve a entrar al Infierno, ahora vacío y recogido por sus eficientes chicos, y cierra con llave el local para dejarse caer sobre el diván de su despacho sin que nadie le moleste.

—Cuando solo estabais vosotros, todo era mucho más fácil —murmura contemplando el acuario iluminado.

Sigue con su mirada el nadar lento y sosegado de sus exóticos peces intentando mantener los ojos abiertos, pero tienen un efecto sedante y, poco a poco, se va hundiendo en un sueño intranquilo. Se rebulle en el diván. Pronto su respiración se vuelve agitada y entrecortada. Sus ojos se mueven a toda velocidad tras sus párpados cerrados y las lágrimas comienzan a empaparle las sienes y las raíces de su pelo negro. Ahoga un grito que amenaza con estallar en su pecho y un murmullo ininteligible brota de sus labios. Los minutos se transforman en horas y el sudor le baña el cuerpo, de modo que la camisa blanca se le pega a la espalda. Todos los músculos se le tensan y cierra los puños con fuerza hasta que los nudillos pierden su color. Su pecho sube y baja a toda velocidad hasta que el timbre de su teléfono móvil rompe el hechizo de la pesadilla. Azael abre los ojos de golpe con un grito y jadea mirando a su alrededor, desorientado y febril. Cuando consigue alcanzar el teléfono, un número más largo de lo usual aparece en su pantalla, pero la llamada termina antes de que pueda responder. Apenas unos segundos después,

recibe un mensaje de texto de un móvil desconocido informándole de que han terminado la evaluación de Jeray.

Añade el número a su lista de contactos asumiendo que es Ruth quien le envía el mensaje y después se queda un buen rato sentado en el borde de su diván con una mano sobre el rostro tratando de respirar con normalidad. Mira el reloj digital de su móvil y suspira: las 13:27. Se ha pasado toda la mañana durmiendo.

—Joder —murmura para sí.

Se levanta y rebusca entre los cajones y armarios de su despacho hasta encontrar una camisa de repuesto. Se quita la suya, aún húmeda del sudor de las pesadillas, y, al desabrocharse los puños, puede ver que las cicatrices de sus muñecas están rojas, mucho más rojas que la última vez que se detuvo a contemplarlas. Con cuidado, se lleva el pulgar izquierdo a la muñeca derecha y la roza con suavidad como si fuera una herida abierta. Al instante retira la mano, como si quemase, como si un hierro candente e invisible estuviera aún ahí, marcándole la piel.

Retira la mirada con gesto preocupado y comienza a abotonarse la nueva camisa con prisa. Una vez está listo, sale con paso firme del Infierno. El motor de su deportivo rugido cuando se monta en él y conduce en dirección al hospital adueñándose de la carretera. Cuando llega a su destino, se acerca al mostrador de recepción con la mirada un tanto desquiciada y el enfermero lo observa con desconfianza.

—¿Puedo ayudarle?

—Sí, sí, quería hablar con Ruth.

—¿Tiene usted cita?

—No, no. No soy paciente suyo, pero creo que me está esperando.

—Discúlpeme un segundo —dice el hombre justo antes de desaparecer tras una puerta detrás del mostrador. Al cabo de un par de minutos, vuelve a aparecer—. Está en su hora de descanso, tendrá que esperar a que vuelva.

—Entiendo, gracias.

Azael se separa del mostrador y mira a su alrededor desorientado. Delante de él se cruzan dos mujeres con bata blanca que llevan un café y una manzana, y Azael parece encontrar su camino en la dirección de la que proceden. Después de serpentear por varios pasillos blancos, consigue llegar a la cafetería del hospital, que está llena de mesas organizadas de forma metódica y cuadriculada para aprovechar al máximo el espacio. Azael estira el cuello buscándola hasta que logra dar con ella. En una esquina alejada, junto a una

ventana, está sentada en una mesa, sola y absorta mirando el móvil mientras le da un mordisco a un sándwich vegetal. Apenas logra ahogar un grito de sorpresa y miedo cuando Azael se sienta sin previo aviso justo frente a ella.

—Joder, qué susto, ¿es que no puedes preguntar como todo el mundo?

—¿Puedo?

Ruth pone los ojos en blanco y suspira con fuerza.

—¿Qué quieres?

—He recibido tu mensaje. Imaginaba que era tuyo.

—Eres un lince —responde ella enarcando una ceja y dándole un sorbo a su refresco.

—¿Y bien? ¿Qué opinas sobre Jeray? Tuvo un brote para hacer algo así, ¿verdad?

Ruth lo escudriña con atención, dejándose caer cómodamente sobre el respaldo de su asiento mientras lo evalúa.

—¿Quieres oír la verdad? No creo que Jeray deba estar aquí.

—¿Qué? Pero si él... Está claro que no está en uso de sus plenas facultades —responde inclinándose sobre la mesa.

—En mi opinión, está perfectamente lúcido. Tiene plena conciencia de lo que ha hecho y de cuáles son sus consecuencias.

Azael abre la boca, pero de ella no sale más que un leve quejido. Se pasa una mano por el pelo y mira nervioso a su alrededor para después inclinarse aún más sobre la mesa y hablar con apenas un susurro.

—Pero ¿cómo es posible? Lo conozco: él nunca haría algo así. No puede estar bien de la cabeza, tuvo que ocurrirle algo.

—Mira, no debería estar hablando de un paciente con alguien que ni siquiera es familiar suyo, pero, la verdad: tenía un móvil más que claro. Él mismo lo dijo nada más llegar: aquel hombre fue el responsable de la muerte de su familia. Es un claro homicidio pasional —responde entrelazando los dedos de sus manos sobre la mesa delante del sándwich a medio comer—. Quizá no lo conocías tan bien como pensabas. Es complicado saber cómo reaccionaría alguien en una situación así.

—¿Claro que lo conozco! —estalla dándole un puñetazo a la mesa y derramando el refresco— No tienes ni idea —añade señalándole con un dedo—. Ni idea. Esto no puede quedar así, no voy a permitirlo.

El pánico se refleja en los ojos de Ruth, que comienza a hiperventilar cuando Azael se levanta de la mesa y le da la espalda. Cuando sale de su campo de visión, la psicóloga busca rápidamente su vaso de refresco, ahora

semivacío, y vomita los pocos bocados del sándwich sin darle tiempo a correr hacia el baño.

Azael llama con los nudillos a la puerta y entra en la habitación del hospital donde está Jeray sin esperar a que lo inviten.

—Enseguida me marchó —dice con una sonrisa afable la enfermera, que le está colocando una bandeja con comida de aspecto poco apetecible.

—Muchas gracias —sonríe Jeray de vuelta.

Azael aguarda a que la enfermera salga de la habitación y cierra la puerta antes de sentarse junto a la cama de Jeray.

—Fruta, infusión y una gelatina insípida... —le dice husmeando la bandeja—. No es precisamente digno de una estrella Michelin.

—He comido cosas peores, créeme. Cuando has pasado hambre, todo alimento es más que bienvenido.

Azael se acomoda en el borde de su silla con las manos entrelazadas y mirando al suelo con el ceño fruncido.

—¿Cómo te encuentras?

—Deja de preocuparte por mí —contesta Jeray, negando con la cabeza mientras intenta cortar su medio melocotón en almíbar con una cuchara—. Céntrate en ti. Vete a casa, descansa.

—¡Como si fuera tan sencillo! —masculla Azael hundiendo los dedos en el pelo.

—Deja de intentar tener el control de todo; hay cosas que no puedes evitar.

—¿Por qué? ¿El destino? No, no pienso dejar en sus manos...

—No —le detiene Jeray—. Porque hay demasiadas variables. El mundo es demasiado complejo. Y las personas también.

Azael se queda en silencio mirándolo mientras este procede a merendar a la vez que mira distraído un concurso de la televisión que cuelga de una esquina del techo. Azael mueve con insistencia los pies y las piernas desde su silla, pero Jeray sigue absorto con el programa. Azael se levanta de pronto,

casi de un salto. No lo soporta más.

—Voy a enterarme de a quién hay que engatusar para que te den unas natillas, aunque sea.

Jeray se encoge de hombros y Azael sale de la habitación enfilando el pasillo en su búsqueda de azúcar. No tiene ningún reparo de abrir todas las puertas que se encuentra en su camino ni de abordar a todos los enfermeros, celadores y limpiadores con los que se cruza. Al fin, un par de plantas más abajo, finaliza con éxito su búsqueda del tesoro. No le resulta nada difícil colarse en las cocinas y asaltar las neveras frigoríficas. Llena una bolsa de tarrinas de helado, pudin, flanes, chokolatinas y todo tipo de fruta.

Durante el camino de vuelta, ya con menos prisa, aprovecha para atacar con alevosía varias chokolatinas de la bolsa. Atraviesa uno de los laberínticos pasillos del ala de salud mental con un pudin de chocolate a medio comer. Al segundo, se esconde tras la puerta entreabierta de una habitación, asoma la cabeza con cuidado y observa desde su escondite a Ruth, que acaba salir de una sala acompañada de una mujer de bata blanca. La pelirroja tiene los ojos hinchados, enrojecidos y húmedos, y bajo el puño puede adivinarse un paquete abierto de pañuelos. La otra mujer cierra con llave la puerta y ambas se alejan por el pasillo.

—Disculpe —susurra una voz ronca a las espaldas de Azael—. ¿Eso es pudin?

Azael se da la vuelta y encuentra a un anciano con aspecto excéntrico sentado en la cama. Su camisa de cuadros azul solo le cubre uno de sus brazos y la mitad de su pecho, al igual que sus pantalones y zapatos, que solo lleva puestos en una de sus piernas. La otra mitad de su cuerpo luce completamente desnuda.

—¿Podría darme un poco? Desde que estoy aquí, me matan de hambre.

Azael mira a su alrededor y se fija en el plato de la merienda del anciano, dividida a la perfección en dos mitades: una vacía y una llena. Frunce el ceño, se acerca lentamente al hombre y da un pequeño salto, delante de él, hacia el lado que el anciano mantiene desnudo.

—¡Eh! ¿Adónde ha ido? ¡Espere!

Azael, con una sonrisa divertida, vuelve a dar un salto hacia el lado contrario, hipnotizado con aquel hombre.

—¡Ya pensé que me iba a dejar sin pudin! —exclama desde la cama, sorprendido de verlo.

—Negligencia unilateral —murmura Azael para sí con una sonrisa de

fascinación antes de lanzarle una tarrina de pudin por su lado derecho, el vestido, para asegurarse de que pueda comérselo. Antes de volver a salir de la habitación, le gira el plato de la merienda para dejar la parte llena en el lado contrario.

Una vez de vuelta en el pasillo, Azael abre con disimulo, en un golpe seco con el hombro, la puerta cerrada con llave de la cual han salido las dos mujeres. Al entrar, descubre una sala tipo despacho con una mesa en el centro y una silla a cada lado. Una de las paredes está forrada hasta el techo con una estantería llena de gruesos libros y manuales de psiquiatría mientras la contraria tiene varios cajones archivadores. Azael trata de abrirlos, pero también están cerrados con llave. Rebusca en el escritorio y en su pequeño cajón hasta dar con un par de clips y un abrecartas, con los que consigue abrir (con más fuerza que maña) la pequeña cerradura. Cuando accede al cajón, comienza a pasar las carpetas una a una con dedos veloces hasta que encuentra la de Jeray, pero otra más llama su atención: Ruth Davis.

A lo lejos, al otro lado del pasillo, se escucha a un hombre dando voces sobre quién se ha comido la mitad de su pudin, y Azael sale del despacho agachando la cabeza para evitar la mirada de los dos enfermeros que se acercan diligentes. En una mano lleva la bolsa medio llena de postres; bajo el brazo, las dos carpetas. Se dirige de vuelta a la habitación de Jeray y le deja sobre la cama lo que ha sobrevivido del viaje a las cocinas.

—Oye, tengo que ocuparme de unas cosas —le dice con la mirada perdida—. Vendré a verte mañana, ¿de acuerdo?

—No te preocupes, estoy bien cubierto —contesta Jeray levantando la bolsa ante sí.

Poco después, Azael llega a su despacho del Infierno y arroja las carpetas sobre el escritorio antes de quitarse la chaqueta y sentarse en su silla de cuero. Durante varios minutos, las mira sin atreverse a tocarlas, mucho menos a abrirlas. Levanta la vista hacia su acuario iluminado.

—No me miréis así. No es tan horrible, es un mal necesario para salvar a alguien que necesita ayuda —dice en voz alta—. Bah, ¿qué sabréis vosotros? Solo tenéis que nadar de un lado a otro.

Al fin abre la primera carpeta, la de Jeray, aunque sus ojos se desvían de vez en cuando hacia la de Ruth. Revisa todos los informes médicos y psicológicos soltando bufidos cada pocas líneas ante el veredicto de la psicóloga. Saca un cuaderno y una pluma del primer cajón de su escritorio y anota algunos datos. Cuando termina con los papeles, se levanta y rebusca

entre sus estanterías, tirando al suelo carpeta tras carpeta, sacando algunas cajas y poniéndolo todo patas arriba.

—¡Aquí estás! —grita de pronto y le atiza un beso a un pequeño montón de papeles grapados—. Creo que con esto será suficiente. A ver quién es capaz de rechazar Malibú.

Tras una breve investigación con su teléfono móvil y un par de llamadas, consigue que le den el número personal del psiquiatra que lleva el caso.

—Doctor Stahl —le saluda a través del manos libres, recostado en su silla —, le llamo por uno de sus pacientes, Jeray Whitefall; creo que lo recordará.

—Sí, lo recuerdo, ¿qué ocurre? ¿Y quién es usted? —la voz del psiquiatra suena distorsionada al otro lado del teléfono.

—Soy alguien que se preocupa por él, un buen amigo suyo. Y tengo información relevante que creo que podría serle muy útil antes de tomar ninguna decisión precipitada que pueda afectar a ese hombre de por vida.

—Lo lamento, pero no estoy autorizado a hablar de mis pacientes y menos cuando hay un proceso judicial de por medio.

—¿Ni siquiera quiere escuchar lo que tengo que decirle? Pensaba que los diagnósticos más fiables eran los multimétodo y multifuente. Pero usted es el experto...

El silencio dura unos instantes, aunque Azael ya sonrío de medio lado juntando las yemas de sus dedos con autosuficiencia.

—Está bien; escucharé lo que tenga que decir, pero no espere que esto tenga ningún efecto sobre mi decisión final. Venga a verme al hospital mañana a primera hora.

—En realidad... necesito que venga a verme usted a mí. No creo que quiera ver al hospital involucrado en esto. —El silencio vuelve a ser abrumador al otro lado de la línea—. Le enviaré la dirección a su teléfono. Piénselo.



Azael pasa el tiempo deambulando por su despacho y devolviendo a su lugar todo lo que ha descolocado. Al terminar, vuelve a mirar de reojo las carpetas cerradas sobre su escritorio. Con gesto ansioso y casi impulsivo, se

sienta en su silla y se abalanza sobre ellas. Pasa las yemas de los dedos sobre la cartulina y se recrea con el sutil relieve de las letras que forman el nombre de Ruth Davis. Con un cuidado que casi parece veneración, Azael abre la carpeta y comienza a leer el informe:

«Antecedentes familiares: N/C

Antecedentes personales: TEPT precipitado por acontecimiento traumático con violencia sexual.

La paciente refiere haber sido víctima de abusos sexuales durante su tercer curso de universidad, perpetrado por cinco varones de mayor edad que cursaban estudios en su mismo centro.

Según la propia paciente, y también según sus familiares y compañeros de estudios, la agresión fue motivada por la orientación sexual de la paciente. Según las palabras de la hermana, «se sentían [ellos] inferiores o menos hombres porque era lesbiana y los rechazaba, así que intentaron demostrar su hombría violándola en grupo. No podían soportar que una mujer les dijera “no”».

Se confirmó la agresión tanto por el testimonio de la víctima y de otros testigos como por la exploración médica realizada en los servicios de urgencias. La víctima denunció los hechos y hubo sentencia, en cuya resolución se encontró culpables a los cinco acusados y recibieron una pena de prisión de cinco años.

Durante este tiempo, la paciente ha presentado síntomas disociativos (despersonalización, *flashbacks*), graves síntomas de ansiedad con crisis de pánico y un fuerte rechazo al contacto físico.

Gracias al tratamiento mixto farmacológico y psicoterapéutico, se observaron avances y una gran disminución de los síntomas disociativos. Hasta que los agresores salieron de prisión. Entonces se produce un agravamiento de los síntomas de ansiedad y la paciente refiere sentir pánico al pensar que puedan violar la orden de alejamiento e ir en su búsqueda como venganza, por lo que finalmente decide abandonar su residencia en Escocia y completar su formación laboral en Los Ángeles.

En la actualidad, no refiere síntomas disociativos y el nivel de ansiedad ha disminuido hasta niveles en los que la propia paciente considera como manejables. Se le ha retirado la medicación y la mejoría se ha mantenido en los últimos doce meses. Los síntomas de ansiedad social y rechazo al contacto físico siguen presentes y sin cambios significativos».

El sonido de unos nudillos resuena sobre la puerta del despacho. Azael da un respingo, cierra la carpeta de golpe y la guarda en su escritorio. Aparece un hombre de unos cincuenta y cinco años con el pelo más gris que castaño.

—¿Es usted quien me ha llamado?

—Doctor Stahl, ha venido —dice Azael, levantándose y aproximándose a él para estrecharle la mano—. He de reconocer que tenía mis dudas.

—Yo también —admite—. Decía que tenía información relevante sobre un paciente.

—Sí, sí. Por favor, siéntese —le ofrece con un gesto antes de rodear la mesa y sentarse frente al psiquiatra—. Verá, esto no es sencillo de explicar.

—Soy todo oídos.

—Ha llegado a mi conocimiento que la evaluación psicológica de Jeray Whitefall ratifica que está en perfectas facultades mentales y que sabía perfectamente lo que hacía cuando... ocurrió el desafortunado incidente.

—Cuando asesinó a otro hombre como venganza —puntualiza el médico.

—La información que quizá haya podido pasar por alto para dicha evaluación —continúa Azael ignorándole—, es que el señor Whitefall sufrió una serie de acontecimientos vitales estresantes y profundamente traumáticos que, sin duda, son el precipitante de este... incidente.

—Estoy al corriente de que el hombre al que atacó era sospechoso del incendio de su vivienda.

—¿Y de que en ese incendio perdió también a su familia? ¿Que su mujer y su hija ardieron vivas?

El cuero chirría bajo el peso del doctor al revolverse en su silla. No dice nada mientras le sostiene la mirada a través de sus pequeñas gafas.

—Después de eso, también perdió su trabajo y vivió en la indigencia hasta que lo encontré. Pasó años en las calles alimentándose de los contenedores y rogando por un puñado de monedas. ¿Cree que todo eso no deja huella? ¿Realmente cree que está en su sano juicio?

—La evaluación muestra que es plenamente consciente de lo que ha hecho y del porqué lo ha hecho. Por muy desfavorables que hayan sido sus circunstancias, no hay razón para pensar que no sabía lo que hacía; la psicóloga del caso ha hecho un buen trabajo al respecto.

Azael se queda en silencio un minuto sin apartar su mirada, y su respiración se acelera de forma casi imperceptible. Traga saliva antes de responder al psiquiatra y, con manos temblorosas, abre el cajón de su mesa

para sacar la carpeta.

—En cuanto a eso... —carraspea Azael para disimular el temblor de su voz—, creo que la señorita Davis no es la persona más idónea para realizar la valoración.

Desliza la carpeta por encima de la mesa y el médico la alcanza frunciendo el ceño.

—¿Qué es esto?

—El informe de la propia terapeuta. Sufrió abusos sexuales hace unos años y desde entonces ha tenido problemas con su propia salud mental. Mucho me temo que quizá sus miedos personales puedan impulsarla a tomar una posición poco imparcial. Quizá de ahí su ahínco por enviarlo a prisión.

Azael intenta disimular sus ojos empañados fingiendo rebuscar en su cajón un bolígrafo mientras el psiquiatra lee con atención el historial de Ruth. Después de unos minutos, vuelve a dejar la carpeta sobre la mesa y se ajusta sus gafas sobre el puente de la nariz.

—Lo tendré en consideración —dice sin más.

—Estoy seguro de que lo hará —responde Azael poniendo sobre el escritorio otro pequeño montón de papeles y un bolígrafo elegante—. Y, como agradecimiento, le ofrezco un pequeño regalo. Es una villa en Miami con dos plantas, piscina y un par de hectáreas de terreno privado.

—¿Está intentando sobornarme?

—Tómelo más como una especie de control de contingencias, doctor Stahl. Simplemente tiene que escoger qué es más importante para usted: su familia y su reputación, o un simple paciente más.

Las luces rosáceas y azuladas tiñen el cielo a medida que el sol se alza entre los rascacielos y las altas palmeras que bordean las carreteras. Azael se despierta empapado en sudor y respirando con un esfuerzo que le arranca un sonido espantoso desde el fondo de su pecho. Las muñecas le abrazan como fuego vivo. Mira alrededor desorientado, tratando de averiguar dónde se encuentra. Tarda unos minutos en calmarse y volver a dejarse caer sobre las sábanas húmedas de su cama. Alarga el brazo hasta la mesilla de noche y se enciende un cigarro mentolado mientras echa un vistazo a su móvil: ningún mensaje. Decepcionado, lo lanza sobre el colchón y se levanta a contemplar el amanecer desde su balcón con la única compañía del humo de su cigarrillo.

Después de darse una ducha y vestirse con su sempiterno traje a medida, se sienta a la mesa con su portátil y se pone a trabajar en algunas gestiones pendientes del hotel. Pasa la mañana enviando aburridos correos y haciendo llamadas a proveedores sin emoción en sus palabras hasta que por fin su teléfono móvil vibra dos veces.

«Está hecho, he firmado los informes», reza el mensaje.

Azael suspira con evidente alivio, que apenas le dura un instante antes de dar paso a un entrecejo fruncido por la preocupación. Termina de redactar el correo que tiene a medias y después cierra la tapa del ordenador, dejando un café frío a medio beber a su lado. El ascensor lo espera para bajar al aparcamiento del Hades y apenas un rato después ya se encuentra cruzando la puerta del hospital. Serpentea por los pasillos blancos hasta el área de salud mental hasta llegar a la habitación de Jeray.

Lo encuentra de pie, mirando por la ventana el feo paisaje gris que da a la parte trasera del edificio.

—Deberían poner algunas plantas por ahí, ¿no crees? Como si la mayoría de los que están aquí, no estuvieran lo bastante deprimidos.

—He hablado con el doctor Stahl —dice Jeray sin apartar sus ojos fijos de la neblina de vapor que asciende desde las chimeneas de la cafetería—. Al parecer, no iré a la cárcel por inestabilidad mental.

—Esa es una noticia fantástica —le responde Azael con una sonrisa abierta y un golpecito en el hombro.

Jeray se gira con lentitud y lo mira con expresión contrariada, con la duda y la rabia pintadas en esos ojos cristalinos.

—¿Es que no te alegras? ¡No irás a la cárcel! Pasarás unas semanas en un centro y luego solo tendrás que ir a terapia una vez por semana. Las terapias de grupo son un poco coñazo, pero...

—¿Es que no lo entiendes? —le corta Jeray con voz áspera.

—¿El qué? Serás libre.

—Exacto —responde con la voz teñida de rabia y asco—. Seré libre y no pagaré por mis actos, no cumpliré mi condena.

—Pero eso es lo que queríamos, eso es bueno.

—¡No! Cada uno es dueño de sus propias decisiones, ¿recuerdas? Eso dijiste el día que me conociste. Y, por tanto, cada uno es responsable de sus consecuencias. He matado a un hombre —le dice mientras lo agarra por los hombros—. He quitado una vida. Debo hacerme responsable, debo pagar por ello.

—Tú no tuviste la culpa... Lo que te hizo...

—Debo pagar. Y lo haré, de alguna forma.

Los dos hombres se quedan mirándose a los ojos, uno de pie frente al otro, pero el silencio se rompe cuando unos nudillos llaman a la puerta. Ruth entra en la habitación y se queda al otro lado de la cama a una distancia prudencial.

—Ya hemos hecho el papeleo para el traslado al centro —les informa rehuendo sus miradas—. A lo largo de la tarde vendrán a recogerte y pasarás esta misma noche allí. Puedes pedirle a alguien que vaya a buscar las pertenencias que necesites. —Por un instante, Ruth levanta la mirada, parece estar a punto de llorar—. Enseguida te traerán la comida.

La psicóloga sale de la habitación con prisa y Azael tras ella hasta alcanzarla a mitad del pasillo.

—Ruth, espera.

—Tengo trabajo.

—Por favor, escúchame.

Se detiene en seco y da media vuelta para encararlo con los ojos humedecidos y la nariz roja de haber estado llorando.

—Siento que este caso no haya salido como esperabas. Estoy seguro de que eres una psicóloga excepcional.

—Al parecer, *mi juicio clínico puede estar empañado por motivos*

personales, según el informe del doctor Stahl. Cree que no soy imparcial. Me han puesto en periodo de prueba y me supervisarán en todo lo que haga durante tres meses —añade mirando al techo, intentando no llorar—. Supongo que, después de todo, tú tenías razón. No estaba tan estable como pensaba y no he sabido verlo. Quizá no estoy preparada para distinguir la normalidad de lo patológico. Me equivocaba.

Azael la mira durante unos segundos en silencio con un nudo en la garganta y le ofrece el pañuelo de su bolsillo como única respuesta.

—En fin, tengo que irme a soportar una pesadilla de charla con Recursos Humanos. Buena suerte para Jeray.

—Espera —la detiene. Ella frena justo antes de que él vaya a agarrarla del brazo, a tiempo de evitar el contacto que habría empeorado aún más la situación—. Lo siento. Siento que tengas que pasar por todo esto.

—No es culpa tuya.

—Me siento responsable —contesta él pasándose una mano por la nuca—. Déjame compensarte. Sé que no empezamos con buen pie y que no hay excusa para mi comportamiento de ayer, pero me gustaría que me dieras otra oportunidad. Como amigo, lo juro —añade rápidamente. No tengo ninguna intención más allá. En el fondo soy buena gente, ¿sabes? Y se me da bien escuchar.

—Lo siento, no creo que...

—Vamos, solo una oportunidad: esta noche. Tú eliges el sitio y la actividad. Venga, llévame a tu terreno, estoy abierto a cualquier cosa.

—¿A cualquier cosa? —sonríe ella con burla secándose las lágrimas con el pañuelo—. Como... ¿comida china, videojuegos y recreativos?

—Es una combinación... peculiar, lo admito —responde con las manos en los bolsillos—. Pero sí, he dicho que cualquier cosa, así que tú mandas. Pásate por el Infierno cuando termines tu turno, creo recordar que hay unas instalaciones de *laser tag* a unas manzanas de allí. ¿Te vale?

—Supongo que tendrá que valer, ya que insistes... —se resigna Ruth con media sonrisa mal disimulada antes de darse la vuelta y desaparecer entre los pacientes y trabajadores del hospital.

Azael aprovecha para pasar por la habitación de Jeray e intentar calmar las cosas llevándole algo de comida decente de la cafetería.

—Aún quedan unas horas para irte, ¿quieres que te traiga algo más? ¿Ropa, objetos personales? Puedo pasar por el Hades en un momento.

—Te lo agradezco. Estaría bien poder afeitarme —responde Jeray, aún

distante, aún mirando por la ventana—. Mi neceser de aseo está en el cuarto de baño de mi habitación.

Azael sale del hospital mucho más servicial de lo habitual en él con la esperanza de que Jeray deje de recriminarle algo que no termina de entender. Recoge del hotel el neceser que le ha pedido, y se asegura de que tenga una cuchilla nueva y suficiente espuma de afeitado, así como una pequeña mochila con un pijama de algodón, unas zapatillas y varias mudas de ropa limpia. Sobre la mesilla de noche encuentra una fotografía de la que debió de ser su mujer con su hija recién nacida en brazos en la cama de un hospital. Azael la introduce en un libro, que añade también a la mochila junto con unas gafas de lectura. Mira una vez más a su alrededor y, dándose por satisfecho, abandona la habitación para llevarle sus cosas al que hasta ahora había sido su mano derecha, su asistente, su proyecto.

—Aquí tienes —le dice en cuanto llega mostrándole la mochila y una bolsa de papel con *croissants* calientes y un café.

—Gracias —contesta el aludido con una expresión mucho más afable, casi aliviado.

—Si necesitas algo más, solo tienes que pedirlo. Te he metido algo de ropa y algunos libros para que te entretengas los primeros días. Y la foto de tu mesilla también.

Jeray lo mira a los ojos un instante antes de abrir la mochila y buscar la fotografía. Cuando la encuentra, suspira como si respirase por primera vez en mucho tiempo. Una suave sonrisa de paz se dibuja en sus labios cuando vuelve a mirar a Azael.

—Gracias —repite.

—No hay de qué —responde incómodo antes de que se cree un silencio extraño.

—¿Sigues creyendo que no hay ningún plan? —pregunta de pronto Jeray a la vez que señala hacia el cielo.

—Ninguno en absoluto. Y tú, ¿sigues creyendo que sí?

—Quizá tengas razón, quizá no haya ningún plan. Solo así podemos hacernos verdaderamente responsables de nuestros propios actos. Si hubiera un plan, no seríamos nosotros quienes elegiríamos cumplir o no el castigo. Esa es la culminación última del libre albedrío, ¿no crees?

Azael se queda en silencio con el ceño fruncido, perdido más en cómo resuenan las palabras de Jeray en sus propios pensamientos que en su sonido

físico.



—Gracias —repite—. Por todo, por lo que has hecho por mí. Eres un buen hombre, no dejes que ningún fantasma del pasado te haga creer lo contrario —añade acercándose a él y poniéndole una mano en el hombro—. Ahora, si me disculpas, voy a darme una ducha y a adecentarme un poco. Vete a casa, descansa.

Son las siete de la tarde y apenas quedan un par de horas para el traslado de Jeray, así que Azael decide que es un buen momento para encargarse de la comida china que le ha prometido a Ruth. Si todo ha ido como tenía previsto, ha debido de acabar su turno hace un rato.

Azael saca uno de los *croissants* de la bolsa y le da un mordisco junto con un trago de café antes de salir. Camina por el largo pasillo de la unidad de psiquiatría y cruza las ya más que conocidas puertas de metal rojas. Llega hasta el aparcamiento, abre su coche y, antes de entrar, da media vuelta y desanda el recorrido hasta volver a la habitación de Jeray.

—Por cierto, no te lo he contado: he quedado esta noche con Ruth —dice Azael desde el otro lado de la puerta del aseo.

Nadie responde.

—¿Me has oído? Me ha concedido una especie de cita.

Nada. Ni un sonido en el interior del baño.

—¿Jeray? —insiste llamando a la puerta con los nudillos.

El silencio le responde. La piel se le pone de gallina. Azael abre la puerta del baño, que no tiene pestillo, y le recibe el olor de la sangre como un manto denso que le asfixia. Se agarra a la manilla de la puerta y se desliza de espaldas por ella hasta sentarse en el suelo, completamente paralizado, incapaz de pestañear ni mover un músculo. La sangre cubre el plato de ducha y se escurre lenta e hipnótica por el desagüe. Azael no puede mirar hacia otro lado, como si aquella visión le hubiera quemado las retinas y se hubiera quedado grabada a fuego en ellas.

Las muñecas abiertas hasta la mitad de los brazos y otro corte más en el cuello siguen drenando sin cesar la vida de Jeray, que ya no respira. Junto a sus dedos, una de las cuchillas de afeitarse que le acababa de traer. Sujeta al

borde de la mampara de la ducha, manchada de sangre, la fotografía.

Ruth entra en el hospital con paso vivo, dando zancadas que retumban en el suelo con la fuerza de un animal embravecido. Las puertas se van abriendo a golpes a su paso y la gente se aparta de su lado con una mezcla de temor y de desprecio. Cuando llega a la sala de espera de psiquiatría y encuentra allí a Azael, sentado en uno de los incómodos asientos, se dirige hacia él con la rabia ardiéndole en los ojos.

—¿Qué coño es esto? —grita sin importarle dónde se encuentra al tiempo que le arroja una carpeta.

Azael no reacciona y todos los documentos de su interior se desparraman en el suelo bajo la atenta mirada de los pocos pacientes y familiares que se encuentran allí.

—¿Por qué cojones tenías tú mis informes? ¿Cómo los has conseguido? —sigue gritando, ajena a su entorno—. ¿A qué se supone que estás jugando? Insistes en que acepte salir contigo y, cuando llego a buscarte a tu antro, me encuentro con esto encima de tu mesa. ¿Así es como has conseguido que Stahl me retire del caso clínico? ¿De verdad has sido tú? ¿Cómo puedes ser tan rastrero? Sabía que no podía confiar en ti —le escupe las palabras de forma tan atropellada que no es consciente del semblante pálido de Azael—. La gente como tú os creéis que todo vale con tal de conseguir lo que queréis, que podéis pisotear a los demás, que somos marionetas para vosotros. ¡No todo vale, joder! ¡No! Y todo por salvarle el culo a tu amigo. Sois todos iguales. ¡Unos putos egoístas y egocéntricos! No tenéis ni idea de lo que es la empatía. ¡Pero esto no va a quedar así! Te juro por Dios que no pienso dejar que os salgáis con la vuestra.

Azael levanta la cabeza con la mandíbula tensa y se pone en pie, acercándose tanto a Ruth que apenas queda oxígeno entre ellos. Su mirada es oscura y amenazante y, por un momento, su figura se asemeja más a una enorme sombra infernal que al mismo Azael, pero Ruth no se aparta: la rabia consigue

mantenerla firme, aunque temblando.

—Dios ya se ha encargado de suficiente —responde él con la voz grave y ronca—. Jeray no cumplirá ninguna condena, pero ahora seré yo quien la cumplirá por él. Reviviré una y otra vez en mi cabeza durante toda la Eternidad la imagen de sus venas abiertas y de su cadáver lívido yaciendo sobre su propia sangre.

Azael cada vez está más cerca de Ruth, que frunce el ceño confusa por lo que acaba de escuchar. La mujer retrocede con paso tembloroso hasta que él la acorrala contra una pared. Ella comienza a hiperventilar a causa del miedo que le produce su cercanía.

—Y todo por un error, un simple error estúpido, así que no te atrevas a decirme que no sé lo que es la empatía. No tienes ni idea de lo que he vivido ni de lo que he visto. ¡No tienes ni idea de quién soy!

Las luces parpadean durante unos segundos y la silueta de Azael parece desfigurarse en aquel centelleo de oscuridad, provocando un jadeo sofocado de pánico en Ruth. Cuando la luz vuelve a la normalidad, dos enfermeros y un celador acuden corriendo para ayudar a Ruth y alejar a Azael de ella.

—¿Qué le pasa? —murmura una mujer sentada a pocos metros de ellos.

Todos dirigen la mirada hacia donde señala la mujer. A los pies de Azael, dos regueros de sangre muy oscura han comenzado a formar un charco, salpicándole los pantalones y los zapatos. Los puños de su camisa asoman de la americana completamente empapados y Azael se mira con movimientos retardados, como ausente. Se remanga con torpeza y se queda observando con ojos vacíos las cicatrices de sus muñecas, que ahora se han convertido en heridas abiertas.

—Dios mío —jadea la misma mujer que ha dado la voz de alarma.

El celador acude tan rápido como le permiten los pasillos en busca de una camilla. Entre él y el equipo de enfermería consiguen tumbar a Azael, que parece encontrarse en estado catatónico, y llevarlo a Urgencias, donde es atendido, cosido y evaluado por todo un equipo médico.

Ruth observa el proceso desde lejos sin atreverse a entrar en la sala. Horas más tarde, después de una batería de pruebas, le asignan una de las camas de Urgencias para que pase allí la noche. La sala es grande, con una fila de camas a cada lado separadas únicamente por una delgada cortina que aísla de la visión, pero no del sonido de la multitud de máquinas que zumban en cada cubículo.

Ya bien entrada la noche, cuando Ruth se ha puesto al día de lo ocurrido y

se ha estabilizado, decide acercarse a la cama donde él descansa. Está tumbado, con las muñecas vendadas y los ojos cerrados. El camisón de hospital le da un aspecto vulnerable, muy diferente a la imagen que transmite bajo la coraza de su sempiterno traje italiano. Ruth lo observa en silencio de pie junto a su cama a una distancia prudencial. Parece dormir. Al rato, la chica se da la vuelta y se detiene cuando la voz de Azael se alza.

—Siento haber leído tus informes.

Ruth se queda congelada del miedo, pero se gira para mirarlo y, en un acto de valentía, se vuelve a acercarse un par de pasos.

—Por un momento te creí.

—Lo decía en serio. Y también ahora.

—Ya no puedo creerte.

—Lo sé —afirma él—. Por eso quiero contarte todo.

—¿Es que hay más? —rezonga ella.

—Hay mucho más. Cosas que jamás creerías, tal vez ni siquiera si las vieras con tus propios ojos.

—Entonces, ¿por qué quieres contármelo? —pregunta con dureza, pero acercándose otro par de pasos.

—Porque estoy cansado. Ya no puedo más —dice con una lágrima resbalándole por la mejilla—. Necesito que esto se acabe, necesito sacarlo de dentro de mí. ¿Y qué mejor que una psicóloga para algo así? No me creerás de todas formas, así que no tengo nada que perder.

Ruth lo mira unos instantes librando una batalla interna. La duda se refleja en sus ojos cuando observa la puerta por si alguien se asoma a ella. Todo despejado. Aún le tiembla el pulso cuando termina de acercarse a la cama de Azael y corre la cortina lo máximo posible, rodeando casi por completo el espacio designado. Después, se sienta en la silla junto a la cama y guarda silencio con la mandíbula rígida y las manos blancas de la fuerza con la que cierra los puños.

Azael suspira con la profundidad de un océano y vuelve a cerrar los ojos preparándose para su relato:

—Todo comenzó antes de la era de los hombres, cuando solo había cielo y tierra.

El mundo era un lugar fértil, un lugar donde la vida apenas comenzaba a propagarse desperezándose con ternura ante los rayos del sol y cubriendo todo a su paso con un manto denso y verde. Nuestro Padre lo había creado como un acto de amor puro para enseñarnos lo que significaba amar. Nosotros, sus hijos, habíamos crecido contemplando la belleza del universo, pero nos preguntábamos por qué era tan frío y por qué su eco tan distante. Entonces Dios nos enseñó la Tierra, donde, en términos del universo, todo crecía y cambiaba en décimas de segundo. Era un escaparate por el que mirar a toda velocidad el ciclo de la vida. Desde la simpleza del primer organismo unicelular hasta grandes especies de complejidades sobrecogedoras conviviendo en un mismo espacio. Era hermoso, instructivo. Nuestro Padre nos enseñó a observar sin intervenir, a disfrutar con el hecho de dejar crecer este mundo de forma natural, y así lo hicimos durante mucho, muchísimo tiempo. Hasta que llegasteis vosotros.

Acababais de llegar y no tardasteis en haceros notar. Aprendíais mucho más rápido, cambiabais y evolucionabais a una velocidad vertiginosa. Erais ingeniosos, flexibles, os adaptabais al mundo. Eso nos fascinó. Algunos no pudieron evitarlo y comenzaron a escabullirse a escondidas a la Tierra para observaros más de cerca, y volvían para contarnos las maravillas de sentir el calor del sol en la piel, del peso de las piedras sobre las palmas de las manos o de la inexplicable sensación del paso de algo a lo que llamáis tiempo. Nada de eso era natural para nosotros, y nos sentíamos hipnotizados por todo aquello.

Yo tampoco pude reprimirme y no tardé en bajar también. Pero entonces me di cuenta de que algo iba mal. Crecíais, os multiplicabais, pero después moríais. No lo entendía. Intenté avisar al Padre, pero no respondió. Y, ante su silencio, decidí ayudaros. ¿No era eso lo que nos había enseñado Dios? Era amor lo que nos movió entonces a mí y a muchos otros de mis hermanos. Nos

escabullimos como niños traviesos que temen ser castigados y rompimos la regla que nos había enseñado: intervinimos. Os enseñamos a utilizar las piedras, los metales, el fuego. Aprendisteis de nosotros a fabricar armas con las que cazar y defenderos, a seleccionar las mejores semillas y a cuidar de otros animales para que os dieran también su fruto.

Aprendisteis a elaborar perfumes, a confeccionar vestimentas que os protegieran y adornos que os embellecieran. Os enseñamos a intercambiar aquello que pudierais ofrecer los unos a los otros y a formar grandes familias donde todos cuidaran de todos. Pronto vuestro lenguaje fue rico y complejo, y nos contasteis historias, y nosotros las escuchamos deleitados con vuestra imaginación y vuestra pasión.

Estábamos completamente hechizados, nos enamoramos de vosotros. El cuerpo carnal que habitábamos en la Tierra parecía demasiado pequeño para contener toda la luz que habitaba en nuestro espíritu cuando estábamos junto a vosotros. Entonces comenzaron a nacer.

La crueldad del Padre era tal que no solo os había dotado de un cuerpo frágil y mortal, sino que también había hecho imposible que nos uniéramos a vosotros, y, para alejarnos, hizo que nuestros hijos se convirtieran en abominaciones. Convirtió nuestro amor puro hacia vosotros en una aberración, pervirtió lo más puro que habíamos sentido en todo el eco del universo. Nacieron los Nephilim y el mundo se empezó a corromper; de pronto nos tuvisteis miedo y el llanto de esas criaturas os quebraba desde el interior.

Dios nos castigó. Envió lluvias a la Tierra sin descanso hasta ahogar a todos y cada uno de los Nephilim que habían sido alumbrados. Mató a nuestros hijos-engendros cuando apenas acababan de nacer, y a nosotros nos marcó para que no olvidáramos nunca lo que habíamos hecho.

La mayoría regresó, arrepentidos y avergonzados, implorándole perdón a Dios. Algunos nos quedamos. Yo no pude volver, no después de lo que nos había hecho ni de lo que os había hecho a vosotros. No podía entender cómo podía hablarnos de amor cuando había creado una vida caduca, efímera, mortal. ¿Qué clase de sádico crea vida para después arrebatársela? No, no podía volver al lado de un Padre que castigaba así a los seres más hermosos que había visto nunca. Vuestra fugacidad es lo más bello que he podido contemplar en toda la Eternidad. Una belleza tan pura que duele, porque es precisamente vuestra mortalidad lo que os hace hermosos. El hecho mismo de saber que dejaréis de existir es lo que dota a vuestra existencia de la más sublime exquisitez. Tenía que quedarme con vosotros.

Pero el tiempo pasa de forma distinta para vosotros que para los hijos de Dios, aunque habitemos unos cuerpos semejantes a los vuestros, y seguisteis creciendo y cambiando a la velocidad de un huracán a mi alrededor. Todo cuanto os enseñé se volvió en vuestra contra y comenzasteis a luchar entre vosotros, a disputaros tierras en las que antaño cabíais todos, a corromperos con el egoísmo y la maldad de espíritu. Comenzasteis a inventar historias rocambolescas y desorbitadas, y pusisteis en boca de Dios palabras que siempre fueron vuestras. Escribisteis esas historias y las tildasteis de sagradas arrojándooslas unos a otros y utilizándolas como burdas y estúpidas excusas para librar batallas que solo existían en vuestras cabezas envenenadas. Ninguna de las escrituras que recitáis aún hoy son ciertas: ni la Biblia, ni el Corán, ni el Talmut, ni los Vedas, ni las tablillas sumerias, ni el Libro de los Muertos. Nada de ello ha tenido nunca la palabra de Dios, sino la de los hombres. Os atrevisteis a atribuir al Padre enseñanzas que eran vuestras; escritas, traducidas y tergiversadas siempre de vuestra propia letra. Os aniquilasteis a vosotros mismos multitud de veces con tal de imponer vuestras propias creencias. ¡Y aún pensabais que así iríais a algún lugar después de este, que, de algún modo, podríais burlar a la muerte!

Pero aún ignoráis que no hay nada más. Este es vuestro reino y vuestro cieno. No os esperan grandes puertas de oro ni cielos abiertos con trompetas que os reciban, ni vírgenes que os colmen de placeres, ni cocodrilos que os devoren tras pesar los corazones. No, no, no... Esto es todo lo que hay. Todo un universo por descubrir a vuestro alcance y para vosotros no resultaba suficiente. Me sentí desolado. Mi Padre me había abandonado y también lo habíais hecho vosotros. Traicionado por todos. La corrupción, las guerras, la contaminación deliberada, los abusos, la pobreza, la explotación, la avaricia, el poder, el egoísmo, la falta de curiosidad por el mundo... Todo se fue acumulando dentro mí como un volcán a punto de estallar.

Un día fui testigo de cómo un niño de nueve años se quitaba la vida porque cualquier cosa era mejor que seguir sufriendo los abusos del sacerdote de su parroquia. Él había confiado toda la pureza de su corazón en un Dios que, a sus ojos, era bondadoso y a cambio había recibido el peor de los tormentos. Intenté salvar su vida, pero con su último llanto me rogó que lo dejara ir. ¿Tienes idea de cuánto dolor debe albergar un niño para suplicar por terminar con su existencia? No pude más.

Aquella noche acudí a la parroquia y esperé hasta que todos se hubieran marchado y el sacerdote entrara en sus dependencias. Impregné de queroseno

cada banco, cada rincón del altar, cada retablo y cirio que allí se encontraban. Las paredes, el suelo y los techos, todo embebido del olor penetrante del combustible. Pero, cuando aquel desgraciado salió de su habitación para ver qué ocurría, algo se apoderó de mí, algo que nunca antes había sentido en los milenios que llevaba caminando sobre la faz de la Tierra: odio.

Le golpeé con todas las fuerzas de las fui capaz y le seguí golpeando mucho después de que su vida hubiera escapado. Descargué contra su cuerpo majado toda la ira y el dolor que había ido atesorando. Aún sentía todo aquello cuando incendié la parroquia con el cadáver dentro. Aquel desgraciado no cumpliría la condena que merecía, pero ya no volvería a hacerle daño a nadie. Era la primera vez que quitaba una vida, una preciosa vida humana, con mis propias manos.

Entonces comenzaron las pesadillas.

Ruth no se ha atrevido a mover un músculo durante el relato de Azael, lo observa con semblante serio y rígido, pensativa y prudente. Él le devuelve una mirada profunda, humedecida por las lágrimas y extrañamente serena.

—Entonces... Crees que eres un ángel o algo así —afirma más que pregunta.

—Algo así.

—Sin embargo, estás aquí en un hospital. Si eres un ángel inmortal, ¿cómo es que te has intentado suicidar también y han tenido que atenderte? —le pregunta ella con voz pausada, como cuando habla con un paciente.

—No he intentado suicidarme, yo no puedo morir así. Solo puedo abandonar el cuerpo si regreso con Dios.

—¿Y los cortes en las muñecas entonces?

—Es la marca que me dejó mi Padre como recuerdo del castigo. Desde que comenzaron las pesadillas también se pusieron a arder, pero nunca habían sangrado.

—¿Y por qué crees que han sangrado ahora?

—Por la culpa.

—¿Te sientes culpable? ¿Por qué?

—Por todo. Todo el mal que habéis hecho ha sido por cuanto os enseñé.

—¿Y sobre Jeray?

Azael asiente lentamente con la cabeza mientras otra gruesa lágrima resbala por sus mejillas hasta el camisón blanco.

—Cometí el error de no dejar que cumpliera condena e impedí que su alma sanara por lo que había hecho.

—¿Por eso has intentado suicidarte también?

—Ya te he dicho que no he intentado suicidarme.

—Claro —contesta ella con escepticismo.

—Te dije que no me creerías —responde él—. Puedo curar las heridas cuando quiera. Puedo demostrarte que todo es cierto.

—¿Y por qué no lo haces? —le reta.

—No serías capaz de asumirlo, perderías la cabeza. Y te necesito cuerda para una cosa.

—Una razón muy oportuna.

—Necesito que luches contra todo el mal que hay en el mundo por mí. Que luches por que dejen de usar el nombre del Padre para justificar actos aborrecibles, y también por impulsar el interés y la curiosidad por el mundo que os rodea.

—¿Y convertirme en una especie de apóstol? ¿Por qué yo? ¿Por qué no hacerlo tú mismo?

—Porque cada vez hay menos gente que es capaz de escuchar entre tanto ruido, y tú eres una de esas personas. Yo ya no estaré para poder hacerlo.

—¿Qué quieres decir con que ya no estarás?

—Ven —dice él levantándose de la cama y haciendo un gesto para que Ruth lo siga por el pasillo desierto.

Ella obedece confusa, reaccionando demasiado tarde como para poder frenarlo.

—¿Adónde vas? —le pregunta cuando suben unas escaleras.

—Voy a volver.

—¿Adónde?

—A casa. Con Padre.

—Creía que decías que no podías volver después de lo que había hecho.

—Eso era antes de esta noche. Por fin lo he entendido todo.

—¿El qué?

Llegan al último piso y salen a la azotea del hospital, desde donde pueden contemplarse los millones de luces de la ciudad como si fuera un espejo del mapa celeste que hay sobre sus cabezas.

—No puedo evitar que os hagáis daño ni que el mundo cada vez esté más corrupto, pero si nunca hubiera bajado con vosotros, quizá las cosas habrían sido distintas. No es mi culpa que toméis las decisiones que tomáis, pero no puedo hacer nada por evitar vuestro destino. Es elección vuestra. Solo puedo observar. Los Grigori solo observamos: esa es mi lección.

—¡No!

Pero Azael ya no está ahí cuando Ruth intenta detenerlo. Se precipita al vacío dejando su peso caer suave y el viento de la noche lo acuna en la caída.

Sin embargo, cuando Ruth se asoma al borde del edificio, no hay ningún rastro de su cuerpo allí abajo.



Sobre la autora

Andrea Dones (1992, Madrid) compaginó su carrera de Psicología con estudios de Alemán, Antropología y Cine, demostrando una pasión especial por las neurociencias, la investigación y la aplicación de la psicología en el ámbito clínico.

A la edad de ocho años comenzó a escribir poesía y, desde entonces, ha participado en numerosos concursos nacionales e internacionales, tanto de poesía como de relato y microrrelato. Con veintiún años publicó su primera obra, *Paroxismo*, una antología poética. Más tarde publicó una antología de relatos cortos inspirados en enfermedades mentales, titulado *Psique*, para dar visibilidad a la salud mental y que resultó finalista de los Premios Editorial Círculo Rojo 2018.

En 2019 publica con nosotros su primera novela, *Azael*.

Agradecimientos

A mi Familia. Así, con mayúscula, porque ahí solo caben aquellos que realmente han demostrado estar.

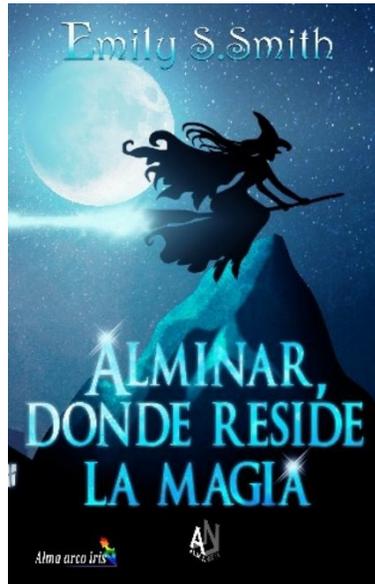
A mis hermanos y a mi madre, por haberme enseñado los valores necesarios para ser capaz de escribir este libro. Gracias por haberme ayudado a crecer lo suficientemente sensible y humana...

A mi marido, que no solo es un gran compañero de viaje sino también un asombroso cómplice de escritura. Juntos nos hacemos crecer y, sin él, nunca habría sido capaz de retarme a mí misma y de perseguir lo que deseo. Gracias también por tu infinita paciencia en todos los sentidos; sé que no es fácil convivir con todas mis facetas. ¡Que alguien le traiga una cerveza!

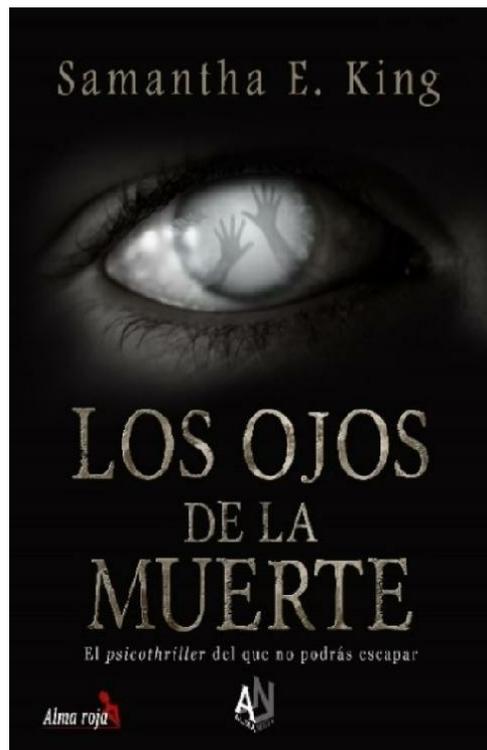
A mi editora, por la gran oportunidad que me ha brindado, por creer en mí y por regañarme de vez en cuando para que aprenda. Seguiré mejorando. Y a todo el equipo de Alma negra, por demostrar que lo que se hace con pasión y con cariño es siempre un trabajo bien hecho.

Por último, gracias a ti, lector, por haber confiado en mí y sostenerme ahora entre tus manos. Sin ti, este montón de páginas no serían un diálogo.

En otras colecciones de Alma negra:



Alminar, donde reside la magia



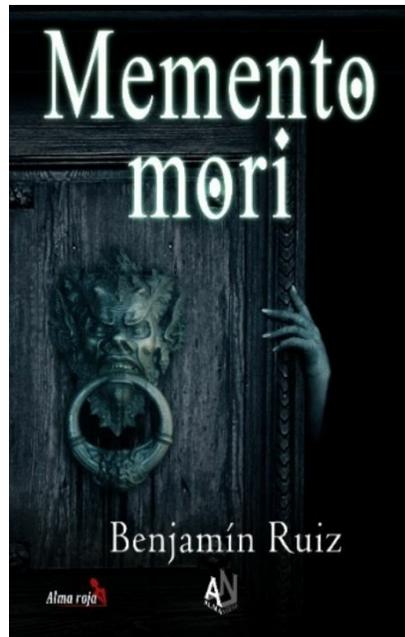
Maca y Santi sufren una calamidad muchísimo peor que el meteorito que extinguió a los dinosaurios. Tienen que abandonar a sus amigos, sus juegos y su vida para trasladarse de una gran ciudad a un pueblecito perdido entre montañas. Allí, encuentran un lugar extraño donde no conocen a nadie y, ante ellos, se abre un futuro problemático y muy, pero que muy aburrido. O eso creen ellos hasta que tropiezan con una bruja y su gato.

Los ojos de la muerte

Cuando la joven Natalia abandona el orfanato para reunirse con un padre totalmente desconocido, no se podía imaginar que la verdadera pesadilla estaba a punto de comenzar para ella. A través de los diarios de su madre muerta, descubrirá una realidad que llevaba oculta largo tiempo. Los fantasmas despiertan y una oscura amenaza se cierne sobre ella hasta que abandona el hogar.

Años después, la pesadilla volverá a comenzar. Solo que quizá esta vez no haya escapatoria...

- 1.La Muerte ha regresado.
- 2.Tiene hambre.
- 3.Te está buscando.
- 4.No la mires a los ojos.
- 5.Si tu ventana aparece abierta, ¡huye!

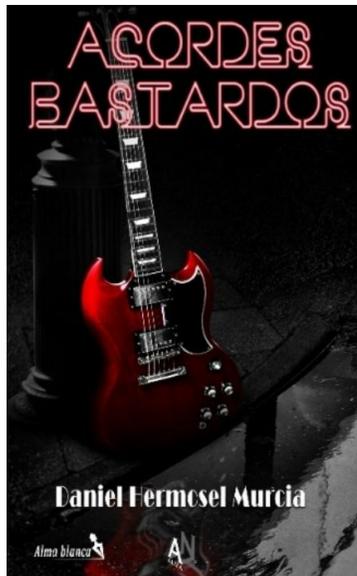


Memento mori

Esta es la historia de Christian Álvarez, un hombre que vivirá la semana más terrorífica de su vida en Villa Grande, un lugar que «no está nada cuerdo. A veces se contrae y a veces se estira, pero casi nunca se está quieto. Donde los sueños son infinitos y los relojes marchan hacia atrás».

Una casa casi tan antigua como el mal que la habita, y a la que Christian deberá enfrentarse durante siete días de locura. Y lo que es peor: tendrá que mirar de frente a los fantasmas de su pasado, un pasado que su mente no quiere recordar.

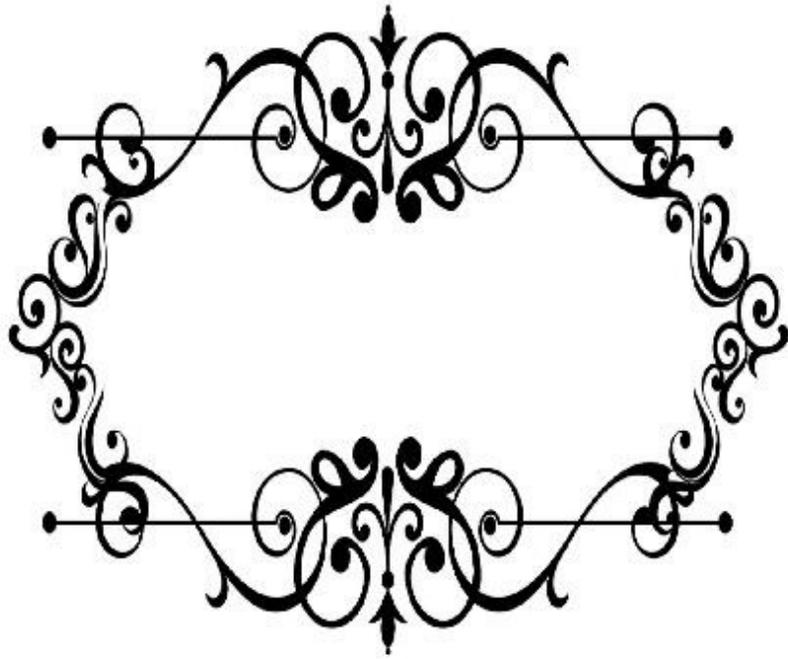
Bienvenido a Villa Grande.



Acordes bastardos

Acordes bastardos arranca con una noche de copas fallida. En su regreso a casa, Marina se topa con su hermano Andrés, rockerillo de medio pelo, que iba camino a una fiesta en la que no faltarán la música, las drogas y el sexo psicodélico.

Fruto de esa noche atípica, tendrá un niño bastardo al que no terminará de querer del todo. Varios años más tarde, el retraso de un tren de cercanías provocará una cascada de demoras que harán que Roa, el hijo ya adulto de Marina, se vea forzado a tomar una ruta alternativa para llegar a su oficina, una ruta que pondrá patas arriba su vida...



Esta obra de Alma negra se terminó de imprimir en Madrid en agosto de 2019.